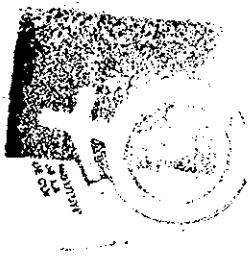


MARÍA TEREZA ADO FONSECA

MALDITA YO
ENTRE LAS MUJERES

MERCEDES VALDIVIESO

*Maldita yo
entre las mujeres*



PLANETA
BIBLIOTECA DEL SUR

«Al Illustrísimo señor Virrey don Luis de Velasco,
su humilde servidor y amigo, Alonso de Ribera,
gobernador, informa acerca del estado en que se
encuentra este reino de Chile.»

Junio de 1604, año de Nuestro Señor.

«La capital del nuevo y último extremo del
mundo, que su Majestad el Rey, señor nuestro,
tuvo a bien encargarme, abre su plaza entre el
polvo de cuarenta manzanas con diez calles aún
sin empedrar. Sus vías rectas permiten entrar el
sol, correr el viento y mirar sin recovecos. Trazada
así por Don Pedro de Valdivia y sus compañeros,
crece por esos rumbos que le dieron.

Desde la gobernación, vecina al cabildo, se
ve la catedral hacia el poniente, y frente a ella se
levantan las tiendas que venden enseres y
comestibles. Hacia el sur está el mercado, donde
los nativos llevan infinitas variedades del maíz,
la curahua, el llalli, las patatas, el frijol y la
quinoa. Opuesta a la gobernación, la casa del
obispo muestra su cayado en el techo de la
manera en que ésto exigió. La atmósfera es siente

Colectión Biblioteca del Sur
Diseño de cubierta: Ximena Subercaseaux

Diseño de Interiores: Patricio Andrade
Primería edición abril 1991

© Mercedes Valdivieso, 1991

Derechos de edición en lengua hispana

© 1991 Editorial Planceta Chilena S.A.
Olivares 1220, 4to. piso, Santiago

Inscripción N° 78.493

ISBN 956-247-060-0

Impreso en Chile

EDITORIAL ANTARTICA S.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de
grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

fresca a la respiración del cuerpo en medio de una vegetación de árboles desconocidos, árboles que los nativos del lugar llaman con nombres que tardan en asentarse en la memoria.

El valle del Mapocho es continuación de esa lucha eterna que nos legó Valdivia como herencia, campañas que transforman el miedo en ánimo cada vez que calzamos las espuelas y nos vestimos de acero. Estas no son batallas como las que tuve el honor de guerrear a tu lado en las Europas, aquí los bárbaros atacan dando alaridos y sonando tambores y cañas que te alborotan las tripas.

No son grandes los mapuches, pero en su corpitud de altura y carnes se aprieta una fuerza y un odio al extranjero que los crece y los anima para las más severas campañas y si pierden, también para sus castigos. El tormento no los escarmienta, dejarlos vivos convierte a uno en dos para ejecutar su venganza y, si cuchillo a cuchillo se alegan de frente, mejor es que te encuentren confesado. He de agregar en conciencia, que jamás combatió gente de un coraje semejante y un amor a su tierra como ésta, con la que nos estamos matando. Y si no combatiríramos por ensanchar el Imperio a una inmensa Comunión de los Santos, dudaría sobre la legitimidad de esta guerra.

De temerle a los caballos, los mapuches han pasado a jinetes expertos y criadores de hatos que me provocan la envidia, escaso como

estoy de monturas por la necia y ciega codicia de los encamaderos. No me quejo de mis soldados, sólo lamento mucha falta de ellos. Te escribo esto para que me auxiles con hombres y perrechos, o estamatanza continua no conocerá término.

Mis oficiales, la tropa y yo, hemos sobre vivido batallas de las que me siento un resucitado; en medio del chivato que las turbas acercan ya nada temo, seré inmortal hasta que me arraviesen el corazón o me derriben del caballo. Es malo pensar en la muerte, porque la muerte tiene un oído agudo para responder al que la nombra.

En la oscuridad de las calles algún mechón de cebo titira de soledad junto a un porión arrancado, y nadie se atreve en la noche que se remonta hacia las estrellas del cielo más intenso que nunca vi antes. Bajo la bóveda inmensa, aparecen los sólidos butos de la Merced, de San Francisco, de Santo Domingo y el rectángulo creciente de lo que será la Compañía de Jesús, órdenes que han venido llegando a lo coro de los sesenta años que tiene el reino.

El canto de un gallo tiende a la distancia una breve línea rosa que establece la madrugada. También, el trayecto de mi vida que se hizo y pienso en esta pausa de mis ansias, de mi cuerpo urgido por alcanzar metas que me arden en las gloriosas entrañas del Imperio. Esa gloria que transmitiré a mi descendencia junto a las

enseñanzas de la religión católica, la verdadera, el tronco del gran árbol cuyas raíces se extienden a esta tierra tremenda que Dios nos destina.

Mundo nuevo que de niño oí mentar con sus amazonas, sus caníbales y sus mujeres vestidas nada más que con tatuajes, dibujos que pintaban su sexo en las piernas y así confundían a sus enemigos y los mataban sin dejar de ser vírgenes o rameras. En mi cuarto sobre el granero de mi casa en Extremadura, decidí a los catorce años que la conquista me haría Don y rico y lleno de doncellas que se turnarían para dormir conmigo y agasajarme.

Estoy aquí, vivo en esta tierra donde lo que uno imagino es más corto que lo que mira. Dicen de un vate que con Hurtado de Mendoza vino y quien, en las noches que seguían a sus diarios combates con los mapuches, cambiaba de la espada a la pluma y escribía su admiración por ellos. Paje fue de nuestro señor Carlos V, que en paz reposé. Alonso de Ercilla lo recuerdan, el que al madurarse en hombre se embarcó a las Indias como nosotros lo haríamos, para respirar la aventura. Vino con él un parente de los duques de Sajonia y compañero suyo en la corte, el que nunca más regresó a España o Alemania y se quedó en este extremo para fundar su linaje, estirpe excesiva de riquezas y de espantos.

Pedro Lisperger y Bitamberg es el noble caballero del cual hablo, y quien casó con dona Agueda Blumen o Flores, como el presente la

nombran, mestiza de un alemán Blumen y de la cacica de Talagante. A don Pedro tratarás en la Ciudad de los Reyes, en donde se pasa años,

según chismeán, para no escuchar las historias

que hacen los ocho hijos que tuvo. Catalina Lisperger y Flores es una de ellos y lamenta por el juicio que debí emprender y cuyas resonancias te alcanzarán en la corte.

«Encantadora» llaman a esta Lisperger, y ese apodo fue como un reto que ella lucía dentro de un pecho lindo y alto y no supe resistirme. Para un soldado que en estas tierras vive siempre en vigilia de muerte, un tanto de felicidad es fuerza para seguir luchando. Pero tuve mis problemas, empecé a soñar a doña Catalina y pronto no supe distinguir cuando entraba o dejaba la vigilia. Casada con Gonzalo de los Ríos, es madre de dos hijas, de las cuales, ya a la pequeña, bautizada Catalina como ella, «cria de bruja» la dicen. Arrepentirme de atenderla me llevó a toparme con la muerte. Veneno echó en el agua de la que bebo y durante tres días estuve por parturie de esta vida. De ahí el pleito que te menciono y del que ella salió inocente. Los Lisperger con su poder hacen día claro de la noche más oscura.

Catalinano es como creamos a las hembras, sobradamente orgullo y de riquezas ella, su hija, sus hermanos y su descendencia, llenarán el siglo que comienza nadie sabe con qué pavores. Me hacen cavilar estas mujeres de las Indias, magas.

o doncellas tienen algo en común, otra forma de naturaleza que a mi inteligencia de hombre se escapa y, por qué no decirlo, asusta.

Aquí, inundado por una atmósfera transparente, tengo la visión de un mundo que crece en torno mío, no inmerso sino contigo a reales cédulas que tantas veces se acatan pero rara vez se cumplen, y de una religión que debe contemporizar con desvíos de ella para mayor gloria de Dios y de Su Santa Iglesia.

Hay veces como ahora, cuando el viento

baja de las montañas inmensas, en que siento y muy hondo, el frío de la distancia con Extremadura, mi país alejado por un mar de meses y de licencias, confundido para mí en el recuerdo de sus costumbres, sus comidas y sus fervores. Sé que no soy el mismo que fui, sé que me transformé en otro desde que puse mi pie en las Indias y entré a sable y a pólvora por los rincones más íntimos de su cuerpo. Mi otro se empapó con la sangre de una humanidad nueva y su sangre se metió por mis ojos, por mi boca y mis orejas y así, matando, el antiguo que fui, abrió paso al yo que soy de veras. Escribo esto para que quede de testimonio a los que vengan y que cargarán un destino aparte de todo lo que imaginaron sería el suyo.

En esta madrugada que despiide ya a la Cruz del Sur y a las estrellas, comprendo que nunea voy a dejar las Indias. He venido para quedarme en ellas y fundar con mi vida y todas

las muertes que crea la guerra, un país que no sé y que, desde la historia que vamos haciendo, se escapará al futuro llevando en sí una escoria de tantas calamidades y venturas, mañas y bondades, Dios y divinidades, como arrastramos bárbaros y españoles, razas mezcladas en un abrazo mortal. Terminó mi relación en dudas de lo que será este reino en un mañana que ignoro, incertidumbre que se cae conmigo al abismo de una realidad que yo no pude ni alcance a sonar, en mi cuarto sobre el granero.»

«QUE VAYA A MORIR, dijo el ama», repitió mi recadera cuando Enrique Enríquez acudió al aviso de su criado: «mi ama le deja esta noche su puerta entornada.»

El adelantado puso un doblón en su mano y sonriendo le volvió la espalda. Ella se quedó de charlas con el sirviente y vio el rostro satisfecho de don Enrique en un espejo. Vio también que se miraba de cerca y se alejaba pausado, ensayando la capa al brazo y el chambergo ladeado. Después sacó del cristal su cuerpo y se echó en la cama.

El criado debió responder a una llamada del amo y volvió aguantando la risa, traía órdenes de preparar su mejor camisa y su casaca de terciopelo, además de polvos de olor y apio fresco para el aliento. Aprontaba su placer, pero no descuidaría tropiezos como la acuchillada que tuvo con Segundo a Secas, la noche del entierro de mi madre.

Enrique Enríquez habló de mi lascivia y de cómo él me la gastaría y sobrado. Juan Pacheco, mi primo, mereció nada más su desprecio, al infierno lo despacharía esa noche después de dejar mi cama, la de Catalina de los Ríos y Lisperger. Todo eso habló sin cuidarse del criado.

El duelo que Juan Pacheco provocó contra Enríquez, a causa de defender mi nombre, estaba de vísperas. Y de que mataría a mi primo, ninguno de los testigos tendría dudas. Todo se acordó discreto, las ordenanzas reales no permiten

juegos de espadas en los que se pierda el alma.

El criado comió ami recadera que antes de dejarla pieza le escuchó a su amo: «iré a morir de amor».

Por detrás de las paredes se ensañaba el odio que les crecía a los vecinos. Murmuraban del escándalo que levantaron dos hombres y por mis favores, esa noche de la muerte de mi madre. Uno golpeó mi ventiana gritando que Segundo saliera y lo nombró Ríos para maldecirlo por bastardo de mi padre y por atreverse conmigo. «¡Quintrala!» terminó gritando, ese apodo que me pusieron por el quintal que mata al árbol que lo sostiene.

La guardia se repitió después de unas horas y revisó la casa pasando por mi cuarto sin un ademán de saludo. Se alejaron por la huerta hacia el sótano. Cerré mis puertas a las recaderas pero los decires corrían por el aire y los traían mis sirvientes en el miedo de sus caras. Andaban de a parejas y encogidos miraban hacia los rincones. Yo había convertido en ratón o pájaro a Segundo para ocultarlo de día, y hacerlo hombre de mis anteojos por la noche. Eso murmuraban sus ojos.

Diego Sacristán, el zambaigo que nos sirvió hasta cumplirse de soplón a Enriquez, se pegó a su nuevo amo y lo contaban durmiendo junto a su recámara. Al cabildo fue a delatar a Segundo a Secas, «renegado» lo llamó, y agregó lo de su perversa relación conmigo. Ahogándose en las confidencias, habló de cómo intenté seducir a mi padre, de cómo hice cavar un paso secreto al claustro de los agustinos, y del conjuro que eché a su puerta y nadie sabe.

Me cerré al mundo, ordené paños contra la luz y me quedé en la oscuridad hasta mezclarme con ella. En lo oscuro siento muy claro esa ansia de tirarme a un abismo que se me redonda encima y donde me libro de amarras. En el abismo miro aquello que mi madre no supo decir y me retumba por dentro. Es un umbral que me dura hasta que la Tatamai, esa mapuche que me guarda, enciende un sahumerio y habla.

Dos misas de domingo hacían que estabas de encierro, cuando la Tatamai acercó un espejo y tardé en reconocerme, andaba en mí alguien que se hundía en el cristal y quería salir a una orilla muy lejos.

Juan Pacheco lloró y me trajo de vuelta. Abrió al corredor y me estuve ciega un rato. Su mano buscó la mía y recordé el umbral de donde me vine con el sahumerio. Le confié mis ansias de irme donde nadie supiera. «¡Quiero ser mía!»

A Juan le relumbraron los ojos pero juntó los labios. Despues habló y habla sombra en sus palabras. Yo era Ríos y Lisperguer y eso me cortaba la fuga aún a la Ciudad de los Reyes. Habló también de mi fortuna, tierras por donde andan las sangres que me hicieron. Tardó un momento en agregar mi sujeción de ser hembra. Aparte de su mano la mía y nos ojeamos las caras. La suya estaba limpia de esos miedos que le conocí en un comienzo y que no intentó esconder como los otros hombres. Su miedo era su mayor valor porque no lo volvía cobarde.

Las atenciones que Enrique Enriquez detenía en mí, traían de plácemes a mis parentes. No me importaba lo que dijera la familia, sólo ha contado para mí la que me venga derecho: mi abuela, mi madre y mi hermana.

Don Pedro Lisperguer, mi tío, había hecho escribir mis

herencias para que las supiera Enríquez, el adelantado tenía

un cargo lucido pero nadie daba un doblón por sus dineros.

Me enfurecía escucharles disponer de mi vida y una tarde grité a mis parientes que nadie a mí me casaba mientras a mí cuerpo no le diera ganas. Don Pedro juró alto y grueso y su mujer escogió una banca para desmayarse. Don Mauricio, otro de mis tíos, levantó los brazos y exigió silencio.

Nos enteramos entonces de los problemas que afligían a Enrique Enríquez si intentaba un casorio. Siglos de tradición lo entorpecían alejado como estaba de España. Del Rey requería permiso y también del marqués mayorazgo de su nombre. Le faltaba además ponersela a las plantas de su madre viuda, abadesa de un convento. Costumbre la de las plantas que se remontaba a otras épocas.

Me refiero a carcajadas: «¡no le alcanzan los Lispergues a un varón de tanto lustre!»

«¡Insolente!» bramó mi tío Pedro «¡un marqués dado de reverencias ante nuestros duques de Sajonia!»

Lo que mis parientes tratan para mí eran otras barajas de matrimonio. Y el nombre de don Alonso de Campofrío y Carvajal, viudo, entró por primera vez en mi casa. Yo había conocido al caballero entre el miedo y las caridades que trajo la peste y, si reparé en sus miradas, fue porque lo encontré gris y viejo para arrestos de esa laya. Pero don Alonso no se quedó en miradas y de a poco y tiento, le buscó la amistad a los Lispergues. Mi abuela recordó ahí que Campofrío y Carvajal era hijo de un conquistador muy celebrado en campañas memorables y que venido de Alcántara en Extremadura, sus antepasados poseían solar conocido. No agregó que don Alonso carecía de dote, no la necesita el que se case conmigo. Buen cuidado tendrá con mis haberes, mi

bisabuela aplicó el ejemplo.

Junto a las puertas de Enrique Enríquez, amaneció apuñalado Diego Sacristán, y no sólo tajos le enduvieron por su carne sino latigazos bajo su camisa entreabierta. Puse cara de susto cuando lo contaron y la Tatamai de cansancio. Ella se estuvo hasta muy tarde en la sacristía de los jesuitas encerando los catimbao y ajustando la tarasca, tan agotada la vieron que le prestaron un burro para volver a casa.

En la última noche que vivió Diego Sacristán, éste por calmar mis venganzas apresuró su lengua y contó que su amo juró que ya no me daría treguas. Que de rendida a soberbia me enseñaría, había insistido bebiendo con sus amigos, y gozó imaginándose desnuda, reducida a lo que soy, una hembra para el gozo y el olvido. De nada le sirvió a Diego Sacristán traicionar a Enríquez, el latigo y el puñal le resultaron de premio.

Su muerte metió bulla al sabersele cimarrón de mi casa aunque yo no había hecho alboroto por eso, y Cuevas el juez, puso una investigación que se quedó en veremos. Permanecí recogida junto a mi abuela, contestando el rosario en la capilla.

Juan Pacheco vino a verme y nos estuvimos de ojos fijos hasta que la sombra de la tarde nos oscureció el rostro. El sabe. Sobre cada párpado me puso un beso y después me buscó la boca. Lo dejé hacer, era asunto de entendimiento y repartir fuerzas, es Lispergues conmigo como no lo fue con su padre.

En la sombra, Juan me habló en latín, palpándome despacio, trayéndome rumores que otra vez no entiendo y me gustan. Es lo que dice la misa y me absuelve el confesorario. Por el latín, pudo haber ido a Salamanca a togarse de doctor

y olvidarse de las Indias. Así se lo aconsejaban los mercedarios pero no lo hizo, guerreaban en él otras ansias que los ganaron.

Desde mi pieza oímos los cantos de la procesión de San José y fuimos. La gente nos recibió con miedo y nos dio espacio, mi luto entero mandaba que yo no celebrara. En la noche que nos temblaba elevé oraciones y canté fuerte hasta que la procesión regresó a San Francisco y la iglesia despachó a sus fieles. Juan y yo caminamos a casa de nuestra abuela, yo dormía en ella aunque de día ocupara la de mis padres. En lugar de entrar conmigo, él se retacó en la puerta y después de besarme muy largo, halle en su mirada eso que conozco como rabia. Le advertí que se cuidara pero era tarde, en la oscuridad lo vi marcharse.

Supe de su acuchillada en la taberna cuando la Tatamai entró el sahumerio con que descorre mis sueños. En el de esa noche pasada no pude gritar ni huir como me sucede, y cerrado estaba el fondo del boquerón que me espanta. «Hay que darle en las ganas al tal Enríquez», murmuró la Tatamai y sopló el brasero.

Juan Pacheco no se presentó de mañana a la bendición de mi abuela y yo me apersoné a su pieza. Llamé breve, entré sin recatarme en pudores que nos sobraban y quiso hacerse el dormido. Lo sacudí de la sábana mientras le preguntaba a dónde se fue la víspera, en seguida de dejarme. El se escondió bajo sus párpados: «Estuve de chicha seca», murmuró.

Y yo: «No es chicha la que te asusta».

«No estoy asustado, la vida dura hasta que se acaba», dijo, y pareció arrepentirse de sus palabras. El corazón se me apretó en el pecho en una sensación que me disgusta.

Enríquez entiende de espadas y lo afaman de muchas muertes por duelos. Me acerqué y puse mi mano sobre su boca, «no debes arriesgarte en eso», fue casi en una súplica. Juan Pacheco ocupaba su sitio en mí y era sentimiento aparte del que disponía a Segundo.

Me miró sin esquivarse: «Yo entiendo lo mío y te pido que lo respetes.»

Hasta allí pude avanzarme. Le ofrecí entonces un bálsamo de la Tatamai. Y ella lo frotó entero sin respetarle pudores, oyéndole de su infancia y de una sirvienta que le pasaba aceites de olor por sus vergüenzas y lo aspiraba, los dos jugando hasta que él se dormía aferrado a su trenza. La Tatamai interrumpió sus recuerdos para mencionar a Enríquez, Juan apretó los labios y enfureciéndose repitió varias veces: «Gaudencia Belén Pacheco, mi madre.» Después se estrujó las manos: «El tal se parece a Fadrique Lisperger, mi padre.»

La pendencia en la taberna se escuchó de muchas formas. Juan Pacheco habría llegado en sigilo a ocupar la mesa más alejada de ruidos. Una mulata de las que servían le allegó los pechos para preguntar su orden y también su gracia, pero nada más recibió un doblón por su silencio.

Enríquez vino desde los cuartos de intimidad, con su capa al brazo y la sonrisa del que está bebiendo. La ranchera por lo trasero se abre a un camino donde paran caballos de aperos muy elegantes. Eso afirman, y a todas las señoritas nos rozan las sospechas. El adelantado se sentó a la mesa de Juan y ordenó chicha seca.

De frente se estaban y Enríquez dijo: «Juan Pacheco», con un atisbo de duda: «¿Bastardo de Lisperger?»

Cuentan que el asombro le llenó el rostro a Juan pero

contestó : «legítimo», y luego : «pero en la ley.»

La ira le asomó a los ojos mientras el otro respondía : «la ley es lo que vale.»

Juan lo miró como si descubriera un fantasma y murmuró bien claro: «Gaudencia Belén Pacheco.»

Enríquez no le prestó atención mientras repetía : «la ley es lo que vale.»

Entonces los parroquianos oyeron : «eso lo que vale para pretender a una mujer principal», y todo se sucedió de vértigo. Enríquez vació su copa y la puso boca abajo exclamando: «¡así se beben a ciertas señoritas principales!» y Juan le saltó al cuello entre alaridos que decían matarlo, sacarlo del mundo, estrangularlo.

Enríquez se zafó de sus manos, sacó un puñal y no lo alcanzó porque estaba bebido. Los separaron a duras penas, que nadie se mantenía muy sobrio. Enríquez escupió a Juan de lejos llamándolo «Lisperguer a trasmano» y lo retó a duelo.

Uno de los parroquianos, chorreado de grasa y de vino, se adelantó intentando dejar en nada el asunto : «¡niños, aquí se acaba esto!»

Pero otro señor se metió de por medio, citó códigos de honor y todos de acuerdo. Como se estaba de novenario a la Inmaculada, el duelo se efectuaría cuando el novenario terminara. «¡Sí!» retumbó la taberna : «¡de aquí en diez días!»

Supo que Enríquez envió padrinos y que Juan les permitió elegir los aceros que desearon. Nada sabía él de eso. Luego se compró un mono de paja para ensayarse de esgrima, pero lo tiró a un rincón por cansancio y la certidumbre de que, en quehaceres de espadas, él estaba perdido.

Juan se nos distanció de la casa y cuando venía, me evitaba los ojos. Yo sabía su pensamiento, apuros que se buscó a causa de una mujer y, por eso, sin cordura ni metas. Con mi mano levanté su rostro y vi que aceptaba su suerte. De veras nos compartiríamos y de ésta saldríamos juntos. Llegaría el momento.

Y llegó sin que yo lo buscara, haciendo de aquella noche la más larga en mi recuerdo. Esta confesión andaría los derroteros que me llevaron a ella, ayudados por el destino o el cielo, desde antes que yo naciera.

Dos velas iluminaban la recámara de mi abuela y ella pendía y rodaba el huso sin separarle los ojos. En la pared a sus espaldas, lucía brillos la Virgen del Socorro. Nada más que la recámara de mi abuela se abría en la tristeza del patio. Me quieté mirándola.

Entré a besar de buenas noches su mano y me la puso cerca, alcanzó y palpó mi cabeza. La miré y tenía lágrimas, me dijo: «cuidado.» Así me estuve un rato bajo el tibio de sus ojos, es la manera de hacer que tranquilizaba a mi madre. Me levanté sin responderle y en eso, Juan Pacheco salió de un rincón oscuro. Me adelanté unos pasos y le tendí mi frente. Estaban sus labios fríos, se lo mentí y dije que a mí me abrasaba la lentura. Entonces le pregunté: «¿tienes miedo?»

Juan Pacheco no hizo ademán de sorpresa: «escuroso», murmuró, «de la muerte siento nada más su ausencia.» Regresé a mi cuarto. Escuché recogerse al último criado, me envolví en un manto y salí hacia el fondo y la Tatamai que me esperaba pegada a la pared y con la tranca

abierta. Nos apresuramos en las tinieblas y cruzamos la iglesia de San Agustín cerrada ante su plazuela.

En mi casa Ríos la servidumbre dormía y nadie sabría de esa visita nocturna. La Tatamai fue a despertar a Perdón del Socorro que se presentó ansiosa en mi recámara, y a quiendespaché donde Enríquez con el mensaje bien aprendido en su memoria. Encendí una vela, el cuchillo de puño minucioso y rubíes incrustados apareció sobre la mesa, el cuchillo aguardaba mi mano para cumplir sus designios. Los rincones de la pieza titilaban en lo oscuro. Me arranqué el manto, lo disparé a una silla y comencé a quitarme el vestido.

Supe después que Enríquez recibió de la Tatamai su ademán de seguirla, y le cumplió de inmediato. Pasaron el corredor, apuraron el patio y ella le señaló la entrada que habíamos cubierto con una cortina de seda. Nunca una palabra entre ellos, la Tatamai retrocedió y se metió en la noche.

Con mano que inquietó la tela, Enríquez se abrió camino en esos espacios que no sabía y entró de golpe, para no arrepentirse. Vi cómo le tomó unos momentos acostumbrarse a los juegos de engaño que provocaba la vela y pareció dudar al principio en la realidad de mi cuerpo. Yo me mantenía de pie hacia donde la luz alcanzaba apenas, estaba tranquila, regocijada diría, desafiando a sus ganas mi cuerpo desnudo, más apetecible entre sombras. Enríquez se quitó el sombrero, soltó su capa y me miró sin moverse, sobre cogido. El brasero quemaba hierbas que incitaban lo mismo que una caricia.

Vestía atuendo de ceremonias pero sin collares de sus órdenes ni condecoraciones imperiales. Me gustó que luciera guapo y cuidado, igual como se esmeraría siempre para sus

citas de triunfo. Un pájaro chilló afuera y se escuchó después, más fuerte el silencio. El adelantado dio un paso y se detuvo.

La vela hizo como apagarse y volvió a alumbrar más intenso. Me sacudí suave para que notara mejor mi cuerpo, y en la penumbra se recortara el cuchillo que sostenía en mi mano.

Enríquez echó atrás la cabeza, aspiró hondo y caminó a mi encuentro. El cuarto se llenaba de ansias y tan espesas que retardaban su avance. Dijo: «ven», y sin moverme. En el cuchillo rebotó la luz de la vela y se partió en dos. El se detuvo por un segundo y sentí todos sus músculos recogidos en el pantalón de paño y la casaca de terciopelo. Pero fue nada más un segundo, con mano firme buscó los cordones que lo abrochaban y los desató uno a uno hasta quedar en camisa, por debajo se le agrandó el pecho cuando, lentamente, reanudó sus pasos.

Entonces me deslicé tan tardada como él se movía y planté mi cuerpo frente al negro y blanco del suyo. Nos miramos entre sombras y relumbres de vela y Enríquez empezó a respirar fuerte, sin sonreír ni decir nada. Un trago breve nos apartaba. Siguió con atención el camino que el cuchillo hacia en la penumbra para aguardarlo, y después me pasó la lengua de su mirada por toda mi piel desnuda. Separó los brazos y en la cara le brotó el sudor, apresuró el espacio que nos separaba y me abrazó pegándose entero.

Lo acogí aspirando el olor que quemaba el brasero y me apuraba las entrañas, quieto me estuve un suspiro largo y después mi mano levantó al aire el cuchillo y lo bajó de golpe contra la espalda de Enríquez.

«¡Quintrala!» lo escuché reclamar pero sin fuerzas para apartarse, unido a mí y estremeciéndose. El cuchillo repitió su camino en el aire y su bajada de golpe y Enríquez

se arrancó al abrazo y se dobló en sus rodillas. La sangre empezó a manarle de la boca y a mancharle la camisa. Se retorció sin soltar otras palabras y se derrumbó al suelo.

Me separé del cuchillo, lo deposité sobre una mesa y me agaché a mirar al hombre. Nada quedaba de su elegancia, estrujado de él mismo y vacío. Sin miramientos lo agarré de las piernas y lo arrastré hacia las cortinas. Recordé el manto, fui de carrera a buscarlo y me envolví rápido. Arrastré de nuevo a Enríquez que se atascó en el umbral y debí usartodas mis fuerzas. Pero lo saqué al corredor y sobre las baldosas me resultó fácil tirarlo.

La Tatamai apareció con un garrote en la mano y rezongando de que todo lo hiciera sola. Su llegada y sus rezongos nos dieron un rato que se llenó de un gemido tembleque. La Tatamai echó el garrote hacia atrás y lo descargó rabiosa hacia abajo, el golpe acalló un estertor más firme. Entre las dos sacamos a Enríquez de la casa y cruzamos la calle. El manto se me escurrió de los hombros y quedé desnuda frente a la iglesia de San Agustín. Sin demorarnos, echamos a Enríquez Enríquez sobre la plazoleta de piedras y entre los arbustos recientes. Boca arriba lo soltamos y con los ojos abiertos.

DICEN QUE el asesinato de don Enrique Enríquez de Guzmán, adelantado del gobernador, caballero de San Juan y de Malta y emparentado a las más ilustres familias de la corte española, encendió el bochorno y la ira en este último extremo del reino. Decretado tres días de duelo para honrar al difunto, enviado informe al príncipe de Esquilache, virrey, y a la Augusta Audiencia de la Ciudad de los Reyes, la justicia juró hacer duro escarmiento en los culpables.

Páginas y páginas se llenaron de denuncias en el libro del cabildo y las denuncias coincidieron en nombrar a una mujer como forajadora del delito, la misma que se veía concurrir de noche a casa del caballero, para dejarla de madrugada volándose de pájaro. Y dicen que para dominar en él las virtudes de San Juan y de Malta, la doña sacrificó palomas y corderillos nuevos, en sus días mensuales de sangre impura. Contales evidencias, la gente disparó insultos y piedras en la casa de la Ríos.

La descripción del cuerpo de Enríquez lo mostraba puntado por mil cuchilladas sin misericordia, arrancados los ojos y cercenadas sus evidencias de hombre, ejecuciones que hicieron muy difícil vestirlo. Pero, concluido el velorio y los asperges benditos, dicen que cicatrizaron sus heridas y el finado olió a sándalo.

Tal como prometió el cabildo, se hicieron pesquisas y

se afirmó a puertas cerradas lo que todos sabían. Con vela alta y crucifijo se ordenó entonces la detención de doña Catalina de los Ríos, de doña Agueda Flores y de don Juan Pacheco Lisperguer.

Doña Catalina entró detenida a causa de Perdón del Socorro que, por galantear al criado de Enríquez, fue de éste reconocida y, levantada en garrucha, gritó cada palabra del mensaje que repitió al caballero. Doña Agueda entró por encubrir a su familiar diciendo que la tal había pasado la noche en su casa y don Juan Pacheco porque, a paciencia de todos le buscó pendencia a Enríquez, prometiendo matarlo.

La intimidad de Juan Pacheco con la Ríos era asunto ya agotado por las recaderas, y todos sabían que la Quinta de Secas, bastardo de don Gonzalo, fue uno de sus antojos de niña, del otro se sabía, pero en espantado secreto. Indiferente al mal, la mujer ya había cometido parricidio, sacrilegio e incesto y quedado impune.

Nada bueno podía esperarse de quien nació a la sombra de dos crímenes, el de María de Enciso, su abuela paterna, perpetrado en el primer Gonzalo de los Ríos, y el de su madre Catalina Lisperguer, ejercido en la hija natural del segundo Ríos, el que iba a ser su marido. A palos dicen que mató a la muchacha en vísperas de su casorio. Decepcionada de tradición infiasta venía la Catalina menor.

Constituida la sala del crimen por dos bandos contrarios, al proceso acudían don Pedro y don Mauricio Lisperguer, abultados con el oro del soborno hasta en las mangas y en las entrepiernas. Dicen que el fiscal Cuevas cortó por lo enfermo, pidiendo agua y cordeles para que Juan Pacheco soltara bajo el tormento, esa confesión que tenía empachada y ensañaba

clarito en su cara. Pero el presidente y dos oidores decidieron en contra, y sus objeciones sobrepasaron a las del fiscal y su bandito. Los Lisperguer solicitaron a firme el traslado de las mujeres a casa de doña Agueda Flores, con costos de guardias pagados por ellos. Estaban en la discusión, cuando una negrita que acompañaba a su ama habló por el pecho: «¡castigo! ¡Quintalax!»

Unos vecinos señalaron a la Tatamai, sin nombre cristiano aunque su ama juró su bautismo, como machi que convocaba a sus víctimas para ejercer los maleficios que su dueña quería en ellos. El director de los agustinos calló a los vecinos diciendo que los jesuitas y él mismo recibían de la Tatamai, como le dicen, ayuda en las fiestas principales y nunca hubo señales de que Dios, la Virgen Santísima y sus santos se manifestaran en contra, como sucedía en pactos con el demonio.

El tribunal se aprestaba a forcejear las pruebas, cuando doña Trifonía de Toledo y Lantadilla se apersonó para testimoniar que, con sus propios ojos que en polvo se convertirían, vio en la plazoleta de San Agustín a doña Catalina de los Ríos, a la Tatamai que le dicen, y a un ser oscuro de cola con garra y fetidez tan fogosa, que el olor cruzaba la calle. Doña Catalina estaba total y obscenamente desnuda, lo mismo ese ser oscuro, doña Trifonía se santiaguaba, y a medias vestida, la Tatamai que le dicen.

Duraban las exclamaciones en la sala, cuando don Pedro Lisperguy Flores irrumpió acompañado de Ventura el negro, su esclavo componedor de huesos, y el negro se plantó en medio del recinto, se golpeó el pecho a dos manos y gritó haber obrado él mismo el asesinato y ser inocentes las dos señoritas como así mismo, don Juan Pacheco. El alboroto

que provocó la confesión de Ventura el negro, levantó la comparsía.

Encerrados los jueces para deliberar, la multitud no se movió de las puertas y de las ventanas aunque el cielo volcó tierra abajo un diluvio recortado por rayos, granizos y truenos. Entre el sonar de la tormenta, las voces de los dos bandos contrarios vociferaron de duendes, soborno y mestizaje por un lado, y de envidia, roñosería y mulataje por el otro.

Reanudado el proceso, el fiscal fue interrumpido por gente que entró clamando a Dios y a los presentes, contra el desembarco en Papudo de una flota de once navíos de lincea, dos pataches, mil seiscientos treinta y siete hombres y doscientas noventa y cuatro piezas de artillería, la flota de Georg Spilberg, el holandés, que fondeó para abastecerse y fue divisada en Valdivia.

Dicen que el fiscal sudó sangre gritando que aquello era una invención de los Lisperger, querían llevarse a los reos a lo de doña Agueda Flores. Pero sus gritos se quedaron en eso y los tres sospechosos cambiaron de albergues, tal como se había pedido al comienzo. En votación seguida se detuvo el proceso, para reunir fondos y defender el reino.

No tardaron en desaparecer de la costa los piratas y no hubo enfrentamiento, ni profanación del tabernáculo y las sagradas hostias, como acostumbraban hacerlo esos herejes. Sobre el arresto de los sospechosos no se alzó lo dispuesto, y se agregó que podían salir a la calle para caridades y actos piadosos. Dentro y fuera del cabildo los tambores anunciaron entonces, que los antecedentes del crimen viajaban para su veredicto final, a la Augusta Audiencia de la Ciudad de los Reyes.

Remontados los primeros años del proceso, las urgencias fueron limándose y los jueces comprendieron que era mejor para el reino no remover inquinas. Los Lisperger fletaron nao al Perú y en ella viajó uno de los magistrados opuestos. Dicen que el otro esperó el veredicto montando un caballo de pura sangre, igual a los de don Pedro. Sólo Cuevas no aflojó el odio y empecinó sus venganzas. Una noche que venía, no sabría después explicar de dónde, unos maleantes le aplicaron tal paliza, que justo quedó en su cuerpo un penúltimo aliento. De la Audiencia de la Ciudad de los Reyes llegó por fin la sentencia que resolvía el juicio por asesinato de don Enrique Enríquez de Guzmán, sentencia a la que se otorgaría un curso expedito.

En sesión solemne y asistencia de público, fueron rotos los selllos virreinales y leído el documento. En él se ordenaba para el asesino confeso, la pena final de la horca. Y esto, con la obligación de procurar la eterna salvación de su alma; ordenaba también que su mano derecha fuera expuesta en sitio ancho y abierto para que el pueblo reflexionara y temiera. Doña Agueda Flores, doña Catalina de los Ríos y don Juan Pacheco, libraron las costas impagables por el reo.

Dicen que alguien elevó clamores, recordando que el fiscal de la Real Audiencia del Perú y encargado del asunto, fue don Blas de Torres Altamirano, cónyuge de doña Agueda de los Ríos y Lisperger, hermana carnal de la Quintala, como se atrevió en llamarla. Los clamores encontraron orejas, y la guardia de la capital debió pasear sus sogas y palos del orden para aquietar los ánimos.

De acuerdo a lo ordenado, se procedió a castigar con la horca a Ventura el negro, previo auxilio de la santa iglesia católica, que no abandonó en su miseria al más extraviado de

sus hijos. Y dicen que el negro fue a su muerte caminando como los santos, a dos palmos del suelo.

Hecho justicia, doña Agueda Flores y su nieta viajaron a la encomienda de La Ligua, desde allí, doña Agueda avisó el matrimonio de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer con don Alonso de Campofrío y Carvajal. Matrimonio a celebrarse de acuerdo a las disposiciones que manda y obliga nuestra santa iglesia católica, apostólica y romana, con su anuncio, confesión de los novios, velación y desposorio.

Quedó dicho.

EL BASTARDAJE QUE NOS MARCA a las mujeres de mi casta, empezó en mi bisabuela doña Elvira, cacica de Talagante. Y doña Elvira se negó al casorio con Bartolomé Blumen para conservar sus tierras y seguir su propia vida. Al año de amancebada con el alemán y cuando su vientre enseñaba las consecuencias, éste quiso dignarle su nombre, pero manceba y libre sería ella misma en este mandar de varones, dijo sin afanarse.

La escandalera que por su rechazo levantó Bartolomé Blumen, reunió al cabildo y a una voz, se acordó la comparecencia de doña Elvira. Tres veces fueron a convocarla y nada, a la tercera atronaron la puerta y amenazaron con sacarla en peso. Sobre sus pies ella anduvo hasta la sala de las sentencias y a la demanda de variar en matrimonio su concubinato, negó con la cabeza sin levantar los ojos. Cuando al fin los apartó del suelo y se los puso encima, el juez que la amenazaba, allí mismo se quedó muerto. Ningún otro retomó el juicio y en rencor quedó el asunto.

La cacica no regresó más a la cama de Bartolomé Blumen y frente a su casa levantó ruka. Un día la Tatamai entró por la puerta y encendió el fogón, vino sin tiempo por detrás de ella y sin reconocimiento de nadie. Que el diablo la puso allí corrió la gente, y don Bartolomé enrejó su casa y pleitió por su hija, la que sería mi abuela Agueda. De

entre dichos públicos se estuvieron, pero la niña Agueda del pleito estaba más allá de mandatos forasteros por ser hija natural de cacica mapuche. Y con su madre quedó hasta la hora de su casorio.

Yo sueño con mi bisabuela y cuando despierto, medura un temblor entero. Parada en la puerta de su ruka que, con piedras y cruz encima, cercaron los españoles, doña Elvira está de espaldas y yo avanzo, entonces se vuelve, dice mi nombre y reconozco su cara, la misma que en la vigilia se pierde de mi memoria.

Donde la cacica vivió queda nadamás, la mancha negra del fuego que quemó la ruka, lugar hoy de cumplir sentencias y aplicar azotes. Los que vigilan saben que doña Elvira vuelve de pájaro negro y rostro de hembra a revolar el fogón que su presencia enciende en la noche. De bruja la llamaron y es título que ella creció para que nos alcanzara a nosotras. A la capital del reino se vino desde Talagante cuando iba a nacer mi madre, y nadie vio su carreta avanzar por el campo. La gente afirmó que vino volando, y con cruz alta la recibieron cuando doña Elvira de la carreta bajó y entró en la casa de Agueda, justo para sacar al mundo a la primera de sus Catalinas.

Siete años se había estado la cacica yendo entre Talagante y su ruka, siempre unida a su nieta, cuando el obispo intervino. Era el momento de imponer catecismos a la niña, de fortalecer su alma, dijo, para que supiera defenderse del demonio, del mal tan grato a las hembras. La cacica respondió que entre ella y su nieta no habría catecismo que tendiera distancias, que de comarca lejana a capital del reino, una estaría siempre escuchando a la otra.

Una noche de esas fechas y cuando la cacica dormía,

atraíeron fuego a la paja de la ruka y todo se volvió llamas. La gente corrió entonando alabados al Señor, se detuvo a contemplar la hoguera y nadie se movió para ayudar a las que había dentro. Doña Elvira apareció en la entrada, estiró la mano y el fuego le cedió paso. Detrás de ella la Tatamai

llevaba el gran brasero de plata.

Poco estuvo después la cacica en casa de su hija, y luego, en compañía de la Tatamai y de Anacleto, su sirviente y mensajero, doña Elvira regresó para siempre a Talagante. Durante las semanas que duró su viaje, fueron fatalizándose de uno en uno, los más allegados sirvientes de Bartolomé Blumen. Muertes por pismo, empacho o pendencias, de los que no se pudo culpar a nadie.

El bisabuelo Blumen entonces, pagó por espia a su manecaba, quería sorprenderla de machi y encerraría de por vida. Pero, en su propia cama y en pelotas, encontró al espía, los ojos para siempre al cielo. Don Bartolomé se mudó a los agustinos, recibió asperges de bautismo y sal, y de Blumen se cambió a Flores. En su terror vistió la saya negra de la orden y se impuso penitencias y flagelazos que no le sirvieron, sino para enconarse. Una de las llagas se le puso negra, el negro le tiñó la cara y se enroqueció de calentura.

La muerte tomó su tiempo con Bartolomé Flores y éste, en su delirio, aullaba: «¡Llanka machi!» con gritos que pasaban las ventanas y los postigos cerrados: «¡Llanka machi!» El delirio de Bartolomé Flores se llenó de dedos que lo palpaban, de voces que lo ensordecían y llamó a su madre, la que nunca imaginó en Alemania, los caminos que abrió su hijo allá, donde el horizonte empezaba de nuevo. «Nadie sabe», gemía Flores, «y así nos quedamos, sin ser los mismos.»

Doña Agueda, su hija, mandó por la cacica a Talagante y ésta, luego de escuchar al sirviente, las enfrió hacia río llevando una casaca del que fue su compañero. Agitó la ropa al aire, la disparó con fuerzas y después sobre voló el agua haciéndose un remolino, de esos que el diablo señala cuando anuncia su presencia, «yano hay limpias», dijo. El mandado volvió sin la cacica y contó muchas veces lo visto.

«Doña Elvira no repitió más sus regresos», dijo la Tatamai «y se quedó a la espera». En esa espera de la cacica, cabemos las Catalinas, la nicta y la bisnietra de su desco. En el decir de la gente nos confunden y, mientras mi madre vivió, fuimos una.

Doña Elvira anticipó la fecha de su muerte, envió recado y Catalina conmigo en el vientre, decidió viaje. La Tatamai preparó menestras, acomodó también a mi hermana mayor en la carreta, y participaron. «Viajes al principio», los llamaba la cacica.

A la caravana en marcha se allegaban los mapuches quejándose de las desventuras que producían los extranjeros, llorando deshonras y descando que sus paisanos huiliches no pararan el odio hasta limpiar de intrusos la tierra. Mi madre les respondía en su lengua bárbara, se apacaba de la carreta y caminaba entre ellos dejándose mirar el vientre.

Ella nunca llamó de abuelo a Bartolomé Flores. El viejo prestaba a interés su dinero y era duro para cobrarlo. Sucio de lengua para referirse a los asuntos de varón y hembra y alerta de hallar pecado en sus nietos. Desde pequeña, Catalina juraba fuerte para enrabiarlo y él le respondía aquello de: «india como tu abuela, que de blanca mente tu cara.»

«Mestiza», decían a espaldas de doña Agueda, y Catalina

preguntó a su madre sobre eso de ser mestiza, una palabra que se quedaba en la piel y ella quería saber cómo ese decir le andaba por dentro. Doña Agueda contestó que eso era ser mujer primero y también, mujer cruzada por dos destinos, lo que era ser mujer dos veces.

Bastardaje y mestizaje nos hicieron, y de esta mezcla para adelante seguimos. La historia de lo que somos enmadeja sangre y guerra y la subo a su principio para que esta confesión, se entienda. Nunca virreyes y señores empolvados nos gobernaron en este extremo. Caballeros como los que la corona envía a la Ciudad de los Reyes, y maravillan la cabeza de mi única hermana, de Agueda, llamada así por mi abuela. Soldados y castigos nos tocan a los de este reino. La Tatamai tiene en su memoria la quema de sembrados que los españoles hacían para escarmientar a los nativos. Estos respondían igual y se tronaba todo.

El padre de mi bisabuela cacica, señor natural de comarcas inmensas, adivinó que los extranjeros desbarataban su mundo y entonces, se acercó a ellos con discreción y llegaron a componendas. De ahí los territorios que rodeaban Talagante y nos duraban hasta los límites de los Cauquenes. Tierras que nos crecieron, cuando el primer Gonzalo de los Ríos aceptó casarse con la concubina de don Pedro de Valdivia. Valdivia había sido elevado a Don y doña María de Enciso, manzana suya de entonces, se le convertía en estorbo para enviar por su mujer legítima. La mitad de los valles de Longotoma y La Ligua, fue el pago que recibió el abuelo Ríos, de Don Pedro agraciado.

Las mujeres de este extremo saben de soldados. Yo los veía pasar levantando polvo con el sable que arrastraban. La guerra contra los mapuches nunca daba treguas y las

venganzas por lado y lado se afilaban con el tormento. Los toquis cautivos se faenaban en lugares públicos y quedaba para el final, su cabeza alto en una pica. Es la manera, dicen, de enderezar el reino.

Don Alonso de Ribera afirmó la frontera donde corre el Bío-Bío, levantó fuertes, y los mapuches corrieron a subirse en las montañas. Pero quedaron mujeres que no pudieron huirse, y los españoles las recogieron para darles el bautismo y sirvieran por su comida. Son las que vienen con la tropa, se nombran rabonas y cargan el crío que su dueño les hizo. Que la Tatamai vino como esas mujeres, cuchichean las recaderas, otras afirman que el diablo la mandó a nosotras para que nos aumentara a mapuches, sobre lo alemán y español que revolvemos.

La Tatamai recortaba el tiempo a su voluntad y hacía que una se pudiera vivir de antes: encendía un sahumero, abría el sueño y se venían adelante, mi bisabuela, mi madre y yo misma.

Mi madre llevaba sus pasos por donde no decía, y don Gonzalo sonaba la huasca para que la Tatamai contara, la india callaba y por sus ojos se lo comía entero. En la amenaza quedaba don Gonzalo y se escondía con llave.

La Tatamai se allegaba a mi cuarto y la mariposa de aceite le hacía cara y cuerpo en la oscuridad: «que mis niñas pierdan el miedo que no sirve y abaja», decía, que ella lo supo de siempre, en el vientre de lo negro. «De mujer madre a mujer hija pasa la herencia que tracemos», y tiraba maíz y sal al fuego que ardía una figura de barro con espada de pirulo.

Agueda mi hermana, se metía entonces bajo el plumón de mi cama y aplacaba entre sus pies el titilar de los moscos.

Agueda me tranquilizaba el susto de aprender que hay

un Príncipe de veras en este mundo, caído desde el más infinito cielo, cruzando la luna, las estrellas y el aire, para llegar de pie a la tierra, adueñarse de ella y encender subterráneos que nos siguen bajo los pasos. La Tatamai se preocupaba de mí más de lo que se aplicaba a mi hermana, la que no se quedaba largo en este extremo. Agueda pensaba en la Ciudad de los Reyes y la Tatamai asentía, mi hermana es de la misma raza de los hombres que cruzaron la mar oceano para que nunca más los nativos de este reino fueran los mismos. Y se iría para ser señora muy principal, decía, la india lo vio en las yerbas que muestran lo cierto.

La Tatamai me miraba entonando ensalmos que perfumaba con amapola y romero. Y recordaba que nuestra bisabuela pasó por el bautismo la cabeza pero hasta ahí le llegó la fe, y se le quedó indio el sentimiento. Nunca mudó el odio que conservó a Bartolomé Flores y una vez con su mirada lo derribó en la plaza de juegos. La cacica supo irse del cuerpo y volar con la cabeza, desde su altura miró a las mujeres de su linaje cambiando a otras en el tiempo.

De meita para los males, la Tatamai conoce los cuatro rincones del viento y los tres de la Trinidad, oye crecer las yerbas y andar los animalitos. Tenía que enseñar a recibir la vida pero también a terminarla, secreto que no deja huellas. Cruzando el río, la Tatamai empujó a su querido y, de ganarse el cielo por el sufrimiento, pasó a ser dona de la tierra. Si el diablo le aconsejó la libertad, a él había que arrimarse.

Nos enteramos de nuestra madre: «mujeres somos y nos aprendemos». Dieciocho años tenía doña Catalina cuando la encandiló su frigo de Uztariz. Del otro lado del mundo venía el hombre y con fama de valiente, guapo era y casado.

Cuando tanteó la ventana de sunifta, la Tatamai anunció mal pero no fue oída. Tuvo entonces que ver de que todo quedara en oculto.

El Uztariz dio veneno a su esposa para quedarse de viudo, pero su señora que ya sufría sospechas consultó una machi y el asunto destapó una escandalera. Hasta los jueces de la sala del crimen lo llevaron amarrado, y él nada negó de lo que preguntaron. Cien azotes le dieron a pesar de ser caballero, y el verdugo le sacó fuera lo de Satanás, y de cómo vendió su alma para ganar a la doña.

El director de los agustinos y su mujer de rodillas, salvaron a Ifigo de Uztariz de ser enviado al Santo Oficio de la Ciudad de los Reyes, donde lo procesarían por pactos con el demonio. A Nueva Granada y a su mujer lo condenaron después de velarlo en San Agustín por tres días con sus tres noches y de ponerle un sambenito. En la Villa Imperial del Potosí, a Ifigo de Uztariz lo mataron en un duelo que él se buscó para eso.

Como los quebrantos jamás se quedan en uno, me enseñó la Tatamai, el alguacil mayor que asistía el proceso y traía a los reos, se prendó de doña Catalina y la escoltaba, poniendo su cuerpo contra la gente que la acusaba de bruja. El caballero estaba de novio con una de las Cuevas y ésta pedía que con el tormento, limpiaran a su rival de hechicerías. Agueda se tapó las orejas para no escucharla y yo me enteré de que el padre de la novia habló con el alguacil mayor y le recordó sus espousales. Contaban que el hombre se arrodilló ante él suplicando que le dispensaran el juramento de bodas. El gobernador entonces, y por pedido de Cuevas, invitó de capitán al alguacil y le ordenó ir a tierras mapuches, construir un fuerte y entrarse a civilizarlas. Por tres años lo

destinaba sin apelación de volver hasta haberlos cumplido, pero el día en que se marchaba fueron a buscarlo y se había colgado de unos cordones de seda.

Las voces que condenaban a mi madre crecieron y amenazaron y don Pedro Lisperguer, mi abuelo, no fue capaz de defender a su hija. En cambio, prometió exorcizos y doctrina en el convento de las clarisas.

En el convento estuvo un año, y la Tatamai nada más para servirla. «Un año de aprender y aguardar», murmuró la India y se corrió por detrás del brasero, «aprender que a Dios-Genechén, los cristianos le cortaron la mitad de su entero, sumidad hembra, y lo dejaron a tamatio hombre como ellos. De ahí la igualdad que nos quitaron, y en esa diferencia andan todas las mujeres, también las blancas. Que nos las trampeen, mis niñas, con su Divino y sus leyes, hijos de mujeres son los hombres y de eso no pueden zafarse.» Mi hermana se persignó y me agarró de la mano.

La Tatamai nos rondaba tres veces, nos salpicaba la cana con agua de canelo y salía a esperar a mi madre. Yo la esperé también, cuando el alba de Nuestra Señora de Agosto, cuando quería ofirle su risa feliz en esas vísperas. Era un invierno muy frío y me costó dejar el brasero. La casa estaba abierta y por la calle corrían hachazos, máscaras, y las túnicas blancas de los caballeros.

Haciendo piruetas, los fuegos llegaron hasta los portones y mi madre en su vestido oscuro salió a encontrarlos. Cambió hachazos con ellos y después se fueron todos, menos uno. Mi madre siguió jugando con él hasta que la túnica y el hachón del otro se le juntaron, y los dos unieron el blanco y el negro.

Corré al patio de los sirvientes y la Tatamai apareció

moviendo los brazos y sonando las llaves. Mi madre y el caballero iban hacia el fondo de las despensas. Cerré los ojos y cuando los abrí, se los estaba tragando la tierra.

No volví a oír su risa. La seguí una noche, llegué hasta las despensas y me pegué al postigo entreabierta. Despojada de su camisa, mi madre se paseaba entre las cuelgas de cebollas y de ajos mordiéndose los brazos. La Tatamai metía las manos en una jaula donde chillaban varios pájaros, el brasero quemaba hojas y oía un vaho hediondo. Mi madre empujó a la Tatamai y remeció la jaula, un pájaro se soltó y se golpeó contra el techo. Mi madre gritó: «¡Martín de Urquiza!» «¡Martín de Urquiza!» y de nuevo «¡Martín!» y la sangre de los brazos le manchó la cara. La Tatamai dijo algo que no oyó mi madre le pego en la cabeza y en los hombros, llamándola con nombres muy raros.

La vista se me nubló y me aferré a la ventana. Volví a mirar y la Tatamai se retorcía como los indios cuando los herran. Se alejó después hacia el fondo y voló del cuarto sin respetar las paredes, pasó rozándose la cara y fue haciéndose un chonchón mientras se perdía entre los áboles.

Estuve por meterme a la despensa y palpar de cariño a mi madre tendida boca abajo en el suelo. Me habría mirado a la cara, que tememos igual dicen, y hubiera alcanzado fuerzas para ser ella de nuevo. Como no le atreví mi ayuda, cargaremos juntas lo que venga.

Caminé el corredor de vuelta y confundí mi pieza. Rosarios Ay, la esclava que nos regaló mi tío don Pedro, y que dormía pegada a la puerta de mi hermana, se entroscó chillando a mis piernas. Agueda me preguntó desde su cama: «¿De donde vienes tan tarde?»

No tuve que contestar. Rosarios Ay se tapó la cara

griando que un fantasma me escoltaba y que ella lo veía reunirse conmigo en el patio. De una patada callé a la esclava y pasé a mi recámara.

Agueda es buena y linda, decían contrastándola conmigo. Mi hermana me ayudó siempre contra la rabia de mi padre, sabía que yo lo odiaba y me entendía. Las dos sacábamos distinto lo que igual nos colmaba el ánima.

«¡Como los hombres!» me gritó una tarde jugando a los tropezones con Dídimo Estero, un lindo mulato que mi tío Mauricio nos envió desde el Tucumán. Dídimo la persiguió hasta que la alcanzó en el granero, la alzó en brazos, y tanto sonamos la risa que nos hallaron. Veinte azotes recibió Dídimo y se le doblaron porque mi madre dijo que «basta», y don Gonzalo por enjabonarla más, los concluyó sobraditos. Mi hermana pidió el perdón a que la obligaron, con una voz que sacó lágrimas. «Es una inocente», murmuró mi padre.

«Tú, de inocente nada», dijo volviéndose a mí y yo me encorvó al Señor de la Agonía, con el que compartimos diez años de nacidos.

«Los dos preñados», le había dicho fray Pedro de Figueroa a mi madre cuando conmigo en la barriga, ella pasó a verlo. Fray Pedro, que tallaba su Cristo en una rama de espino, le anunció seguro: «Pariremos en la misma fecha.»

Al Señor de la Agonía le regaló mi abuela su capilla cuando cumplimos siete años, y no me quité los ojos cuando lo trasladaron a los agustinos. Desde entonces le rezó, que «lo que abunda no daña», afirma la Tatamai preparando sus sahumeros. Le rezó, pero no me gusta como lagrimea entre el incienso. Que sufre por mi madre y por mí, dijo fray Cristóbal, y yo le contesté que El nos hizo iguales.

En la cripta de San Agustín descansa el bisabuelo

Flores, y sus descendientes tenemos sitio de preferencia para cuando nos llegue la última hora. Al Señor de la Agonía le pedía siempre al acostarme que nos librara del mal, y lo repetía hasta dejar de acordarme.

Una mañana desperté a mi primer día de adulta. Los sirvientes daban alaridos y se golpeaban el pecho, tocando con la cara las piedras. Me eché de la cama, fui al patio y me allegué a Perdón del Socorro, traido recién de los Cauquenes.

Por sus gemidos entendí que amitó, el general Juan Rodulfo Lisperger y a cincuenta soldados bajo sus órdenes, los habían matado los mapuches cerca de la frontera.

Casi no recuerdo al general Lisperger, pero recuerdo que don Gonzalo envió para él a Segundo, subastardo, el que una vez nombró «Ríos», cuando estaba borracho. No sería mi títo, sino ese bastardo hurao al que guardé para siempre en mi memoria.

Fuimos a dolernos con mi abuela. Mi hermana y yo caminamos de la mano a una distancia de respeto con mis padres. Llegamos a la gran puerta entornada y los vecinos salían y entraban. Una mujer se detuvo y miró fijo a mi madre, vuelta de lado se santiugó tres veces. La mañana se me oscureció, recuerdo que me eché sobre ella y metí la mano en la guarnición plateada que le envolvía la cintura. La guarnición se rompió y caí tirando del trapo. La mujer chilló y Agueda mi hermana, me levantó de prisa. Pasamos la puerta mientras decían con odio: «cria de bruja, mal oíremos de ella».

El patio tan lindo de mi abuela estaba de lágrimas, ennegrecido por los hábitos de los frailes y por mis parentes de luto. En ese momento mi abuela salía del estrado para ir a la capilla, bajo el velo de penitencia le habían crecido unos

párpados de hojas moradas. Don Pedro mi títo, iba a su izquierda y el provincial de los jesuitas a su derecha.

Desde el naranjo se rió un pájaro y tuve un escalofrío.

Me volví al portón, y un señor llenaba con su presencia la entrada. Una mujer gorda colgaba de su brazo. Mi madre vino desde una punta del patio y el señor se quedó tieso, esperándola. Ella se le puso al frente y se amarraron de ojos: «¡Martín de Urquiza!» gritó. La gente los dejó aparte y alguien empezó un rosario.

«¡Catalina!» contestó el caballero y se le arrebató el semblante. La señora lo tiró del brazo y no pudo moverlo. El pájaro se rió más fuerte y la voz de la señora se le mezcló con un chillido: «¡machi, que tratas con el diablo!»

Todo se hizo nuboso. Mi madre levantó el brazo, el caballero se interpuso y recibió un golpe que lo zamarreó entero. «¡San Miguel, príncipe de las milicias celestiales, salvanos de esta maldita!», clamó la mujer con todas sus fuerzas.

Yo sufri eso que me oscurece por dentro. Traité de llamarla pero mi madre se perdió en la niebla. El hombre tensa la culpa y lo oscuro se apretaba más: «¡mátalo!» «¡mátalo!» «¡mátalo!» grité y pude al fin agarrarme a su falda. Después, la voz de mi títo Pedro tenía manos y brazos de ayuda. Metí la cara en la golilla que le forraba el cuello y nos fuimos separando del rosario apurado de la gente. Mi madre desapareció en la capilla.

Por la muerte de don Juan Rodulfo trasladaron al Señor de la Agonía a casa de mi abuela. A ella la confortaba pero a mí me imponía la pureza y el encierro. Como Señor manda y por boca de fray Cristóbal de Vera, me sermoneaba el miedo: «mujer fue quien puso la oreja al demonio y en mujer

principio el pecado.» Fray Cristóbal me disponía penitencias y sogas ásperas a la cintura.

Mi madre vivía hundida en sí misma, cuando subía fuera, me acercaba sus ojos y yo trataba de ver en ellos eso que no sabía decirme. La Tatamai la atendía y nos platicaba historias contrarias a las de los frailes, en ellas siempre vencían una Elvira, unas Catalinas y una Agueda.

A mi madre escuchábamos entrar en el patio, ella ardía su vida marcada por el sao de la calumnia. Hija y madre de mis niñas, la nombraba la Tatamai y prometía llover granizo sobre la siembra de sus enemigos, mermar sus fuerzas y enfermarlos de tumba, tal como les sucedía.

Cuando de noche estaba sola, me aguantaba de cerrar los ojos para no caer en mis pesadillas y pedía al Señor de la Agonía que asustara al miedo y me librara del calicón sin salida. Raro es que me oyera y yo iba en lo negro sabiendo que por algún lado estaba lo abierto. Fuerzas tremendas me retinían, pesaban horrible mis piernas y se me hundían los gritos. De pronto, estaba en mi pieza y mi hermana dormía en la suya. Más liviana me asomaba al patio, y veía a don Gonzalo empujar a una sirvienta para entrarla con él en su recámara.

El mundo es tierra de escarnimientos, decían mis tíos, cuando mandaban azotar a quien no les cumplía. Dolores y guerra marcaban la vida desde que nacimos.

Mi madre nos pidió consu Tatamai allado. Agueda me adelantó en tres años y salió feliz al mundo, pero yo, pegada en lo hondo, me negué a la vida, hasta que la Tatamai metió sus manos y me arrancó al principio. Que yo no me iría como Agueda sobre los pasos de mi abuelo Lisperguer, el forastero, afirmaba la India por dentro del brasero. Que no se apensionara

mi hermana, que cada cual a su deseo, ella estaba destinada a la corte del virreinato con sus reverencias y esquivos. Yo retoraría en Catalinas como, volando su cabeza, lo diviso mi abuela.

LA TATAMAI DICE que una puede acordarse de su llegada al mundo, siempre que haya madurado contenta de aguas en el vientre de su madre. Nunca conocí a alguien que guardara algún recuerdo. Los misos no alcanzan a ser memorias y revuelven un centro que late y siente.

No crecí contenta de aguas en el vientre de Catalina, tampoco Agueda mi hermana, aunque al nacer fuera bienvenida por don Gonzalo de los Ríos. Llegó a la tierra sin angustiar a su madre, llegó sonriendo. Pero Agueda y yo lucimos callana de mapuche en el trasero, una mancha muy suave en mi hermana y teñida en mí, por colorina. Ella fue rubia entera como el abuelo Lisperger, y a mí me tocó pelo rojo y crespo como mi madre, para que nos dijeran de lejos.

Cuando doña Catalina, cargándose dentro, llegó a Talagante, la sequía desolaba el jardín y los potreros. En el corredor de su infancia, la doña tuvo sus primeras ansias de parto. Todo lo supe por la Tatamai que varias veces comió mi nacimiento y sin variarlo en nada.

En la pieza de su abuela un brasero ardía la penumbra del cuarto y unas siluetas encuclilladas velaban. Doña Elvira yacía su cuerpo sosegado y su nieta se acercó para hablarla, pero no le sonaron palabras. La cacita abrió sus ojos y ambas se encontraron en el sin fin y sin principio que rodamos. El temor barrió a las siluetas del cuarto.

La Tatamai entornó la puerta, avivó el brasero y la cacica ordenó que la sentara. El silbido del viento fue un filo de plata que agitó las cortinas y cruzó fuera entre los sirvientes, después se hizo voz de doña Elvira: «el malo odia a las preñadas, el parir de la mujer le está diciendo que ella fue primera.» Un quejido trepó a grito. La mano de la cacica se levantó en el aire y su nieta se agarró de ella.

Una oración en mapuche llenó los ámbitos, y las brasas trepitaron un humo blanco. El cuerpo de doña Catalina se remeció, «¡Virgen del Socorro!» gritó soltando la mano de su abuela que cayó inerte y quieta sobre la sábana. El humo abrió llamas y la voz de la Tatamai gritó: «¡Hembra, es hembra la que viene!»

Don Gonzalo supo la muerte de la cacica que sucedió justo con mi nacimiento, por la cara de cansancio y de susto que el mensajero traía. El amo esperaba un varón para su estipe y despechado, azotó al muchacho, se encerró a beber, salió borracho y se perdió por tres días.

Del abuelo Lisperger me camina la ausencia en la sangre. Camina hasta mi piel, que yo no pude como él largarme de velas y mares por los límites cerrados que fijaban mis faldas. De mi abuelo contaban su lindo porte, sus tristezas por la tierra de Alemania y por su casa ducal de Sajonia. Su casorio con doña Agueda Flores, mi abuela, era referido de varias maneras y siempre de chisme. Doña Agueda embrujó al extranjero con los mil ojos de su piel desnuda, decían, cuando él la siguió hasta el río. Y esto se supo por Pancho Merlo, que en esas fechas tenía quince enamorados años, y los seguía sin treguas. Durante tres días de fiebre, Pancho Merlo desvarió con la Flores desnuda y radiante, saliendo mil veces del agua.

Las urgencias entre doña Agueda y don Pedro no aguantaban demoras y así, hubo que regatear pronto el casorio. Blumen plebeyo y Lisperguer nobiliario se entendieron por fin, y la cacica Elvira dictó y lento, para que palabras y papel resistieran, la más abultada dote que se otorgaría en el reino.

De hereje culparían más tarde a mi abuelo Lisperguer, asegurando que se había entendido con el pirata Hawkins, cuando éste desembarcó en Llolleo. De otra laya no explicaban la salvación de su ganado y de la choza que fray Cristóbal bendijo como capilla. En medio de rechiflas y obscenidades, los piratas sacaron las hostias y las profanaron comiéndoselas con satchichones y pasándolas con chicha nueva, pero sin intervenir destrozos. Los cañonazos para despedirse se oyeron en la capital, y el pueblo se guardó las rabias hasta enredar a mi abuelo.

Vino entonces lo de habérselle escuchado que Nuestra Señora la Virgen no alumbró a su Hijo por el vaso natural, sino por el ombligo, y desde el púlpito lo señalaron con espanto. A la señal de culpa continuó la amenaza, se habló de excomunión y los chiquillos seguían a mi abuelo por las calles chivateando: «¡hereje te parió tu madre!»

Don Pedro viajó a la Ciudad de los Reyes y desde allí el arzobispo acalló cargos y le restableció la honra, leyendo sus méritos en la iglesia catedral y bendiciéndolo. Pero al abuelo le quedó para siempre una pesadilla que se le entraba en el sueño. La pesadilla bajaba del techo y a don Pedro le alcanzaba su hervorantes que ella le cerrara los párpados. La Tatamai encendió sahumerios de limpias y se quemaron cortinas, postigos y puerta, todo lo que permitiera calabozos de miedo. Mi abuelo quedó a la intemperie de vientos

colados y para siempre en vigilia, entonces empezó a viajar hacia la Ciudad de los Reyes, donde al fin lo acudiría la muerte.

Huérfanas de abuelo y padre he sido y no sólo por fallecimientos, «¡todos huachos de padre, en el reino!» le gritó mi madre a fray Cristóbal, y su rabia se escuchó hasta en la recámara de mi abuela. Vi enjugarse una lágrima a la señora, pero lágrima era de asentimiento.

El bráscero me anunció caminos siempre, senderos que soltaban un centro y se perdían en la ceniza. Nunca supe seguirlos, tal vez seguirán sin mí, me sueltan como el único hijo que tendrá y anuncian para dolor, las yerbas.

Fray Cristóbal estaba siempre al aguante de escucharme en confesión, no en conversa como yo lo buscaba, para hacer de tierra mis senderos de ceniza. Pero el fraile me dividía el alma entre brujería y cielo y me quedaba en las mismas. Un jueves santo me negó la absolución por decirle que aborrecía a don Gonzalo y mantenerme en ese odio del que fray Cristóbal no quería entender los motivos, con miedo a que fuera cierto. Cubriendo sus ojos para evitarme, habló de los méritos de don Gonzalo y de que maldita sería la que calumnara a quien le dio la vida.

«Es venganza», agregué firme.

Fray Cristóbal se levantó de su silla y me puso un crucifijo al frente aullando: «¡vete y déjala, demonio!»

Me tiraron las piernas pero fui capaz de parame: «venganza de don Gonzalo contra mi madre», afirmé pasándome a la iglesia.

Ese jueves santo me quedé en la capilla del Señor de la Agonía y traté de rezarle. Quince años teníamos, El arriba en su altar sobre su morado de seda y yo abajo, en el suelo. La

luz de los velones removía bultos en la oscuridad y fray Cristóbal me espababa, golpeándose el pecho. De pronto me miró con todo el cuerpo, puso los brazos en cruz y se echó al suelo entre gemidos: «¡misericordia!»

Un murmullo salió de la gente y Rosarios Ay, que llevó la alfombra y me acompañaba, soltó un llanto plagado de hipos y se alejó de mí, arrastrándose con espanto. Me levanté y crucé la nave entre ojos que me punzaron hasta la puerta. En el umbral me volví, hacia el fondo de la iglesia había una eternidad de sombras.

Salí al atrio, me arropé en el manto y di con todas mis fuerzas en la esclava, cortándole su «¡ampáranos, Señor!» que mascullaba. Me apuré a la calle, y detrás de mí gritaron: «¡la Quintrala se ha volado!»

En la esquina que enfrenta a la Merced me detuve. Recuerdo que sudaba y me apoyé en la piña del agua, el

corazón me latía por todo el cuerpo. La oscuridad y el silencio me aquietaron, me pasaba siempre, me pasaba cuando huyendo de don Gonzalo me metía al fondo de la leñera y le hablaba a los fantasmas.

En el agua de la pila se repetía la cruz que corona la iglesia. Pegada a la pared me fui acercando a la entrada hasta que la voz de Rosarios Ay, dijo a mi espalda: «la procesión de la Vera-Cruz, que viene.» Lo había olvidado, cada jueves santo los mercedarios sacaban su procesión de la Vera-Cruz, sólo de caballeros principales.

La última campanada de la medianoche separó los portones del templo y desde el fondo de la nave avanzó la columna de hombrijos cubiertos sólo por un pantalón ligero. La Cruz subía al aire entre sus velas y la gente soltaba lamentos entre un seseo de huascas. Frente a mí pasó el

Madero Sagrado y el varón que lo seguía portando el estandarte en una mano y un látigo en la otra. Un vello negro pintaba su pecho desnudo y le ennegrecía el vientre.

Alvaro Cuevas se me descubrió como otro. La noche había limpiado en él lo odioso de su nombre. Ni su padre el fiscal, enemigo de los Lisperguer, ni el aborrecimiento de mi familia a la suya cabían en el trecho que nos separaba. Ya no me afligirían malos sueños, ni aguardaría la luna nueva de abril para cumplir mis deseos.

Alvaro levantó el brazo, se azotó y se tiñó rojo. La gente gritó y grité con ellos. Lo llamé y caminé a su lado mientras el manto se me caía en los hombros. Alvaro me fijó los ojos, nos detuvimos y él respondió abrazándose con el látigo cada vez con más furia. El sudor le brillaba la cara y la sangre el cuerpo, apenas podía sostener el guion que le temblaba en la mano.

Yo seguí pegada a su costado, metida en la oscuridad de los gemidos y en el ruido de algún penitente que trastabillaba con su propio castigo, clamando al cielo por sus pecados. Escuché: «¡la cría!» y «¡Quintrala!» No me molesté en mirar de dónde salían las palabras, me rodeaban bárbaros y capas españolas.

Hice el camino del calvario llamando a Alvaro entre el chasquido de los azotes, gozosade un placer que me dolía por dentro. Y de repente: «Catalina», dijo, y tendió el látigo como para acercarse. Tendí también mi brazo pero no alcanzamos. Los senderos de la ceniza nunca se tocaban: «¡misericordia!»

Uno de los flagelantes vomitó a mi lado, cayó y los otros lo empujaron fuera de la columna para que no interrumpiera la marcha. Alvaro ya no era entre la mancha

negra, rota por velones que se alejaban. Me quedé allí de pie, y una mano puso ante mi cara un crucifijo: «¡Vete, demonio!» No moví un dedo para rechazar al que me condenaba. Yocra una cría de bruja y me subiría a maestra.

Rosarios Ay lloraba de miedo a mi lado y me tiró de la falda. Que era muy tarde, que nos apartáramos de allí, me suplicaba sollozando por los rebencazos que le daría don Gonzalo para sacarse la rabia. De un palmazo le corté el lloro y le ordené volver a casa. Entonces vinieron los alaridos de que no quería marcharse sin mí, que la harían charqui, que ojalá estuviera difunta antes que la agarraran. Tuve que largarle un segundo palmazo para que echara a correr, culpándose de su muerte.

Frente a la Merced escuché alejarse pasos y murmullos hasta que no hubo nadie, sino yo en el mundo. El tiempo se abrió en dos y Alvaro vino hacia mí en hábitos blancos. Fuimos por la calle del Rey y nos detuvimos en la tranca del huerto por detrás de mi casa.

La Tatamai que me aguardaba, descorrió el cerrojo y bajamos al sótano donde se guarda el vino. Unas botijas se rompieron y el aroma nos desató la risa. Nos reímos por estar vivos y juntos y por mancharnos con la sangre de la penitencia recién pasada, de las heridas que la refriega de nuestros cuerpos abría de nuevo. Fue mi primera noche de éas, la primera, antes de poner en palabras lo que se dice mejor de piel a piel en silencio.

A TODA MUJER crecí en esa época de Alvaro. Mi cuerpo se abrió al contento y rechacé los miedos. Entendí a la Tatamai que habla y oye los mundos que nos rodean, me volaron pájaros, me tronó el viento y se acalló la guerra. Catalina, mi madre, que empezaba a detener los ojos en presencias que no velan, se alentó a sonreírme de nuevo. Una vez se sentó junto al pozo y me llamó con la mano. «El gusto tiene dos lados», me dijo «y muy apartes, sólo en hechizo duran.»

Me agaché a mirarla y noté sus huesos por debajo de la piel, cada vez más cerca a lo que de nosotras quedará cuando no estemos. Mi madre echó la vista por encima de mi hombro y se mordió los labios. A mis espaldas, tal vez, aparecería para ella aquella tarde tremenda que la cambió a forastera de sí misma. Nunca se refirió en palabras a lo que ejecutó en Urquiza y yo presencie de testigo.

Aprendí a escuchar mi cuerpo que se atrevía a tanta ventura, y por los ojos de Alvaro entré a un ámbito donde cabía entera. Para adelantar mi destino quemé hierbas del futuro en el brasero y su ceniza me anunció males. De rabia aventé el brasero contra el muro del sótano, pero las hierbas chupan la tierra que pisan los hombres y saben.

Ibamos con la Tatamai y de frente, el aire se llenó con el bulto de don Tiburcio de Cuevas. El caballero no hizo ademán de conocimiento sino que plantado se estuvo, hasta

que bajamos de la banqueta a la calle para evitar tocarlo. Sentí que se quedaba allí, abrasando los espacios con su aliento. «Tiene que darme la camisa de Alvaro», dijo la Tatamai, «apura el tiempo de prueba.»

Corrí a casa de doña Agueda, pasé sin saludarla y fui a pararme ante el Señor de la Agonía: «ayúdame» dije, y caí de rodillas. Alvaro no era suyo todavía, le faltaban los votos mayores y se estaba despojando de ser novicio obligado por complacer a su madre.

De noche, él huía del convento y entraba en mi cuarto, aunque no le veía la cara al llegar, me envolvían sus sentimientos. Le tendía la mano por la puerta entreabierta y adelantaba el abrazo. Pero después de encontrarme con Cuevas, dos veces faltó a la cita. La emoción que se trajo al volver era de incertidumbre y fue incapaz en la cama. Pidió tiempo para aclararse por dentro y aplacar a su padre. Me enteré entonces de que el fiscal sabía lo nuestro, no me interesé de cómo llegó a su conocimiento y sólo contó para mí, el resolver de Alvaro.

Tres días llevé su camisa pegada a mi cuerpo, después la amarramos a una figura de barro y la Tatamai aplazó encenderle sahumerios. Que se alentara a ser él mismo y conmigo, luego veríamos, dijo.

A infierno cambia la vida de los que esperan. Y a eso, se agregaron visiones que yo escondí desde niña para que nunca se repitieran y se quedaran en sueños. Me aparté de la Tatamai para acercarme al Señor de la Agonía y prometerle todos los mandamientos, también el de honrar al padre y asentir en que las mujeres somos perversas, pero pasibles de enmienda. Juré todo eso y jurándolo, recuerdo que me doble en arcadas y vomité un agua oscura que ensució el piso. Me

levanté y toqué los pies del Señor de la Agonía, que no me desamparara, pedí, y fui cuando escuché voces en el corredor de la entrada.

Las voces se fueron viiendo hacia la capilla y separándose en las de don Gonzalo, mi madre y mi abuela. No alcancé a salir al patio, me quedé en la puerta, y mi padre me empujó hacia adentro. La rabia le alascaba el habla y sus manos se palpaban la cintura como buscando un cuchillo. Entendí que lo de Alvaro y yo estaba portadas partes y se nos apresuraba el fin o el principio. No tuve miedo y me conservé fría.

Oí de mis encuentros sacrificios, de mis amores con un enemigo y de mi burla que don Gonzalo cambiaría a castigo. Me enmurrallé en el silencio y lo dejé vaciar su veneno, adelantó el puño y se lo retuve en el aire. Oí que de gustarme los bárbaros, me pasaba a hombre blanco pero prohibido, siempre de contra al bien y que, por maldita yo entre las mujeres, anadié le extrañaría que mi padre me arrancara del mundo.

Mi madre se me puso al lado y lo cuipó de venganza, gritándole que ojalá fuera cierto lo que él afirmaba y que a mí me hacía bastarda. Pero por desgracia no era así y tuviera cuidado. La verdad era que ella lo odiaba, lo odió siempre y se habría marchado, mi madre hablaba sin miedo, enronqueciendo su voz como si cayera en un pozo, pero no fue su falta quedarse, agregó, sino la cobardía del otro: «¡yo y él condenados! ¡No hay muerte que pague lo hecho!»

Cuando me quedé otra vez a solas en la capilla, todo estaba sucio de aborrecimientos. Don Gonzalo habló de obligarme el convento y de hacerme profesor de sargento para castigarme sin dote. Alvaro en sus mercedarios quedaría

entrado, y adelantaría sus votos mayores después de todas las penitencias. Fue lo que había gritado Cuevas cuando se enfrentaron, don Gonzalo y don Tiburcio, que por mi culpa a punto de acuchillarse estuvieron. Pero fray Cristóbal evitó que se llegara a hechos y se logró el acuerdo de separarnos, así quedó jurado.

Mi madre y mi abuela alzaron la voz para negarse a mi encierro y amenazaron con enviar palabra al arzobispo de la Ciudad de los Ríos. Mi padre pacó las baldosas sin importarle que estuviera Dios presente: «tu madre y tú en el mal, amigas de lo contrario», exclamó ensordecido por su propia rabia, «jal convento debí entrarle de pequeña, cuando ya enschabas lo torcido de tus gustos!»

Sus palabras me volvieron a mi época de niña y a mis preferencias por los mapuches que nos servían, oscuros y distantes a los que éramos sus amos. En ellos se escondía mi bisabuela y se mostraba doña Agueda, me abrían a otra cosa que yo podía tener y era rebajado. Me escabullía hacia los sirvientes pero descubrí que en mi hermana ponían sus ilusiones, en Agueda rubia como la Virgen y subida a dueña. Me quedé en lo incierto y me acepté en mitades, bárbara y blanca.

Fue cuando repare en Segundo a Secas, como lo llamaban, que esperaba a mi hermana desde todos los rincones de ser bástardo, una espera de horas en que ella lo olvidaba. Segundo con el pelo rizado, la nariz aguileña y la frente muy alta que los dos teníamos, ambos desde los bordes prohibidos, nunca en el centro. La Tatamai me escuchaba y traía aguardiente, aceite y hierbas, para frotarme en silencio. En la tierra no hay asilo ni en lo sagrado cuando trataba el odio. De Alvaro habían dispuesto, pero yo no me quedaría

en eso y vería de huirnos, como lo pensamos ambos en la última cita. En arrancarnos pensé, pero sin creerlo, de golpe me llenaron aquellas aflicciones de repetirme, de caer al abismo y de no salir a la otra orilla.

En la capilla me estuve hasta que se quemó la última vela y vino la Tatamai a buscarme. Besé los pies del Señor de la Agonía y que nos librara del mal, volví a pedirle.

Fueron semanas de encierro y de no permitir recaderas. Al convento me obligaría don Gonzalo, en cuanto se marcaran los plazos de mi estadía y los dineros de mi acomodo. Mi madre con su aire ausente, entró algunas veces a dormir conmigo. La Tatamai me despertó una noche para anunciarme que Alvaro me esperaba en la huerta. Vestí el ropón y las botas de Catalina Lisperger, y me eché un rebozo a los hombros. «Tú y yo, la misma», dijo la voz de mi madre sin salir de su sueño.

Me apresuré en los corredores ceñidos por un abismo negro. Don Gonzalo apareció de pronto, llevando un velón y al divisarme se adelantó rápido y se me plantó al frente. «Catalina», dijo.

Algo me pasó por la sangre y me demoré en contestarle. «Catalina», volvió a decir, «nunca quisiste casarte conmigo.»

«Nunca», dije, «fue un comincio envenenado.»

«Me odias, y tuve excusas para acabar contigo, pero me aguanté la rabia. A tu hija no le permitiré vicios.»

«Te aguantarás con Catalina.» La voz me salió espesa y sonó tan distinta que don Gonzalo acercó la vela. «Eres un doble», dijo, y se persignó, «la otra duerme o vuela, que es lo mismo en ella.»

Yo resistí su mirada que iba cargándose de susto: «la otra prepara sus venganzas», respondí fuerte, «y las cumple.»

Don Gonzalo se apartó con un «¡Dios mío!» y yo me lancé a la huerta. Alvaro se había negado a encontrarme en el sótano. Lo divisé contra la penumbra de los áboles y no pude tenderle la mano. Lo demás es memoria muy breve y que apenas abulta palabras.

Como si me hubiera volado a lo alto, divisé a Alvaro en su hábito, exacto en la noche. Divisé como hablábamos con todo el cuerpo y se quebraban los espacios, y vi cómo yo me acuchillaba el brazo, llenaba de sangre mi palma y luego me iba contra Alvaro. Tení sucara de rojo: «¡conjuro de bruja!» Caminé de regreso a la casa. Igual el pozo, las tinajas, las paredes implacables. El amanecer atrevía sus rosados y sus azules y en la capilla, Rosarios Ay cambiaba el agua de los jarrones. Allí me quedé sobre el suelo y soñé que me llamaban y que yo respondía desde distintos rincones. Cien veces yo contestaba desde distintos rincones que se perdían, mientras las voces iban cambiándose a risa.

Un grito me abrió los ojos y yo estaba de pie entre flores derramadas. La Tatamai me devolvía el cuerpo sosteniéndome por un brazo. «Igualito que un fantasma, el amo entró por la puerta cerrada», dijo Rosarios Ay, «pidió al Señor de la Agonía que la mirara en los ojos y muchas veces repitió lo dicho.» Don Gonzalo se asomó a la entrada y la mulata agregó más alto: «llamó de traidor a Dios y lo tiró de las piernas.»

Otras siluetas aparecieron y se persignaron de lejos. Rosarios Ay se echó al piso gimiendo y todos la imitaron. Con el pie di en la cabeza a la mulata ordenando que se largara y ella, a grito en cuello, pidió perdón a Dios y besó las escalinatas al altar. Cristo mantenía su rostro alejado. Me tapé las orejas y cerré los ojos. Nadie más que yo

en el mundo. Nadie podría alcanzarme, nunca estaría donde me quisieran, igual que mi abuelo nunca estuvo donde lo querían. Yo y entera. Como los imbunches, me cosería los resquicios para que las ansias del cuerpo no me la ganaran. «Los hombres pueden darse el lujo de sus ganas y una mujer pagará por ellos», dijo la Tatamai.

Ni un ruido, ni una relumbre, todo era silencio y oscuridad y alivio que me abrían los ojos del alma que decía fray Cristóbal de Vera, amenazando a mi familia porque los cerraban. Yo vería igual que la Tatamai, de lejos, y marcaría a los que odiaba. «Cria de bruja», me llamaban y ojalá lo fuera, y no de lágrimas, de esas que soltó mi madre en la oscuridad de su junta con Urquiza. Ningún hombre me pondría llantos y lejanías, yo primero.

«Padeczo el infierno desde que usted me falta», dijo Urquiza, aquella noche en la penumbra del sótano, «no puedo sacar su cuerpo de mis suenos y su recuerdo me aturde como un tormento.»

Y mi madre: «¡qué fáciles son las palabras, no hay cómo decir la pena!»

«Hablaste de huirmos a otro rincón del imperio o de escondernos entre los bárbaros, estoy aquí para eso, para lo que mandes, pero que nos tenga juntos», dijo el hombre.

Y mi madre: «yo no le mandé hechizos para que volviera como usted antes pensó le hice, para quedarlo.»

«Merezco su残酷 y su burla.»

Mi madre: «es peor que eso, jes odio por haber dejado en mí un hoyo vacío, un hoyo donde el amor estaba!»

«¡Catalina!»

Pensé gritar para que Urquiza se largara y alguien lo asesinara de veras. No quería oír el murmullo apurado que

salta de ellos, ni ver cómo, amarrados en una sombra, se lo que dijo, y todo por abrirse en dos y perderse de sí misma. Jamás me perderé de mí, antes matarme o matar.

Mi madre en lágrimas. El debió llorar las suyas hasta quedarse seco. Como a todos, no le importó la mujer, las sospechan de enredos porque saben de antes. «De antes que ellos nazzan», afirmó la Tatamai, que nunca se quiso ayuntar con blanco: «perdidos en la tierra.»

Fue entonces cuando mi madre se levantó, se remeció las faldas y empezó a reírse. Lucía como Eva en la creación que talló para mi abuela fray Pedro de Figueroa. No era Adán el Urquiza que se enfrentaba a su Eva, el Adán de fray Pedro no tenía réplica, «igual a ninguno, se quedó en madera», dijo la Tatamai.

Mi madre gritó: «¡nunca más esto, nunca más verlo! Nuestro tiempo se terminó hace dos años. Regrese de donde vino, Martín de Urquiza, y despícete de esta noche, se está acabando.»

Y él: «¡no entiendes de quererte ni perdonar a nadie, supo ya de tus andanzas!» Mi madre habló despacio: «¡Y supiste también lo de mi aborto!»

El hombre se acercó a mi madre y se quedó quieto: «¡Catalina! ¡Que venga lo que sea pero conigo me quedo!» Y todo se sucedió rápido. Urquiza la agarró en sus brazos y se mezclaron a la penumbra donde apenas alcanzaba la vela. Salí del escondite y mi respiración me ahogaba. Debí cerrar los ojos nada más un momento y cuando los abrí, el hombre soltaba un quejido y caía en sus rodillas, con semblante que se iba apagando, miraba absorto a mi madre. La Tatamai de un manotón apagó la vela y corrió a mi lado.

Todo lo demás se sucedió en el tiempo que estamos girando. La Tatamai me sostuvo de un brazo, subimos la escala y caminamos a la casa, igual el pozo, las tinajas, las paredes implacables. El amanecer atrevía sus rosados y sus azules y la luz se enredaba entre los árboles. La voz de mi madre duraba en el aire. «¡Déjala!», había gritado, «¡que sepa de mí y de ella misma!»

Recuerdo apenas el rosario de mi abuela en mi cuarto, las letanías que respondía mi hermana y los asperges de fray Cristóbal. El resto se oscurece con la presencia de la Señora. Yo reposaba bajo mi plumón de La Ligua, y la mano tocó mi frente: «Catalina, ¡levántate!» Amable era y venido tal vez de la montaña porque relucía de nieve. Lo seguí pisando el suelo que él no pisaba. El sótano al final de la huerta, ancha y libre la entrada y el abismo negro. Me enteré de cada peldaño hasta dejar el último y sin asombrarme, vi al otro subirse hacia el principio de la escala y desaparecer su blanco. No tuve miedo, la oscuridad me acunaba.

Entonces, no hubo de a poco sino de repente, y la Señora llenó el espacio de una suavidad dorada. Era lindo mirarla en su chamar de tela mapuche, los aretes pesados y el trarilonco sonante. Sus pies desnudos resaltaban por debajo de su falda, desnudos como sus manos a medias tendidas con algo que aún yo no sabía. El pelo hacía una trenza, redondeaba una corona y fui intentando mirarla, un reflejo me húsa su rostro.

La Señora dijo «¡Catalina!» y pude notar verdes y grandes sus ojos y la nariz aguileña. Era la felicidad tenerla abriendo en oíro la noche oscura del recinto. Me acerqué para gozar la limpieza de su aura y liviana volé a tocar sus manos. El ajá que ella tenía se hizo llamas y pepas incendiadas que

quemaban mis vestidos y me desnudaban la piel. Sonreía frotándome el rojo y las brasas, el pelo se le des trenzó y dio llamaradas como filos de puñales.

Entre el fuego, la Señora gritó una voz conocida: «¡te hago a imagen y semejanza mía!» Vi cómo hurgaba entre su chandal y salía su mano con una rosa negra: «¡te doy mi corazón!», exclamó como si de su propio corazón se desprendiera. Alargué el brazo y agarré la rosa negra, una sola espina tenía que relumbaba su acero y se ensangrentaba con el rojo del recinto.

Miré su rostro y era el de mi madre: «¡madre Dios!»

ENTRE FRAY CRISTÓBAL de Vera, don Gonzalo y tres guardias, entré en el convento de las clarisas a preparar mis desposorios sagrados. De la Tatamai no quiso escuchar don Gonzalo, y Perdón del Socorro fue para mi servicio.

Antes de la clausura, fray Cristóbal hizo un aparte a una silla y a un reclinatorio, que me escucharía en confesión, dijo, y entendí que limpiaría mi alma de pestes contagiosas para el santo lugar que me acogía. Con penitencias entretendría el tiempo de la absolución, como antes lo había hecho.

No me moví de mi sitio y a la confesión me negué con la cabeza, todo en silencio. La abadesa y unas monjas susurraban oraciones, los guardias vigilaban la puerta y Perdón del Socorro, en sus rodillas, tragaba todo lo que pasaba en el locutorio.

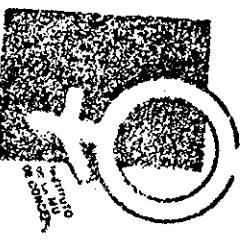
«¡Es contumaz!», vociferó don Gonzalo, «¡no merece tanta misericordia!»

«¡Insolente!» murmuró fray Cristóbal.

«Ustedes son los que me tienen», dije entonces, «yo carezco de hablar y de hacer. Las mujeres deberíamos quedarnos mudas hasta poderlo nuestro.»

«Soberbia», murmuró el fraile y apresurado mandó que me pasaran adentro.

Una novena a San José, el de la Buena Muerte, me duró el convento, suficiente para oír de las novicias lo que decía



el mundo. Escogieron mi celda en una punta del jardín, y armaron el fogón contra el muro que terminaba su infinito, puntado de fierro. Al alba nos traían las provisiones y evitaban así, que se allegaran las recaderas con sus canastos y sus noticias. No adelanté gestos ni palabras y esperé que la curiosidad golpeará a mi puerta. No tardaron dos días en asomarse caras que atishaban en mi celda, la nada que yo había traído. «Te han castigado fuerte», dijo una muchacha muy joven, y se mordió las uñas en dedos que le sangraban. «Dios hace sus justicias», sentenció otra mayor, «¿no sabes lo que ha pasado?»

La pregunta no encontró mi respuesta y la mujer demoró su decir mientras me recorría de rebozo a zuccos: «Alvaro de Cuevas está perdido, no ha salido ni llegado a ninguna parte y nadie lo ha visto. Sólo encontraron su breviario y su crucifijo con muestras de quemazón y violentados, señal que los trabajó el demonio.»

Las dos novicias se santiguaron, repitiendo en el amén sus besos y sin quitarle los ojos de encima. Mantuve en ellas la mirada hasta que rebajaron las suyas y se alejaron de la puerta. Retrocedieron sin darme la espalda y luego echaron a correr disparando sal sobre los hombros.

No me dejé a pensar en Alvaro. Para mí desapareció de la tierra, aquella noche en que ensangrenté su cara. La sangre de las brujas es salvación de los heridos y poder sobre ellas, también al revés y cambia en las venas a infierno. Sobre el colchón tirado en el suelo, me adormecí por un tiempo que tuvo amaneceres y sueños. Vi a mi madre y a María su hermana, cuchicheándose entre risas, les ofrédon Alonso de Ribera y de librarse ambas de tenerse celos. Las seguí hasta la huerta y los canclos donde fijaron la cancha,

tendieron raya derecha y se jugaron el gobernador al tejo. Mi madre se lo ganó cayendo justo en la raya. La penumbra mantenía esa risa suya pegada a los únicos recuerdos amables de mi infancia. Mi tía se casó poco después del juicio que contra mi madre levantó don Alonso, y partió a la Ciudad de los Reyes, fue para las dos una separación doliente. Desperté a la celda y a mi encierro, a la espera.

Ninguna novicia volvió a llamar en los días que siguieron. Perdón del Socorro, que apenas se aguantaba a mí lado, salía de chimentos y regresaba hinchada con ellos. Rechacé los que decían de Alvaro y lo lloraba por muerto. Me apuré en sanar del hombre, y no acogería los dolores que asistí en mi madre y continúan en mi memoria. Se la ganaría al quebranto para quedar aliviada de eso. Las mujeres le agrandan al sentimiento lo que nos merman de otros lados.

Supe de las cautivas, pagado su rescate en alimentos y algunas asiladas allí mismo, escondidas por sus familiares y privadas de sus hijos mestizos que, para alivio de los blancos, no cedieron los mapuches. Me sorprendió saber de una Ilurgoyen, hija de don Pancho Merlo, que tuvo misa de difuntos el otoño pasado pero que, de veras, acababa de fallecer en una celda. «De consunción», dijo Perdón del Socorro, y agregó que a su tumba no le pusieron nombre. Fray Cristóbal de Vera se hizo presente una noche, acompañado de la abadesa y de cinco monjas veladas. De santo ejemplo me las enseñaba el fraile, de gracias a Dios por el caballero que a todas las engendró y por quien ellas rezarían para abrirle el cielo. De adelantadas a la vida eterna se entraban las cinco, todas doncellas, y traspasaban su doce al convento. Criadas de su casa las servirían y tendrían su apartado para recibir visitas. Me acerqué a las tapadas que

retrocedieron, agrupándose sin palabras. De golpe levanté el velo a una y le busqué la cara. La abadesa soltó un chillido: «¡no lamiéres!» pero la muchacha me miró con todos sus ojos y un aire de embeloso. «Que no te la ganen», le dije. «Se lo advertí», gimió la abadesa hacia fray Cristóbal.

El fraile se tragó los enojos y despachó a sus acompañantas, la última en salir fue la muchacha que partió sin cubrirse de nuevo. Tiempos de oraciones eran los que vivíamos, advirtió fray Cristóbal, tiempos de castidad para compensar a las cautivas, de limosnas para crecer a Dios en el reino y de obedecer las mujeres a sus superiores, «estás sola en tu miseria», terminó señalándome su dedo, «y si no te enmiendas, maldito dirán tu ejemplo»

Volvieron a temblarme las rodillas, pero derecha me estuve el rato de sus consejas y empicciné mi silencio. Fray Cristóbal no dijo de confessarme y rezó detenido en medio de la celda. La vela lo alargaba en la pared y yo me quedaba vacía, asustada de llenarme con miedos. Perdón del Socorro inició su lloro en el suelo, y la ansiedad se me volvió un agua caliente que me mojaba las piernas. Fija me quedé, sin soltar ni un suspiro.

Unos golpes en la puerta concluyeron la oración del fraile y una monja entró respirando de prisa. Habló muy cerca de fray Cristóbal y me alcanzaron palabras que amenazaban a la capital y ponían a La Concepción a punto de caer bajo los mapuches. Se precisaban frailes para bendecir y confesar a las tropas que partían a la frontera, y para estarse atento a los bárbaros que se nombraban de amigos.

Perdón del Socorro fue de celda en celda y volvió con noticias que redoblaron las oraciones a San José, el de la Buena Muerte, y llenaron los aires del convento con cánicos

a la Virgen del Socorro. El fuerte de Arauco estaba cercado y los mapuches del sur en armas. Cinco soldados mestizos, bautizados en la fe cristiana, degollaron a diez españoles y huyeron hacia la mitad bárbara de su sangre. Perdón del Socorro se tironeó el pelo: «Lepantaru, bastardo de don Juan Rodulfo Lisperger, es el más empeñoso de los levantados y amigo de Segundo lo hablan»

Volvieron a rondar mi celda caras sigilosas y algunas se asomaron a la ventana. Quedon Alonso de Riberar regresaba desde el Tucumán a gobernar el reino y encargarse de la guerra, me anunciaron. «Alonso de Ríbera», repitieron burlonas, «¡no te trae recuerdos?»

Me contuve, aquellas mujeres no iban a sacarme rabias: «¡repiotonas», les contesté sin alterarme. La ventana se llenó de sombras: «¡repiotonas? «¡repecimos que?»

«Lo que les herraron por dentro», dije, y me refié de

manera que se escuchara en el recinto entero: «¡repiotonas!» En eso estábamos, cuando mi madre con seis de sus sirvientes armados de garrotes y la abadesa a la siga, apareció por el patio. Abrió la puerta para no perder trazo de ella, y guardaría en mi memoria con sus cabellos rojos, su porte ligero y alto y su voz ronca que decía mi mala salud, y como necesitaba yo los cuidados que me brindarían en casa. Todo era razón de sobra para sacarme del convento sin aguardar permiso de don Gonzalo ni de fray Cristóbal. Los seis sirvientes blandían sus garrotes, apurando mi relevo. Así me rescató mi madre.

Los gritos que don Gonzalo lanzó por mi regreso, sirvieron nada más, para agregar un temblor a su cuerpo, estorbo que iba a perdurar lo que su vida. Estremecido paseó desde entonces los corredores, ordenando su aguardiente de

La Ligua.

Los recuerdos desbaratan mi confesión y traen a mi madre de noche, sonando las herraduras de su caballo. De esas carreras trajo de pronto, un precipicio en los ojos. Me asusté de mirarla pero ella se acercó y me dijo al oído: «pararemos hembras que se sujeten y suban, las Catalinas.» Repetiría lo mismo cuando estaba por morirse.

Don Alonso fue recibido como salvador. Un chismoso dijo que venía en litera, pero que a las puertas de la capital se obligó al caballo para entrar tan airoso como en el pasado. Lo de venir en litera intrigó al pueblo, se adelantaron recuerdos de hechizos y de veneno, y la gente miró con insistencia a mi madre cuando asistímos a las celebraciones. Pero todo lo pasé por bajo, Segundo a Secas venía de oficial agregado a la comitiva y, aunque no se preocupó de saludarme, yo no le perdí pasos. Buscó a mi hermana como antes, esperándola frente a su cuarto y allí lo sorprendió don Gonzalo. Su padre lo despidió sin miramientos y él no se apuró en cumplirle, mirándolo se estuvo hasta que escupió al lado y lanzó un «¡bastardo!» que rebotó en los dos, y sentí en una banca a su amo.

Segundo se alejó a la choza de su madre, y no volví a escucharlo hasta lo de Anacleto en la pica. Yo salía del comedor cuando escuché a mi madre gritar el nombre de doña Elvira, la bisabuela, y maldecir a don Gonzalo. Esquivando esos disgustos me encamé sola a las caballerizas, ordené mi caballo, y fui por calles agobiadas de soldados con mosqueteros y espadas como cuchillos. Don Alonso reclutaba tropa, comida y ensres para marcharse a La Concepción y estarse firme en la frontera. La demasía de hombres hizo que mi padre colgara del umbral al tercer

patio, un rebenque de advertencia a las mujeres que nos servían y quienes, de anochecida, escapaban de las barracas a refocilarse con la tropa.

Galopé mi caballo a La Chimbía, crucé el río y enderecé hacia la casa de Carmelo, el brujo que de Villarrica recibe latíe, la yerba que ejecuta venganza, midiéndola como una quiere. De un mareo sencillo, puede subir a malestar intenso y visiones, o envenenar sin muestras. Pasaba la cruz caminera que anticipa la gruta de Nuestra Señora, cuando vi el cuerpo descabezado de un indio. Sujeto a un árbol, el hombre me resultó conocido por una cicatriz que le cortaba el pecho, busqué con los ojos la cabeza y, enfrentada a la cruz caminera, sus verdugos la habían puesto. Entendí entonces por qué mi madre había gritado maldiciendo a don Gonzalo.

Bajé del caballo y me allegué a los pelos blancos de Anacleto, el que guió la carreta de mi madre para que yo naciera en Talagante, el mensajero de doña Elvira. Anacleto, rebajado de su cuerpo, anticipado a su propia muerte. Toqué su cabeza y cerré sus párpados. Otro caballo se juntó al mío y Segundo a Secas, de un salto, vino a mi lado. «Lo ajusticiarón», dijo. No hice preguntas, pero sus medias palabras me enteraron de que Anacleto fue sorprendido en conversaciones con un cacique de los dudosos y que, frenético al brasero de las confesiones, soltó que él y otros urdían liberar sus tierras del reino.

«Anacleto», murmuró Segundo, y levantando la cabeza del suelo besó la boca crispada. Después la llevó hasta el árbol y juró que esa misma tarde enterraría el cuerpo completo. No supe decir nada, sentí que compartiría su ira y éramos los dos tanteando un centro. Tenerlo cerca afirmaba el río, la tierra pedregosa y el maién de la muerte. También afirmaba

en mí, un saber que yo llevaba sin poder mostrarlo. Miré a Segundo buscar su caballo, subir a la silla, y me volví de espaldas para no despedirme, para quedarnos juntos en ese momento.

Regresé sin agarrar lasbridas, permitiendo a mi bestia la libertad de ir a sus ganas. Orillé la plaza pública, el mercado y la calle de las bataijas con sus sacos pintando rojo, oro y tierra. La Tatamai me esperó en la tranca, temerosa de que don Gonzalo pudiera enterarse de mi salida, a tan poco de escapar al convento. Caminamos el corredor y hacia el fondo, pasó la silueta de mi padre. Un pensamiento me golpeó recio: «¡ojalá se muera!»

«No se piensa así», escuché a la Tatamai, aunque yo no había abierto la boca, «las ideas de esa tamañona y nos afligen. Hay que darles la vuelta, a su tiempo.»

DICEN QUE desde su pleito con las Lispergues, a don Alonso de Ribera lo afligía una misteriosa enfermedad, males que lo postraban de montar a caballo y aún, de empuñar la espada. Lo del pleito volvió a mentirse, cuando don Alonso desde el Tucumán bajó a la capital luciendo sus antiguas sonrisas galantes. Decían que la sonrisa se le aflojaba a ratos y el dolor barría su cara.

Pasado el tiempo de los odios inútiles, los Lispergues y los Ríos se hicieron presencias en el Teatro de gracias, y las Catalinas aparecían tan iguales, que Ribera se volvió a mirarlas, las dos repetían una misma estampa. Era lo que pasaba don Gonzalo y para olvidarlo se emborrachaba. Malas horas vivía el caballero, ya no tenía fuerzas para meter en orden a su mujer y a su hija. Tambaleándose se le divisaba de oscurcida, y la gente lo asistía con brazos y palabras de apoyo.

La desaparición de Alvaro fue para don Tiburcio caer en la soledad y perder el placer de la conversa, porque el resto de su familia eran mujeres. El mayorazgo de su nombre se empieza en el Potosí, comerciante de la plata. El caballero que no se conformaría jamás con el nunca saber de su hijo, se dedicó a su búsqueda y la desesperación lo llevó hasta tocar el solar de don Gonzalo.

Y dicen que en la calle del Rey y en los bordes de la

huerta y los establos Ríos, abría hoyos para hundir rastros de muerto. Cuando sus hombres traspusieron los límites de esos terrenos, una andanada de fuego los retrocedió y fue tanta la ira de don Tiburcio, que estuvo a punto de responder con otra. Los forcejeos del cuitado iban por caminos peligrosos, y sus amigos intervinieron para dejarlo quieto. Alvaro se había perdido en la vastedad de la tierra y sólo a Dios había que encorendarlo. Don Tiburcio hizo un ademán de sí con la cabeza, pero colocó sirvientes de acecho ante la casa enemiga.

Cenando estaba una noche, cuando uno de sus propios llegó de a torso y decuento: Catalina de los Ríos había metido cuchillo a uno de los espías. La mujer iba de capa y de espada y ellos la siguieron hasta un terreno lliso y un árbol solo. Por lodescampado del sitio la aguaitaron de lejos, y vieron cómo un hombre brotaba del suelo a tomarla en sus brazos. El hombre cambió de oscuro a hábito blanco, hábito que lució tan intenso, que ellos corrieron llamando a fray Alvaro, y a Dios que lo protegiera. Pero los recibió una espada con mandobles tan energicos que decidieron la fuga, y huyeron clamando a Dios y a su Santa Madre. Catalina, crecida a los veces su porte e incendiado el cabello, alcanzó al más lento, lo tumbó y lo ensartó contra el campo.

Dicen que don Tiburcio buscó a fray Cristóbal de Vera y a cinco testigos para afirmar lo visto, y todos se apuraron al lugar del encuentro. Yendo de prisa los caballeros, un pájaro enorme sobrevoló a fray Cristóbal, le ensució su caperuza y después se fundió en lo oscuro. Alcanzado por fin el sitio, no hubo hallazgo de sirviente ni sangre que los hachones iluminaran, nada más encontraron, que un hoyo húmedo todavía.

El suceso llegó hasta don Alonso, subido recién y apenas en su montura, con su mujer al lado y listo para marcharse a la frontera. Desde su silla intentó calmar los ánimos pero, como nadie oía, decidió bajarse del caballo en memoria de todo lo que aquellos Lisperguer lo afigieron en el pasado. Comparados y careos solicitaba don Tiburcio, pero no había suficiente causa para ello ni pruebas que los sostuviieran. Y tales hechos repetían otros, vestidas de hombre, las Catalinas hurgaban la noche sin que nadie las contuviera.

Se contó entonces, lo de Catalina Lisperguer y Flores que, en una noche de sus diez y siete años y en pantalones y capa, embistió al gobernador de esas épocas, Ofíez de Loyola, que iba escondido de ser gobernador y sobrino del santo. Lo desarmó de un golpe, le puso el cuchillo al cuello y le arrancó el sombrero para mirarlo. El gobernador contó después a sus íntimos, que sólo distinguía de ella, dos ojos brillantes de fieras. Encorendarlo a su tío Ignacio, éste le cumplió en el acto. Su mayordomo llegó con un garrote y derribó a la mujer pero, en el susto de ser ésta quien era, el criado corrió a llamar a esa india que Tatamai nombran, y entre Tatamai y criado cargaron a la dona por puertas que nunca más se supieron, porque las confundía un encantamiento.

Dicen que después de aquel asombroso encuentro, Ofíez de Loyola regresó a la frontera mapuche pero ya sin ánimo, ausente de él mismo. Se cansaba pronto y hablaba de volver a España y olvidar las Indias. En las riberas del río Lumaco, contaría los sobrevivientes, fue donde ordenó un alto a su tropa y se tendió a mirar el cielo más azul que nunca. Allí se quedó dormido para despertar a la madrugada rodeado de bárbaros. Se llenó el río de sangre y de hombres que caían abrazados, pero de muerte, como cayó el gobernador con el

cacique que lo atacaba.

Don Alonso escuchaba esas historias y se revolvía incómodo sobre la banqueta que, penosamente, ocupaba. Años se habían sucedido desde su juicio por veneno contra las Lisperguer y Flores, y que él levantó en cuanto lo dejaron las fiebres, pudo sostenerse en pie y convocar al cabildo. Su sargento mayor juro sobre los santos evangelios que, oculto tras la Virgen de Alé, vio a las doñas María y Catalina acercarse al cántaro de agua que tenían en la gobernación. Y doña Catalina vació en el cántaro el líquido de una petaca que sacó de su seno. En un temblor de aire, ambas se esfumaron sin dejar rastros.

Mucho alboroto provocó el pleito y también un milagro. Nuestra Señora de Alé estiró la mano y rompió el cántaro, justo cuando él anunciaba el delito. El alboroto terminó enredándose con los frailes agustinos y mercedarios, conventos que prestaron asilo a las acusadas y las escondieron.

Lo que a don Alonso le molestó siempre, fue el recuerdo de doña Agueda Flores cruzando la plaza con su hijo don Pedro, el pendenciero, seguido por sus cómplices, todos bajo la custodia de un piquete de soldados. Ribera los había sorprendido tramando venganza contra su gobierno, en cuanto se cerraron los expedientes del crimen. A doña Agueda, a don Pedro y a los detenidos, se agregaron hijos y mujeres, parientes y criados, mientras las campanas de San Agustín llamaban a rebato. El gobernador intentó apresurar la marcha de esas dos breves pero eternas cuadras, y doña Agueda opuso a su orden, la lentitud de sus botines y el peso de su edad.

De conspiración y envenenamiento, los Lisperguer y Flores salieron inocentes y limpios. Pero aquella potente

familia no demoró sus iras, y usando de su poder en la justicia, en los monasterios y en las cortes del Perú y de España, removió al gobernador de su cargo.

Don Alonso de Ribera estaba de regreso, pero sin salud para pleitos y menos aún, para litigios contra Lisperguer y Flores o Ríos. Al día siguiente de una noche sin sueño, el gobernador concurrió al cabildo en tenida de campaña, hizo trazar su caja de caudales, la abrió y leyó cartas de puño y letras imperiales. En ellas, Felipe III le ordenaba preocuparse de abastecer el ejército del sitiado, instalarse en La Concepción y terminar con la guerra. Prioridades que no se posponían a nada, cualquier asunto que se apartara de ellas era asunto de la justicia ordinaria. Concluida la lectura, don Alonso se puso en marcha.

Alvaro de Cuevas nunca más fue habido, pero su fantasma se flagelaba caminando la calle del Rey y salpicando sangre. La aparición comenzaba en la esquina de San Agustín y concluía frente al portón de las Ríos, desvaneciéndose allí en un suspiro. El desvanecimiento de su alma en pena servía a los vecinos, para fijar la hora exacta de la medianoche.

Dicen que desde niña, Catalina de los Ríos avisó lo que escribió. Sus conocidos iban a recordarla haciendo preguntas que nadie hacía, aventajando a sus primos en juegos de varones, y adivinando lo que decían si trataban mal de ella. Se descompone en misa y prefería la iglesia a solas y a oscuras. Sufría de pesadillas que no sabía explicar y que la despertaban sudando. Por pegárselle en el trasero la sal que echaron en su silla, no pudo dudas de que el diablo tenía su voluntad en ella. Una afición desmesurada a su padre, la hacía cazar en el campo alimañas y pájaros que de ofrendas le llevaba. Aventuras que emprendía acompañada de un

duende que comenzó a asistiría. Duende que Rosarios Ayó vio primero y delató entre gritos.

Don Gonzalo nunca miró confiado a su hija y después con miedo. El duende le cerraba la pieza de Catalina, velándola con pañales. Entonces la niña cambió de amores y los centró en su tío don Pedro, hasta que Ansevina del Rocío y de Cuevas se largó de este mundo abriéndose las venas. Aseguran que lo del pendenciero y Ansevina del Rocío, fueron nada más que pláticas de anochecida en la reja de su ventana. Pero la furia de don Tiburcio no midió pecados, y de niña de sus ojos que era, la dejó dislocada de cuerpo y zanjada de boca y narices. Así la acarreó al convento y la encerró en su rango más bajo, menos aún que sargenta, sierva para las labores de esclavas. Don Pedro se lavó de cargos, afirmando que pláticas de entrerejas no ensuciaban sino divertían, y se marchó a sus encomiendas de Lollo.

Dicen que Catalina sufrió por esos días su primera sangre de mujer y que, en vez de avergonzarse como pasa a las doncellas, presumió que haría hombres y hembras para cambiar la tierra. Y cuando supo de Ansevina y cómo la sepultaron en campo sin bendiciones y sin ponerle ni piedra ni cruz de recuerdo, descuidó su lengua para gritar cobarde, abusivo y maldito a don Tiburcio, y alargar sus insultos a don Pedro.

Desde Llo-lleo se vendría el pendenciero, a festejar las pompas de la Real Audiencia que encopetados señores trajeron de la Ciudad de los Reyes. Vendrían después los oidores con sus familias. Entre las hijas de éstos, una que don Pedro se robaría escalando un convento y pasándose por donde quiso, el decreto real que prohibía las bodas de

oficiales en servicio, con nativos de la provincia española.

Para esos aconteceres, dicen que ya era hembra de mal ejemplo y guárdate, doña Catalina de los Ríos, irreverente con Dios, la ley y su padre.

susurros de los penitentes. Los afligidos cargaban el aire de oraciones entre gemidos y flagelazos.

ANTES DE ECHARSE A LA MAR océano y hacia las Europas, el Gran Pecador avisó la peste pero no le marcó su fecha, y del recuerdo de horrores pasados salió la peste y nos hundió en el quebranto. Un cometa que se dejó ver por tres días sobre el cerro Tupahue, la avisó, un monstruo con dos enormes arcos, uno como de plata y otro como de ébano. Su cabeza

enviaba crespos hacia su cola de punta al sur, nuestro último de la tierra. La peste no hizo distingos entre bárbaros y señores, y los conventos abrieron su misericordia, también para el enemigo.

La peste sería el castigo que nos envía el cielo y debíamos arrepentirnos, lo anunció el Gran Pecador, llenándose de estígmas. «Castigo a esta ciudad enferma de adulterios, sacrilegios y brujas», agregó fray Cristóbal el pílpito. La gente empavorecida sacó su miedo a las calles y se levantaron altares de quita y pon, para no desamparar esquinas. Algunas piedras golpearon mis postigos y la Tatamai no se apartó de al lado cuando llevé una capuchina al Señor de la Agonía. Promesa de mi madre a Cristo, para que sujetara la peste en la pueria de la casa. Yo hubiera querido entrarme a solas en la calle, y caminar entre el odio de esos ojos que me rondaban y que frente a mí no se atrevían. Fui despacio, con la capuchina bajo mi cara para que todos me vieran, luz que me enceguecía la distancia y me acercaba los

señores que no cabían en las iglesias. Agueda, mi hermana, visitó blanco de purificación y se encerró en su pieza. Le aseguré que ella estaría libre de contagios por carecer de enemigos y de ese odio que fray Cristóbal me reprocha. Agueda lucía impaciente en su ropa y comprendí por qué la veneraban los sirvientes de la casa.

Mi hermana me sorprendía a veces, y me aquietaba. En ella se reunía para bien, todo lo que en mí revolvía y estallaba. No se detenía en rabias, las hacía sonrisa amable y conseguía lo que buscaba. Así se quitó de Rosarios Ay, y de sus narices que oían todo y lo contaban. Pero don Gonzalo no cedía en que la mulata me acompañara y verla al acecho me enfurecía.

Una tarde de mi siesta, oí a Rosarios Ay hurgar en el arcon que guarda mi ropa. De un salto la detuve, la agarré de sus crenchas y quise enterarme qué se traía. Lloró de cara en el suelo y cuando le di fuerte, salió de su cuerpo una muñeca de paja y trapo, roja de pelo y medio envuelta en mis pañalones de hilo. Quise ahogar a la mulata metiendo su cabeza en al arcon y apretándola contra las mantas, se zafó dando aullidos y mi hermana vino sin apurar sus pasos. «Quiere hechizarme y que la peste me agarre», dije, «yo la mato!»

«Aguarda a que más traición la madure», contestó Agueda y sonrió muy suave: «entonces su muerte no te

quedará penando.» Sus palabras me aflojaron los brazos y Rosarios Ay se escurrió del cuarto. Mité los vestidos blancos de mi hermana que la formaban tan frágil, y con burla dije que matar era atributo sólo de los hombres de la familia. Agueda echó los ojos al vacío: «ellos permiten de nosotras nada más que sus deseos.»

La peste no dio tregua y los sirvientes disminuían o se fugaban ante los anuncios de peores castigos. Una tarde, los esclavos y siervos de mi casa abandonaron sus barracas y se amontonaron ante la capilla. Perdón del Socorro se había llenado de póstulas y deliraba terrors. Tan mala se puso, que don Gonzalo ordenó echarla en la carreta que se llevaba a los apestados. Hacia el rumbo de Pudagual, los franciscanos habían acomodado un lazareto para aislar a los enfermos.

Tapé a Perdón del Socorro con mi manta negra dc cacique y no tuve miedo. La Tatamai me hizo a un lado y en la carreta vi a la madre de Segundo. Me entré en la casa y fui a mirar de lejos su choza en la huerta, ya no humeaba. No sé cuánto rato estuve imaginando, me pasaron visiones que llevaban y traían a don Gonzalo, y que iban fijando a Segundo en el tiempo. De muchachote que me esquivaba al semblante y se extraviaba hacia la pieza de Agueda, montado en el alazán que le regaló su amo y lo crecía a montura con estriberas de bronce, iguales a las de cualquier mayorazgo.

Segundo sin otro nombre, pero el único bastardo de don Gonzalo al que éste le otorgó cariño. «¡Ríos!» lo llamó una vez que estaba borracho, «¡Ríos!» con voz tan pelada, que mi hermana y yo salimos al patio. En ese momento oímos: «¡Segundo a secas, señor, y me basta!»

Don Gonzalo no respondió, y cuando nos miró detenidas

en el corredor, se apoyó en uno de sus pilares y lloró con hípos y sacudidas de hombros. Sentí que me odiaba, yo debí haber sido el varón para su estirpe, el que lo continuara de verdad, sin mentiras de niña que quería copiar a los muchachos. Me sentí culpable, y aborrecí a Segundo que se iba a caballo hacia el fondo de la huerta, mientras su padre se doblaba en las rodillas, todavía más borracho y traposo por la fuerza de su llanto. La mano de mi hermana buscó la mía: «¡que se aguante!», dijo.

La presencia de la Tatamai me regresaba la confianza. Humecaba la peste con bosta seca de potrillo y después concluía la limpia con totoolas de la montaña. La Tatamai no paraba sus diligencias hasta que nos veía a Agueda y a mí, a salvo en nuestras camas. En mi cuarto se quedaba a veces, acompañándome, quieta y en silencio. Para lo de Alvaro encendió sahumarios, descorrió mis sueños, trabajó su ropa y aventuró una pócima, pero nunca juntó su nombre al mío. Y me previno de la fuerza que traen los hábitos, las cruces y los rosarios: «deténtete son, como les dicen.»

Tomábamos nuestro ulpo de las mañanas, cuando Rosarios Ay entró desfavorida en la cuadra y se echó al suelo, dándose puñadas en el pecho: «¡el Gran Pecador está en el lazareto!»

Me levanté de un brinco y mi hermana preguntó sin moverse: «¿y cómo te enteraste?»

Rosarios Ay giró los ojos hacia la calzada gritando que todo el mundo lo decía, hasta los blancos. Nos asomamos a la ventana y vimos gente que cantaba alabanzas a la Virgen y cargaba imágenes que repetían las de un penitente: «¡Gran Pecador!» clamaban. La servidumbre de mi casa se reunió en la puerta y tomándose de las manos partieron, olvidados de

lujos para la cuadra y la capilla. Desperité todavía de noche, un bulto pasó en la penumbra y la Tatamai alcanzó hasta los pies de mi cama. «No vaya», pidió. El pecho se me apresuró de golpe.

«No hay que atreverse a tanto, la sangre arrastra sus estorbos y no se puede remontarla en contra», es lo que la Tatamai dijo, hablándome por dentro, sin necesidad de palabras. Me senté en la cama para contestarle, yo no sabía entonces manejarlo secreto. «Si todos es en contra, lo volveré grande para que suene, no tengo miedo.»

Cuando salí a caballo, José del Viento ya había partido y rápido, porque vine a pasarlo donde las aguadas se juntan. Creo que lo apuraban las ganas de ver a Segundo y a la Carmela. El mestizo apareció a la distancia metido en la madrugada y, mientras lo iba alcanzando, me crecía por ella cercanía a mi madre. De espanto era para muchos esa devoción a su ama, que nació en él desde que lo mandaron a nuestra casa para ayudar en los corrales, quince años tenía entonces. Era bastardo y huérfano de don Telésforo de Iturgoyen, muerto de lanza mapuche en su encomienda del Maule.

De aquel deslumbramiento que mostraba cuando aparecía mi madre, quiso librarse don Gonzalo, y lo ofreció a mi tío Juan Rodulfo en la frontera. Pero doña Catalina no quiso largarlo. Al cuello del mayordomo amarró una soga que ató después a su caballo, trepó a la montura y amenazó con cambiar lejanía de José por muerte del criado.

Frené al paso cuando alcancé a José del Viento. Mi madre le completó ese nombre que le calzaba tan bien como las botas altas que ella le regaló, como su barba castaña que le permitió crecer y también, llevar cuchillo en el cinturón

que mostraba lo delgado de sus caderas. El mestizo tenía más facha que todos los Iturgoyen. Estiré mi mano a José y por un rato él la mantuvo, apurándose al tranco de mi bestia.

Amaneció cuando crucé el río, casi seco en el verano que concluía, y corrí hasta que la espuma del caballo me humedeció la falda. El día era tan azul y límpido, que sentí como debe ser la borrachera. Nunca pude hacer que Agueda me acompañara aunque mi hermana montaba bien y lindo, con ropa que le cosían minuciosamente y le adornaban con guarnición dorada, dos mapuchas que le trajeron de Talagante. Nadie se veía a esa hora, me salvaba de que la gente asomara la cara y gruñera : «¡ya sola!»

Entre los arrayanes y las pataguas divisé una cruz, y a más galoparla vi sobre una ruka que se juntaba a otra y a otra y hacían como un poblado. Mucho más acá de lasrukas y en una pirca, había una imagen que podría ser la de Santa Rita. Solo el humo que salía de los techos enseñaba vida, disminuyó el galope y la agitación se me fue adentro.

Hice un alto y me bajé de la montura. Mi valor se cambiaba a una suerte de espanto. «Soberbia», me llamaba don Gonzalo y yo aumentaba la palabra sosteniéndole la mirada, latigando a Rosarios Ay y negándome a la confesión. Pero tenía que avanzar a lo que vine y sin arrepentimientos. Tomé la brida del caballo y caminé a la pirca, Santa Rita enseñaba unas cuencas muy negras.

Por detrás de las piedras salió una mujer llorando y cuando cruzamos los ojos, gritó que me detuviera, que no avanzara más, que me entraba en sitios del lazareto. Tenía que avanzar y sin arrepentimientos. Levanté una mano y respondí que venía a rogar al Gran Pecador, allá en la ciudad lo necesitábamos para bendecir las pilas de agua y los

pedir permiso. Agueda, mi hermana, se entró al zaguán: «otro contagio», dijo.

Yo me agregué a los sirvientes y fuimos hasta la plaza, donde el alboroto se convirtió en un rosario entonado a muchas voces. Me arrodillé en la tierra y éramos juntos, ni oscuros ni claros, ni buenos ni malos. Entre nosotros, la diferencia era la un cabello, como dijo el Gran Pecador.

En su breve tiempo del reino, el Gran Pecador, como se hacía llamar y nunca dijo su nombre, vino a casa de mi abuela, doña Agueda Flores, en especial merced, porque costaba moverlo de sus hospitales y sus misericordias. Cuando los dejaba, sólo era para asistir al cabildo en pleno y en secreto. Que habló al rey en persona y también lo confesó, decían los encomederos, y buscaban sus favores. En casa de mi abuela se reunió la familia también en pleno y lo esperamos, guardando sitios de preferencia a doña Agueda y a los varones.

El Gran Pecador entró en ojotas, raída su saya de penitente y con cabello blanquecino por polvo y años. Se sentó junto a una mesa, y de su cara recuerdo los ojos por demás de párpados que nunca levantó demasiado. Lo demás son palabras de los mayores que yo no escuchaba y me aburrian. De repente, el Gran Pecador me señaló con su dedo: «la pequeña», dijo, «la roja.»

Un silencio me cayó encima y en el enorme empuljaron hacia adelante. Su mano de hombre me salió al encuentro y me llevó a su lado: «¿eres buena?» Un filo me corrí por dentro, no podía mentir a eso que divisaba a medias bajo los párpados del Gran Pecador. «No», dije, y extrañé mi voz.

«¿Cómo sabes eso?»

Don Gonzalo respondió: «es soberbia, no acata en el mundo su lugar propio.»

El Gran Pecador me habló sin desviarse, oísa a humedad y árboles: «malos lugares son, si precisan la soberbia. ¿Qué respondes?»

«Quiero ser santa.»

El cuerpo del hombre se echó atrás en la silla, tiró de su pelo y con cuidado puso después algo en la mesa: «entre los santo y lo perverso de esta tierra hay tanto como un cabello», dijo.

Agotábamos en la plaza la última jaculatoria del rosario, cuando Rosarios Ay tocó mi falda: «¡amita!». No contesté y ella repitió su «amita» arrastrándola en un quejido. «¡Apártate!» grité.

«Segundo vino de la frontera a estarce con su madre, y allegado al lazareto acampa. Eso dicen los que lo vieron.» Rosarios Ay había bajado su voz a un susurro.

Me quedé pensando de dónde tomaba la mulata, motivos que me juntaran a Segundo y no encontré ninguno. De seguro había buscado brujo y consejos para dañarme, no olvidaba la muñeca.

Esa misma tarde ordené pan en todos los hornos, uvas de los parrones, y saqué charqui de las despensas. Me aperé de sacos y de canastas y llamé a José del Viento. Que preparara una carreta para la madrugada, le pedí arrinconándome con él en el patio. José del Viento no hizo preguntas y todo quedó dispuesto. Me distancié de mi hermana pero indagué por mi madre, dos días llevaba sin levantarse y sin permitir a nadie en su cuarto, sólo la Tatamai entraba.

Me tiré vestida en la cama y a oscuras, las velas eran

molinos y los talleres, todo lo que nos deshacía la vida porque los peones se estaban muriendo.

Entonces apareció Segundo. Vestía pantalón militar y camisa abierta y sucia. Por la frente le andaban unos mechones que le sombreaban los ojos, y en todo el semblante un gesto que reconocí de mi padre. Me quedé prendida al gesto y me saltaron las lágrimas. «¿Qué haces aquí?», preguntó.

Dije que venía por el Gran Pecador, por la Carmela y Perdón del Socorro, y también a traer comida, escasa por todas partes. Me callé, mi propia voz me ensordecía y el aire se quebraba en luces de colores. Me tapé las orejas y agregué: «estoy aquí por mucho más que eso.»

Como me sucedió con Alvaro, desde arriba divisé a Segundo en sus pantalones militares, la camisa sucia y el gesto de mi padre, él y yo hablando con todo el cuerpo pero acercándonos, tendiendo los brazos y cada uno, tanteando el rostro que lo miraba. El dijo: «no se parece a Agueda, vapara lo mío.» Y sentí que me recorría con sus palmas abiertas.

Un fraile vino y no alcancé a escuchar lo que decía. Segundo recogió sus manos y las puso bajo sus ojos, tensa un aire ausente. Después retrocedió, se fue alejando sin quitarme la mirada y desapareció por detrás de la pirca.

Lo demás fue salir al mundo de la carreta que apuraba José del Viento, al sol de la mañana reciente, y saber que el pan, la uva y el charqui fueron entregados y los frailes contentos, todo lo que podían estarlo. Mi caballo marchaba al costado, sujetó la brida a la tabla que hacía de asiento. Yo me hallaba tendida sobre unos cueros, envuelta firme en un poncho y cara al cielo, eterno sobre la prisa que llevábamos. José del Viento fue enterándose de que la Carmela murió con Segundo a su lado, y que Perdón del Socorro

sobrevivió a sus fiebres, después de arrastrarse hasta Santa Rita y tocar su boca que mana agua de milagro. El Gran Pecador nunca estuvo, ido a las Europas, dijeron los franciscanos. La peste hedía en el lazareto y los frailes ayudaban a bien morir sin importarles el contagio. Desde las puertas atisbó José, y la visión que se le entró por los ojos, ojalá se le fuera.

Entonces respiró hondo, y dijo que todo eso fue ayer y que yo había dormido lo que duraba un día. Por una mujer que penaba a su hijo, finado recién en la madrugada, supo de una señora que habló con un soldado y quien, después que se apartaron, caminó como si lo hiciera yolando hasta que la perdió el sendero. Y él tardó en encontrarme, tan dormida y tan sudada que me envolvió en su poncho, me cargó en brazos y me acomodó en la carreta.

Salí del poncho y traté de incorporarme, pero el cielo se mudó conmigo abajo y caí al abismo. José detuvo los bueyes y trepó a mi lado, sacó una bota de cuero y me echó aguardiente en la boca. Su rostro guapo y abierto era distinto al sombrío y retorcido de Segundo. Pensé en José del Viento a los pies de la banqueta donde en su último tiempo se tendía mi madre, quieto y trenzando lazos sin retirarle sus ojos. Sosteniendo mi cabeza para ayudarme a beber, un rayo pasó por su semblante y yo me quedé a la espera, pero el estremendo del rayo se aplacó en su cuerpo y él saltó a la tierra.

Fuimos al paso apresurado de los bueyes, la bota de aguardiente me ayudó con su fuerza y de a poco logré sentarme. José sonrió y habló de que yo debía cambiar al caballo en cuanjo entráramos al camino que terminaba en la plaza. Se calló y buscó asentimiento en mi rostro. Agregó en seguida, que hacia la Compañía debía ir y no a mi casa, para

ocultar mi viaje a don Gonzalo. Los jesuitas trabajaban duro en sus caridades y, a causa de la peste, había señoras y aun señores que se amanecían implorando misericordia a Dios en su iglesia, y ordenando las ofrendas que a cualquier hora llegaban.

Cumplí el plan de José, él me ayudó a montar y puse el caballo al paso. Me separaba a un trecho escaso de la carreta, cuando el cielo otra vez se dio vuelta y caí al abismo. José estaba allí y me sujetó en el aire. Sin palabras que no servían, hizo moverse los bueyes a un costado de la senda, los manejó las patas y regresó a mi lado. Que me asomara, dijo. De un brinco se subió al anca y quedé entre sus brazos. Dio con los talones en las ijadas de la bestia y agarramos trote al comienzo, luego galope corto, y después carrera que José mantenía sin aflojar las riendas.

Me entregué a una sensación perdida en mis recuerdos, la de mis primeros pasos hacia el rostro vivo de mi madre. Y retrocedí a un sintiempo de alivio donde no cabía el miedo, ni el cielo se daba vueltas. Sentía la respiración de José en mi cuello y hubiera querido torcer la cara, atracarla a su mejilla y tocar a mi madre en él. Corrímos y ojalá que jamás nos devuélvamos.

Pero llegamos. Un verdor de arrayanes abría un círculo y un breve compás de agua se oía en el abrevadero. Entramos paso a paso y vimos al caballo que bebía y al caballero atento, la mano en su espada. José desprendió sus brazos y sin apuro se dejó caer. El caballero pasó unos ojos insolentes por mi pelo, mis vestidos y mis estriberas de plata, después miró a José del Viento. El desdén le cruzó la cara y llevándose la mano al sombrero me saludó apenas, y sin quitárselo. Por el vistazo que en él gaste, entendí que era de rango, casaca de

seda, espada con puño labrado y anillo de sello. Muy claro de rostro y sobrado.

No contesté al saludo, y dejé a mi bestia ir hasta el agua. José me siguió y le dije en un susurro que allí nos separábamos. Pensó un rato, miró hacia el desconocido y contestó que seguiríamos juntos. No insistí, el cansancio no me dejaba fuerzas para bravuras.

José del Viento saltó otra vez al anca, y desde el mismo abrevadero echamos la carrera sin importarnos el hombre que, sorprendido, tuvo que hacerse a un lado. En el silencio del campo oímos sonar las herraduras de nuestra bestia y, de pronto, otras a la distancia tan veloces como las nuestras. José trató de apurar la carrera pero las otras iban ganando terreno y teníamos que conformarnos con ser dos en un caballo, cansado desde la víspera.

Entramos por la calle mayor, tomamos un atajo y, de repente, la cruz de la Compañía nada más a unas cuadras. La ciudad estaba de siesta y algún rostro oscuro se asomó en las ranchas. Donde empezaban las paredes de la iglesia. José bajó a la tierra y yo hice lo mismo. El caballero nos contemplaba detenido en una esquina. Que caminara sola a la puerta y que él me guardaría, dijo José en voz alta y palpó su cuchillo.

Los jesuitas me asignaron dos hombres para separar legumbres, ensacar carbón y apilar la leña, labores que ordené sentada en un rincón del patio y reuniendo mis fuerzas. Gente que me escudriñaba, salía y entraba en los corredores. Entre ellos, un señor de pelo gris y mirada insistente, al que indiqué un breve saludo. «Don Alonso de Campofrío», lo llamó alguien.

Que José hablara con mi madre, que la Tatamai viniera

a buscarme, y tenderme en una cama era lo único que yo deseaba. Ira donde mi abuela para capear a don Gonzalo, pero pensé en Rosarios Ay siempre al aguaité, y ya no dijé que todos en mi casa conocerían mi falta.

La Tatamai demoraba. Y sacos, legumbres y pilas no terminaban nunca. Me apoyé en la pared y cerré los ojos. Segundo a Secas entraba en mi memoria pero separándose, desapareciendo por detrás de la pirca y de Santa Rita sin ojos, con cavidades muy negras. Entonces una voz habló a mílado. Dijo que si al fin del mundo yo hubiera ido, hasta allá me habría buscado. Escasas eran las mujeres que se atrevían a tanto.

Me separé del muro y me levanté despacio. El desconocido que nos siguió estaba a mi lado, y todavía con el sombrero puesto. Mi mano subió con violencia y frente a su rostro se detuvo. El mundo temblaba, le di la espalda. Pero él se me puso al frente y ponderó lo hermosa que lucía a caballo y lo contenta que me prodigaba. «¡Refrescate!» grité.

«¡Más gustosa enfadada!» Buscó mirarme a los ojos y parpadeó al encontrarlos. Mentó entonces y en mofa, mi cercanía en el caballo con ese hombre mezclado, con ese remedio de gente que estaba naciendo para confusión de ellos mismos. Me recuperé de golpe, también hablaba de mí.

«Es usted muy valiente», dije tranquila. La Tatamai apareció por una punta del patio y con un manto en las manos. Me envolví en el manto y al desconocido le devolví su mirada. Así empezó mi conocimiento del hombre, antes del Enrique Enríquez que me presentaron.

SANTA RITA TUVO SU PROCESIÓN de gracias por haber cesado la peste, y la ciudad aterrada por sus castigos, quiso agradar a San Saturnino abogado de los temblores, a San Lucas de las langostas, a San Lázaro de las carachas y a San Antonio de las inundaciones, llevándolos en andas que los hombres mecían para asegurarse sus favores. A las procesiones siguieron juegos que se realizaron de manera muy discreta, en anticipo de los que vendrían cuando ya más repuestos, celebráramos al nuevo virrey que nos enviaría España.

Se dispusieron las tabarqueras en la plaza mayor, se adiestraron los caballos, se colgaron los anillos y se palaron las cañas. Pero todo habría sido un espectáculo gris y opaco, si Enriquez no hubiera participado. Corrieron cañas sin esplendor, dijeron, como las de don Alonso en su primer gobierno, o las de mi tío don Pedro, o las de Martín de Urquiza, en vísperas de partir al Perú para desaparecer en Pisac.

Pero la fiesta tomó ánimos cuando llegó el juego de la sortija y Enrique Enríquez las ensartó todas sin fallar una, la última, pendiente de su lanza, la acarreó hasta el banquillo que sentaba a mi abuela doña Agueda, con toda la familia. Se detuvo frente a nosotros y me pasó la sortija. Yo le fijé los ojos y no estiré la mano ni sonré ni hice dengues, como manda la costumbre.

La gente que lo había animado entusiasta, empezó a levantarse de la gradería, a impacientarse y a gritar palabras que rebotaban en mí y en Enríquez inmóvil, empecinado en entregar mi ofrenda. Las voces aaronaron advirtiendo a su héroe: «¡Cuidado! ¡Persíguate!»

Mi tío Pedro susurró urgente: «¡Catalina!», pero no hice caso y me quedé clavando al hombre con la mirada y descubriendo su frente pequeña, con una cicatriz sobre la ceja. Después me levanté y le di la espalda, bajé al suelo y, entre reciflas, me dirigí a la esquina abierta de la plaza. Mi madre y mi tío Pedro salieron de prisa y me alcanzaron. Dídimo Estero, que venía recién de La Ligua, se interpuso de un salto y recibió en el pecho la piedra que me lanzaron. «¡Quintrala!» fue lo último que escuché.

Los Lisperger me citaron en casa de mi abuela, y la Tatamai antes de mi concurrencia, liberó un coipo que pintó de rojo y llamó con mi nombre. Don Pedro habló sin endulzar la lengua, y dijo que todos ellos querían cortar por lo enfermo, la fama de rara y de suelta que me había ganado. Sus deseos eran de que por un año me retirara al convento y así, diera plazo a la gente para aplacar sus miedos. Después me iría a La Ligua y cuando volviera, todo se habría olvidado. Mi madre permanecía absorta. No mencionaron a Enrique Enríquez de Guzmán, pero su presencia agobiaba la sala.

No me defendí. Escuché sin ensayar mi fastidio, y cuando don Pedro calló, entró el silencio. Mi madre levantó los párpados y preguntó cuándo paría El Infantc, la nao que había servido las costas del sur y naufragado en el Callao. Mi abuela recordó entonces que don Pedro, su esposo, había sido uno de sus constantes viajeros. Las miradas fueron y

vinieron entre mis parentes, pero sin convertirse en palabras. Doña Agueda despachó a sus hijos y nos quedamos solas. Mientras se alejaban, oímos vociferar a Mauricio, el tercero de mis tíos: «¡Enríquez es un partido como no volverá a presentarse!» Miré a la abuela y lo que vi en su cara me aflojó las piernas y me arrodilló a su lado. Mientras yo descansaba la cabeza en su falda ella dijo: «Vas a sufrir mucho, mi Catalina.»

Bajo la cúpula de la Compañía, se dispusieron braseros que quemaban incienso, ámbar y almizcle. Se colgaron cortinas y se incendió una demasía de cirios que doña Agueda Flores pagó, y que de La Concepción se trajeron. Querubines, soles y estrellas hechos de alcorza, adornaban el altar y nos provocaban la gula. El suelo junto al altar se cubrió de flores, se regó con agua de olor y la cofradía de indios y de mestizos aprontó cajas, clarines y trompetas. La fiesta celebraría junto a Corpus Christi, la investidura que su Majestad Felipe III había impuesto a don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, Conde de Simari y de Mayalde, Comendador de Anuega, Caballero del Toisón de Oro y Gentilhombre de la cámara del Rey. En las venas del Príncipe de Esquilache andaba la sangre de los Borgia por su parentesco con el Papa Alejandro VI, mezclada a la de San Francisco de Borja, su abuelo. Seis meses le tomó al reino enterarse de la insigne merced que su majestad nos hacía, al desprenderse por amor a sus Indias imperiales, del más distinguido de sus cortesanos. Los jesuitas echaron su iglesia por la ventana.

Don Alonso de Ribera no pudo evitarse los festejos, dejó La Concepción y, ya sin pudores, se hizo trasladar en litera. Agueda, mi hermana, revisó su ropa, compró

guarniciones de plata y de oro y las dos mapuchas, costureras de Talagante, no se dieron abasto. Estaba lavándose el pelo con sus propios orines, cuando logré sentarme a platicar con ella. Quería saber qué planes la adornaban tanto.

«Es justo mi tiempo», explicó Agueda, «la Tatamai llevatres noches brujujeando al brasero y las tres de pláclemes, blanco y blanco y blanco. Mis deseos han llegado y van para lejos.»

Tal como lo anunció el brasero y lo esperó Agueda, iba a sucederse su destino. Yo lo temí desde siempre, desde que ella hablaba de la Ciudad de los Reyes como si la andara, sabía de la corte, de sus vestidos, de sus carrajes y de sus embelecos. El tenedor, eso de plata con puntas y que jamás antes vimos, mi hermana lo manejó en un banquete, con un donaire de siempre.

Don Abdón Cacho de Santillana, oidor de la Real Audiencia del Perú y en viaje de orejón por el reino, fue el que metió en nuestra casa el nombre de don Blas de Torres Altamirano, su colega joven y soltero, «el que yo esperaba», afirmó Agueda ante el espejo, en vísperas del Te Deum.

Don Alonso entró a la iglesia muy sobrio de indumentaria y caminó a su sitio sin mirar a su izquierda ni a su derecha. Había envejecido en gestos y arrugas, y parecía costarle mantenerse derecho. Detrás de don Alonso avanzaron sus oficiales de rango mayor y luego sus asistentes, entre éstos, Segundo a Secas, que volteó la cabeza como si hubiera sabido mi lugar preciso.

Me apoyé en mi hermana que trastabilló con mi peso. Y Rosarios Ay, entre muchos alardes para ser vista, me acercó la alfombra. Algunas señoras se torcieron para echarme una ojeada. Deslicé la mano y pellizqué a mi esclava hasta

que me bajó el disgusto. Rosarios Ay gemió, se tiró al suelo y las señoritas cuchichearon. El coro cantaba el Te Deum.

Comencé a sudar. Nunca me gustó el incienso, era un olor que tenía espesuras y se apoderaba de mí cuando pequeña. Me chupaba el ánima y se levantaba azul para que me miraran los ojos del Señor de la Agonía. Los dos paridos en la misma fecha, pero El desde su rama de espino y la Trinidad, y yo en lo oscuro de mis quebrantos.

Mi hermana me pasó el brazo por la cintura y me llamó al oído: «¡Catalina!» Su voz, afirmó mi cuerpo y distinguí a Rosarios Ay en el suelo, pendiente de nuestros gestos. Una mujer que rezababan miró rápido. Escuchamos un murmullo y al otro lado de la nave se movió la gente. Agueda alargó el cuello y después me acercó su cabeza: «¡es don Gonzalo!»

Nuestro padre tuvo ahogos y sus amigos lo sacaron de la iglesia, alcanzó el atrio y recuperaría el aliento porque, a la consagración, mi hermana me habló bajito: «¡ahora regresa!»

Despedido el gobernador por el obispo, repartidos saludos y felicitaciones, nos abrieron paso a las señoras. Fuimos detrás de doña Agueda y nos rodearon voces, nombres y respetos. Agueda, la nieta, repartió sonrisas exactas y sin parecer que se movía, estuvo junto a don Abdón Cacho de Santillana, feliz con ella y con lo linda que lucía: «para una corte, no para una gobernación en guerra», susurró galante en su oído.

Enriquez se inclinó ante mí a la corta distancia de unos pasos, y la gente cuchicheó con disimulo. No contesté a su venia.

Por la noche, las trompetas llamaron a desatar fuegos de artificios, y me asomé a ver cómo el pueblo corría detrás

de los oidores y de los señores, para cambiar hachazos con ellos, las alcurnias se olvidaban en una noche de fiesta. Pero en mi casa se oscurecía más el disgusto. Don Gonzalo se metió en cama y pidió un médico que llegó con un barbero, y lo sangraron hasta que yacía blanco en su almohada. Rosarios Ay se acomodó de enfermera, y mi madre paseó los corredores más ágil de lo que la había visto en mucho tiempo.

Amanecía cuando Rosarios Ay fue llamándonos a las hijas, entre aspavientos y llantos secos. Don Gonzalo pedía los últimos sacramentos y Diego Sacristán, el zambaito, fue por ellos. La campanilla del Viático puso al pueblo de rodillas frente a mi casa y Rosarios Ay aprovechó de desesperarse y compadecer los sufrimientos de su dueño, que eran como para matar a un cristiano. Mi hermana la mandó callar pero la mulata fingió no escucharla, se revolcó en la tierra y pidió a gritos la misericordia de Dios para esa casa.

Fray Cristóbal se encargó del alma de don Gonzalo con oraciones, incienso y asperges, y el médico se encargó de su cuerpo con enemas, cataplasmas y sanguijuelas. Los amigos platicaban en un extremo del corredor y Agueda, mi hermana, atendió al señor de Santillana que vino a presentar sus respetos. Usó ademanes muy medidos y apropiados al momento, pero sus ojos relucían charlando con el caballero. Avanzado el sol en el cielo, vino Segundo, entró al cuarto de don Gonzalo y se estuvo mucho rato. Cuando salió fue a los establos y eligió dos caballos. Me puse en el umbral que divide los dos patios, y desde donde podía verlo.

Me llamó a sospechas Diego Sacristán, el zambaito, que andaba de miradas por todas partes y que al topar las más, se escabulló rápido. Enrique Enríquez adelantó su

venida con un rosario de amatistas para que doña Catalina, la joven, rezara por su padre, dijo el criado. El rosario traía bendiciones del Santo Padre con indulgencias para los enfermos. Devolví el regalo y me encerré en mi pieza.

Supe que Agueda, mi hermana, cortó arrestos de Enríquez cuando éste quiso imponerse a Segundo. Nadie lo explicó muy claro, pero Enríquez se disgustó por asuntos de preferencias en ceder el paso o en respetar jeraquías. Y Agueda se interpuso y dijo que la casa de un doliente no era sitio para discutir de rangos.

Cuando don Gonzalo se alivió, mi hermana tenía al señor Cacho de Santillana con su petición de bodas lista, exacta hasta en el último peso de oro que pediría. El oidor, encargado por don Blas de Torres Altamirano, trajo palabra de casorio para la mayor de las Ríos y Lisperguer. Gracias a don Pedro, el abuelo, por esos rumbos cortesanos se sabía de nuestra posición y haberles. Y así, promesa de desposar a Agueda, previo acuerdo de doce, fue la que don Abdón puso ante don Gonzalo, con aires de gran señor que no se rebajaba a pequeño.

La oferta de matrimonio de Blas de Torres nos alteró la vida. Mi hermana cambió costumbres que le parecieron simples desde esas fechas y con la visión de una corte en la cabeza, decidió libre a y vestidos para la servidumbre, tiestos pintados para la comida y tapetes y muelas forasteros para la casa. Don Gonzalo no tuvo fuerzas para protestar y se encontró cabecera de una mesa que se llenaba de amigos. Yo prometí buena apariencia y modales, cualquier cosa que mantuviera contenta a mi hermana, pero nuestra madre se mantuvo aparte. No aderezó su vestimenta, ni cambió botas por zapatos de seda. Tampoco distanció de sulado a José del

Viento, y ambos regresaban de largas caminatas a caballo y del escándalo tras de ellos.

Don Gonzalo dispuso un trabajo fuerte a sus tierras, y largas filas de encomendados pasaron por la parte trasera de la casa, hombres agobiados por el lárgo que los capataces sonaban. Los bautizaron en grupos, con nombres que no entendían, y uno se colgó de un árbol al fondo de la huerta. «Cosas de los tiempos», dijo don Gonzalo, «que Dios lo perdone, cuesta civilizarlos.»

Fueron fechas que apresuraron mi memoria y vuelven a tira y afloja de la enorme dote que don Blas pedía, al recuerdo de la plata que llegaba del Potosí para fuentes, candeleras y adornos, de las varas de seda y encajes, y de los muebles que se encargaron al mejor artesano en cuyas imperiales, armarios, arímos y demás, a los que yo no sabía su nombre.

Desde su desmayo, don Gonzalo fue el último en comer de lo que trafan al comedor, bebasólo del agua que mantenía en su cuarto y Rosarios Ay se encargó de poner bajo llave ropa limpia. Una noche lo sorprendí en el corredor con un cuchillo desnudo en la mano. Me vió, dio un salto y retrocediendo se metió en su cuarto. Sentada en el brocal del pozo, pude divisar a Rosarios Ay cuando iba hacia el cuarto de su amo.

Y supe que Rosarios Ay fue la que me delató al padre de Alvaro, la que se arrimó a Enríquez para palabrearme mi pecado con Segundo, y la que asustó a su amo con el terror del veneno. Lo supe gracias a la Tatamai, maestra en descubrir secretos. Cuando de rodillas tuve a la mulata, y de imploró inundado en lágrimas, recordé que nadie tuvo misericordia del encomendado que, en su miseria, se colgó de un árbol. Perdonarla no cabía en mi breve tiempo de la

tierra, que Dios lo hiciera en la eternidad del suyo.

Tiraba romero al pozo para que su oler me despertara en Segundo, cuando escuché un galopar que venía por la calle. Y de un salto me levanté con él en la memoria. Recuerdo cómo el galopar se hizo troc, paso, y siempre más cerca esa noche. Los pasos se detuvieron en la ventana de mi cuarto y sonaron unos golpes breves. Allí estaba Segundo detrás de las rejas: «volví para decirle adiós, y sentir esa aura que mal le pondrían.» Puse mi cara al frío de los barrotes: «no sé si volveré a verla en el tiempo que me dé la vida y, aunque todo venga, que usted no dude de mí.»

Estiré los brazos y palpé su casaca, carecía de botones y charreteras, no tenía cinturón, sino faja y dos puñales. Reconocí el caballo que retiró de los establos, de la montura saltan las cachas de unos mosqueteros. Mi ansiedad lo hizo explicarse. Días atrás se despidió del gobernador y éste lo dispensó de su rango y del ejército. Luego quiso abrazarlo, pero Segundo retrocedió y ni siquiera le alargó la mano: «tarda aún el tiempo de la amistad», le dijo, «y entre mis dos sangres en guerra ya tomé partido. Adiós don Alonso, que así y aunque nos duela, vamos haciendo este mundo.» El gobernador pudo hacerlo arrestar pero lo dejó irse, y él sintió sus ojos hasta que los apartó el camino. Contrario a don Alonso, Enríquez lo había llamado traidor y comenzaban a perseguirlo.

Segundo se inclinó sobre mí y me palpó la cara con un tiento que le temblaba. Entonces pedí «¡llévame contigo!» Y me hubiera trepado al anca de su montura para irme con él, libre en lo que también es mío. No alcanzó a contestar porque dos sombras se movieron en la esquina. «¡El deserto!» gritaron. Los hombres se le remecieron a Segundo y volteó

la cabeza como despertándose, también me sucedió. Se apartó de la reja y fue a su caballo, regresó en seguida, me agarró las manos y las juntó fuerte con las suyas. «¡Adiós!» dijo y avanzó de prisa, montó de un salto y se entró en la oscuridad.

Oí carteras, voces y el silencio. Dos sombras se detenían en la calle y las dos me resultaban conocidas. Me lancé hacia afuera y pegada a la pared llegué a la esquina. La sombra más alta se envolvía en su capa y se ajustaba el sombrero. En la más baja reconoci a Diego Sacristán que recibía unas monedas. El otro era Enrique Enríquez.

Tardó la noche en pasar y por la mañana, cuando salí al patio, divisé a mi hermana en conversa con don Gonzalo. Se me angustió el ánima, ella se marcharía pronto y yo me quedaría sola en esa casa, donde mi madre vagaba allegándose a los huesos.

Don Gonzalo interrumpió su plática con Agueda para llamar a Rosarios Ay, y rezongar de su ausencia. Que no ocupáramos a la muchacha, protestó, la querería para sus atuendos y sacerdote a mano. Me alejé de sus rezongos, pero escuché cómo don Gonzalo insistía en la esclava y la casa se ponía en agitación para buscarla. La mulata no fue habida. Al anochecer, recaderas y capataces pregonaban por la ciudad la desaparición de Rosarios Ay. La Tatamai se apersonó a las cofradías y nadie supo dar razón de nada.

A la sirvienta se la tragó la tierra, «o el infierno», dijo la Tatamai, «su sitio que merecía.» Don Gonzalo sorprendió o adivinó en su cara esa respuesta, y le dio con la fusta que llevaba. Gritamos que «¡no!» con mi hermana y nos interpusimos, yo alcancé a recibir un golpe que me cruzó la frente. Pero la Tatamai nos hizo a un lado y se expuso a la

rabia de su amo. Don Gonzalo tiró la fusta, se echó en una silla y se cubrió la cara para no verla.

Los días que siguieron fueron de vértigo. El contrato de bodas entre don Blas de Torres Altamirano, oidor en la sala del crimen de la Audiencia de la Ciudad de los Reyes, y doña Agueda de los Ríos y Lisperger, había sido acordado. Cincuenta mil pesos fuertes de oro sería la dote que Agueda entregaría a su marido con ella. Se encargaron las amonestaciones, se ponderaron retratos que no hacían verdad a la apostura de los novios, y nos aprontamos a celebrar el trabajo del Perú para llevarle su esposa, y en la iglesia de San Agustín, don Abdón Cacho de Santillán lo representaría ante Dios y el reino.

En vestidos, flores, luces y aromas nos afanábamos, cuando nuestra madre se levantó de la cama, salió al patio, y puso el rostro para oír del aire. Suspiró y dijo: «ya está a salvo don Alonso, valiente si se trataba de guerra.» En eso, las campanas doblaron a muerto.

Hubo que interrumpir todos los preparativos y concurrir a los responsos por el gobernador. El pueblo desbordó la catedral, el vicario escondió bajo el morado y el oro su saya de franciscano y, todo de obispo, ensalzó los méritos de don Alonso de Ribera: «que si fue gran soldado en Europa, lo fue aún mayor en las Indias.» Olvidó tal vez, y de veras, la excomunión que impuso al gobernador y luego se la absolvió, pisándolo en la cabeza.

La noche anterior al casorio me la pasé mirando un cielo de primavera que no agotaba su fondo. Pensé que mi hermana cumplía lo suyo en la admiración de todos, en cambio, yo no podría cumplirle a nadie, era difícil para mi

vida encontrar saya que le ajustara. Tampoco sabía de veras lo que deseaba. Una poquedad de vida me prometía el reino.

La gente empezó de madrugada a formar una línea de espera junto a la casa de mi abuela y, al medio día, una multitud pujaba contra San Agustín. La iglesia abrió sus portones y pudieron admirarse banderas con enseñas virreinales y con el escudo de Santiago, guinaldas de cintas y flores rebasaban hasta la calle. Entré al desfile siguiendo a mis padres y escuché murmullos a nuestro paso. Dentro de la iglesia me fui a un costado, no quería oír los sumisos juramentos de mi hermana.

De la fiesta recuerdo uniformes de gala, abanicos en la cuadra y al señor de cabellos grises que estaba en San Ignacio, cuando la peste y sus caridades. Arrimado lo noté a mí tío Mauricio y también, que de tanto en tanto me buscaba, en cada búsqueda afirmaba una venia y yo, por divertirme, le sonreía. De venias estábamos cuando apareció Enrique Enríquez y yo guardé la sonrisa.

Enríquez tomó su tiempo en rondarme y para fastidiarlo, me aparté al patio de la servidumbre, allí también se festejaba pero con damajuanas de chicha y un cordero a las brasas. Tenía el cuchillo en la mano para rebanar mi tajada, cuando vi a Enrique Enríquez al otro lado del fuego.

Voces de contento me distrajeron. Agueda venía a dejarse admirar y algunos sirvientes cayeron de rodillas. Que se parecía a la Virgen, exclamaron, tendiendo las manos para tocar su mantilla de encajes, besar su ruedo y rogar que no olvidara a los pobres allá en su virreinato. Mi hermana cruzó la mirada conmigo y la sentí ya al otro lado de la mar océano, era la separación que empezaba.

«¡Lágrimas!» dijo la voz de Enríquez amilado, «¡quien

tiene corazón las derrama!» Me di cuenta que estaba llorando y le volví la espalda. Pero él continuó hablando, que de esquivos ya estaba bueno, y que él sólo deseaba ensorarme sus agrados, mejores en un caballero. Repitió lo de agrados, soltando una breve risa.

Pienso que no fue rabia la que me tembló en el cuerpo, sino la angustia de estar amarrada. La Tatamai se allegó de repente con un vaso de chicha en la mano y brillante el rostro. Sin importarle Enríquez, se metió entre medio, bebió largo del vaso y después lo volteó de golpe: «este es el tiempo de su hermana y sin oscuros, el otro espera», dijo.

La partida de la recién casada llegó a los dos días y salimos juntas hacia su embarque. Ibamos en caravana de parientes y de amigos, pero mi hermana reservó su carro para tenerme con ella. Que su cariño no podría cortarla ni el mar ni el desierto, afirmó la última noche, sacando una tira de paja con animalitos de barro: «cada uno es una palabra que pide ayuda y a la que yo me obligo, me lo haces llegar y sabrás que te respondo.»

Bajamos los cerros y apareció Llo-Lleo apretado contra el mar, más mar inmenso y divisorio, dije a mi hermana, «en la memoria de tu pasado que nos empieza.» En la playa, antes de subir a la embarcación que la llevaría al barco, Agueda besó a don Gonzalo y demoró en apartarse: «cuídate». Le pidió, «siento que algo te ronda y te pesa.» Despues se despidieron mi madre y mis tíos. La abuela había dicho adiós a su nieta en la intimidad de su casa.

Agueda y yo nos abrazamos y ella me habló al oído: «Debes irte, hermanita, aquí no cabes. El odio a nuestra madre te viene doblado. Endereza tu destino antes que se desbarrique contigo y vete a la Ciudad de los Reyes, que

allá te estaré aguardando. Y no lo demores, que entre los sí y los no corre el tiempo, y muy pronto es tarde.»

La ansiedad me trajo las palabras y apenas pude responder que nunca iba a pasar ese horizonte que a ella la estaba esperando. «Toda mi vida y su recuerdo sucederán en estaterra, siénteme junto», murmuré, y retrocedí, apartándole mis ojos.

La brisa estaba a punto y elevaron el ancla. Agueda y su escolta subieron al bote, y las enseñas virreinales y la bandera de Sant Iago chicoteaban contra el cielo. Regresé a la carreta y ordené su marcha. Cuando alcanzamos la altura del cerro, el barco era una mancha oscura que remontaba el horizonte.

Durante el viaje de vuelta, don Gonzalo se sintió mal y hubo que confortarlo. Mi tío Pedro quiso que yo me encargara de sus remedios y de su comida y don Gonzalo me negó con espanto. Mi madre se encogió de hombros, se sentó en su carreta, y la mujer de don Pedro tomó los cuidados del enfermo.

Fue un regreso lleno de pausas y de malos humores. Don Gonzalo hablaba de las Catalinas y pedía que se manuvieran distantes. Repetía las palabras de Agueda su hija, y se persignaba: «algo me ronda y me pesa.» La atención de los pasajeros comenzó a vigilarnos a mi madre y a mí, y a no perdernos mirada.

Por fin llegamos. Don Gonzalo respiró mejor y puso guardián en su puerta. Lo escuché gritar de noche y culparse de la Carmela, parecía ahogarse y luego: «Segundo de los Ríos! ¡de los Ríos!» agregaba gimiendo. No pude salir al patio y sentarme en el brocal del pozo, don Gonzalo paseaba los corredores abriendo puertas, maldiciendo y desafiando

nombres que yo jamás le oí antes. Una vez se encontró conmigo en la oscuridad del patio y echó voces tan altas que se levantaron los sirvientes. Me escondí en mi pieza y don Gonzalo continuó aullando. Por la mañana tenía su propio cinturón amarrado al cuello y respiraba apenas. Sangrías y enemas le repitió el médico y duró tres anocheceres con vida. En el último, quiso que yo estuviera a su lado y me pidió comida.

DICEN QUE el casorio de doña Agueda de los Ríos y el envenenamiento de su padre se sucedieron tan juntos, que comentarlos fue pasar de contento a pesar. La gente discutió en grande sobre don Gonzalo y su mujer, si ambos se mostraran lado a lado en el desfile de bodas, o su odio los mantendría distantes aun en ocasión tan soberbia.

Don Gonzalo y doña Catalina aparecieron como pareja pero sin dirigirse los ojos. Bajo el chambergo del caballero se escuadraron cabellos totalmente blancos, y su paso había perdido la fuerza antes de que lo agobiaran los años. La doña llevaba su altura en las mismas usadas sandalias y dentro de la saya de sus correrías. Algunos se empinaron para verla mejor y otros se redujeron para no sufrir su mirada. La Catalina joven caminó después, en el vestido que alguien recordó de su bisabuela.

La novia apareció por fin, blanca y dorada, rebasando con su belleza todo lo que de ella imaginó el pueblo. Nunca hubo novia más hermosa en aquella capital del último extremo, doncella que la Virgen del Socorro entregaba a la Ciudad de los Reyes para que la corte no olvidara a este reino insular, volcado al frío y los terremotos, ausente del oro y eternizado en una guerra brutal que no tenía descanso.

Las venianas de doña Agueda Flores permitían divisar invitados y parientes al banquete, y las voces que desde la

calle miraban, aplaudían a sus favoritos y criticaban a los que merecían sus odios. La Catalina joven producía violencias de admiración y de miedo, que el diablo dirigía su caballo y le alumbraba el camino, afirmaban, una senda encendida que se iba apagando a medida que ella pasaba. Ataques de furia la enloquecían y azotaba a sus esclavos ceroteándoles las heridas, a veces volvía el látigo sobre ella misma y se abría llagas. Pero las dos Catalinas nunca hicieron alardes de ser distintas, mirándose de ricas y dueñas como ponderaban otras, que lo dijera José del Viento, que contemplaba a su doña con ojos húmedos y habría callado de una puñalada al que en contra de ella, se le arrancara la lengua.

De lejos pasó Enrique Enriquez, y todos gozaron los encajes en sus puños y en su cuello, las guarniciones de su casaca, y sus medias de seda blanca en zapatos de lazos y tacos. Buscaba a la Catalina joven, rieron desde la calle, acicalado para su conquista amorosa, y la gente cambió ventanas para seguirle sus ganas. Hubo que mudarse hasta el último patio que tenía una visión más entra.

La Catalina joven se había acercado al cordón destinado a la servidumbre, y aparecía más roja junto al carbón que lo asaba. El duende que la seguía agregó su sombra a la suya, y los sirvientes daban la vuelta para no pisar sobre la piedra, lanegra copia de sus dos cuerpos. Don Enrique llegó al patio, buscó a la doña, y la gente vio que Catalina tendía la mano a las brasas y en un humo negro se desvanecía.

Otro desaire. Don Enrique no estaba acostumbrado a que le fuera mal en amores, que lo despreciaran como en la plaza de juegos, o en las ocasiones que buscó para acercarse a la doña. Mal enseñado llegó del norte, que todos sabían y celebraban, lo de la señora ligera de risas que lo peligró en la

Ciudad de los Reyes. Una viuda con tres hermanos que querían casarla de nuevo. Y decían que una noche, don Enrique tuvo que treparse al techo y maullar como gato, para disfrazar su presencia a los celos hermanos. Por eso, cuando bajó deltejado, palabréo al gobernador que sucedería a don Alonso de Ribera, y se hizo de muy enterado sobre la guerra de Arauco, las miserias del situado, y lo decidido que él estaba a sacrificarse en aquel reino.

Dicen que el primer conocimiento que tuvo Enrique Enríquez con la mujer de sus deseares, fue como cazador de un pájaro que, por la noche, se convirtió en una Catalina que cojeaba. Otros referían que el caballero la sorprendió en descampado con Segundo a Secas, lo ofendió el desacato de un mestizo con señora y, no llegaron a hechos, porque ella se hundió en la tierra. De ahí que la Catalina joven le huía el rostro, mientras se esmeraba en embrujarlo.

Los amigos de Enríquez lo enteraron de la fama de hechicera y criminal que la tal Catalina cargaba. Y que tuviera cuidado con el rencor de la doña, le advirtieron, acumulado en su ánima por tres sangres que la hicieron. Y le hablaron del odio que ella le tenía a su padre y por el cual, fray Cristóbal de Vera le suspendió los sacramentos.

Dicen que don Enrique saboreó con placer aquel aborrecimiento al padre: «¡quién no ha deseado más de una vez asesinar al propio!», dijo en voz alta. Y levantando su copa, juró que gozaría a la Quintalra contra todos los riesgos que su gusto le costara.

Una vieja que desde la calle se estuvo mirando a Catalina de los Ríos, hizo además de recogimiento y entonó una profesia: «se metió en la sombra Catalina y no se metió sola, su aire lo dice fuerte aunque no le hable la boca», dio un

suspiro y se santiugó tres veces: «malhaya de su padre y de sus hombres, antes de que los mate el tiempo.»

Dicen que don Gonzalo de los Ríos todavía no enfriaba su cuerpo difunto, cuando doña Angustias, su hermana, irrumpió en el velorio para entrarse en la cocina y los reposteros husmeando cacharros, destapando ollas y metiendo un crucifijo de plata en cocidos, barriles y escabeches. Apresurada en sus indagaciones, doña Angustias se detuvo ante una fuente que delataba restos de pollo aderezado con mejunjes sospechosos, sobras de la comida que la hija sirvió a su padre, en la postura noche que él tuvo en la tierra.

Metiendo las narices en un trozo de rabadilla, fue sorprendida por la Tatamai que del pelo la arrastró, sin reparar en que iban llegando amigos, frailes y togados a presentar sus condolencias. Los señores asistieron esupestos, al escándalo de doña Angustias fregada por el suelo y sucia de la sangre que vertían sus narices. Fray Cristóbal de Vera sacando fuerzas a su vejez, logró imponerse a la india profiriendo vade retro y exorcizándola con cruces. La Tatamai huyó gimiendo, como si las cruces la hubieran quemado.

Catalina de los Ríos acudió a la zalamada y se detuvo a contemplar a su tía. «¡Asesinas! Asesinas», le gritó doña Angustias: «¡que lo sepa el reino entero para que se haga justicia! ¡Las malditas lo asesinaron para hacer de las suyas! ¡Gonzalo y yo lo temíamos! ¡He visto el pollo envenenado! ¡Asesinas!»

Dicen que el finado levantó una mano que clamaba al cielo, y que para acomodarlo en el ataúd, tuvieron que quebrársela. El pueblo armó una réplica de velorio con

cantores que versificaron el mal destino de don Gonzalo, envenenado en su propia casa. Anónimas canastas de provisiones ayudaron al velorio que culminó en un cortejo hacia La Chimba, procesión animosa de vino, de flores, y que exigía del Rey y a grito pelado, reparación y castigo.

La tierra, pero no el olvido cayó sobre el difunto, y a jueces y oídores los siguió el pueblo señalándolos de cazonazos, incapaces de poner en cincha a un par de mujeres criminales. Y los clamores subieron de punto cuando el perro de un vecino desenterró con mechones de su pelo, el escapulario de la Virgen que a Rosarios Ay le impuso fray Cristóbal de Vera. La mulata enseñaba su cabeza rota por un trancazo, su espalda ceroteada, marcas de fuego por todas partes y con las piernas tan encogidas que, en vez de cajón de madera, la metieron en un cántaro.

El Cabildo se reunió entonces para fregar sus disputas a puertas cerradas. Al cabo de muchas horas, y de viandas a los maridos, hijos y parentes en conciliáculo, brotó la orden que obligaba a Catalina Lisperguer y a Catalina de los Ríos, a comparecer de urgencia ante la sala secreta del tribunal del crimen. La orden lacrada permaneció tres días sobre la mesa de don Pancho Merlo de Iturgoyen, concejal, porque nadie se atrevía a darle curso.

En esos tres días, a don Pancho Merlo se le interpuso algo en sus intimidades de hombre, algo que le impedía sentarse, ajustar sus pantalones y mantener la dignidad de sus posturas. En terror de brujerías, el concejal propuso jugar a los dados la notificación y el cumplirse. Pero él no estuvo de suerte.

El pueblo acompañó a don Pancho Merlo hasta la casa de doña Agueda Flores, reunidas allí las mujeres de su

familia y lo vio llamar a la puerta con mano que le temblaba. Un esclavo contestó al llamado, y el concejal desapareció en el zaguán, negras colgaduras impidieron a la gente una visión del patio. El pueblo esperó al caballero recordando que, por ese mismo zaguán, entraron a don Fadrique Lisperguer, moribundo a causa de las puñaladas que le adjudicó un rival en amores.

En su agonía, el Lisperguer recordó a un hijo que crecía en La Concepción y del que nadie supo hasta aquel momento. Lo nombró Juan Pacheco, pero no era bastardo, su suegra, en el odio al yerno, le trocó al nieto su Lisperguer por el Pacheco. Don Fadrique sufrió la visión de la madre y del hijo y entre borbotones de sangre: «¡Gaudencia Belén Pacheco, perdóname!», gritaba. Las últimas fuerzas que le quedaron las ocupó en juramentar a su madre y a sus hermanos, que el Juan Pacheco tendría lo suyo, hijo y nieto legítimo.

Entre tantas oscuridades de esa familia, el cariño de doña Agueda por su marido fue lo único que duró limpio. De tiempo en tiempo, don Pedro hufa a la Ciudad de los Reyes y hasta allá iría su mujer para ayudarlo a morir. En un último «*Agnus Dei qui tollis peccata mundi*» del rosario, el caballero se desplomó y doña Agueda profirió el «*exaudi nos, Domine*», antes de levantar su cabeza del suelo y besar aquellos ojos que amó tanto y que nunca la miraron con mirada del presente, sino desde una memoria a la que ella nunca tuvo acceso. Resignada a perderlo desde hacía muchos años, le oyó decir en un suspiro postero: «te he querido mucho, pero me regreso.»

Dicen que amigo de vates y de chiflados, como era un tal Alonso de Ercilla que con él llegó al reino y escribió un poema de alabanza a los mapuches, don Pedro el viejo no era

hombre para poner ronzal a sus hijos, aquellos varones y hembras de no detenerse ante nada. Y que lo dijera Cuevas, que le preparó una encerrona a don Pedro, el mozo, y no pudo matarlo. En cuanto a las Lisperguer, sus mañas se habían salido de cuentas. Don Pedro el viejo decidió la fuga y no era de culparlo.

Recordando el pasado estaba la gente, cuando don Pancho Merlo salió de la casa como si hubiera topado a un fantasma, por los hombros de su casaca de luto y entre las plumas del sombrero, le andaban trozos de papel escrito, rojo de lacre y cinta de atar documentos. El caballero no habló, perdió las ganas de comer y anduvo chueco por mirar hacia atrás y estar seguro de que nadie lo seguía.

Dicen que en acuerdo extraordinario de presidente, oidor, fiscal y fray Marciano León, teólogo mercedario, fueron recibidas en el cabildo, Catalina Lisperguer y Catalina de los Ríos. En ellas se procedería a ejecutar lo que derivara del cargo de asesinato que les imputaban y que sucedió en el maestre de campo, encomendero y vecino ilustre, don Gonzalo de los Ríos y Enciso, marido y padre de ellas. Al grupo de instructores se agregó un escribiente y un lego de los mercedarios; insultos y maldiciones profirió la gente cuando llegaron las mujeres.

Una vez adentro: «¡perdón Señor! ¡Misericordia!» gritó fray Marciano, «¡indignas somos de honrarnos con el título de hijas vuestras! ¡Piedad Señor de la Justicia, que así como es infinita tu gracia, terribles son tus venganzas! ¡Confió Señor, en que detendréis las iras cuando confesemos nuestros pecados y llevemos con gozo ligero, los pesados cilicios de la penitencia!»

El fiscal Cuevas se acercó a las convocadas: «¡Catalina

Lisperguer! ¡Catalina de los Ríos!»

Y el interrogatorio se sucedió rápido.

Fiscal Cuevas: «¡De qué murió don Gonzalo de los Ríos?»

Catalina Lisperguer: es palabra de médicos: «empacho en complicidad de corazón y vientre.»

Fiscal Cuevas: «la muerte es cliente asidua de su casa.»

Fray Marciano: «¡llora tu condición de pecadora! Eva

fue causa del pecado original y ejemplo funesto que le sigue.»

Catalina de los Ríos: «¡hijos de mujeres!»

Presidente: «¡guarda tu lengua y teme!»

Fiscal Cuevas: «para aconsejarlas de vuestras faltas nos hemos reunido. Consejos y no castigos así, que estamos por la caridad. De muerte, encantamiento y luxuria dice contra vosotras el pueblo, y en escándalo se agita esta sociedad que empieza. ¡Catalina y Catalina no buscamos pecado en vosotras sino arrepentimiento! Catalina y Catalina que no se repitan! Entonen un mea culpa y retírense al convento. El olvido las espera, que si el pueblo tiene larga la lengua, tiene corto el recuerdo.

Catalina Lisperguer: «¡convento?»

Fiscal Cuevas: «¡Catalina Lisperguer, Dios en su misericordia no te dio hijos varones que destruir, sino una hija que imitaros!»

Catalina de los Ríos: «¡cómo pueden entender de hijos si ellos sólo son de las mujeres!, hijos todos vosotros que, de hombres, nada más que máscaras!»

Fray Marciano: «la voz del pecado sirve también para enmendar rumbos. Huacho le dicen al hijo sin padre, crecido y aconsejado sólo por la madre que los pare. Desprecio al

hombre es lo que crece de eso, ¡cuán alto precio, señores, pagará el reino por vuestra concupiscencia!»

Fiscal Cuevas: «que las convocadas juren inocencia en la muerte de don Gonzalo y también juren enmendarse. Tal juramento se hará público antes de que profesen.»

Catalina Lisperguer: «Mi hija y yo no nos gastamos en promesas, tampoco apresuramos la vida eterna encerrándonos en un convento. En este mundo nos quedamos hasta que el cielo disponga.»

Fray Marciano: «¡ay del reino que no subyugue la oscura voluntad de sus hembras!, ¡ay del reino y de sus hijos!»

Fiscal Cuevas: «piadosa ha sido la ley con vuestro largo desprecio de ella. No colmeis su paciencia, quien procede en humildad no obliga.»

Catalina de los Ríos: «¡obligarnos a profesar? ¡Diremos mil veces que no y nadie nos forzará los votos!»

Fiscal Cuevas: «¡esto es demasiado! ¡La ley puede obligarlas!»

Catalina de los Ríos: «¡no hay culpas sin pruebas! ¡Los Lisperguer pedirán justicia en la Ciudad de los Reyes!»

Fiscal Cuevas: «¡a ver qué esclavo resiste por vosotras el tormento y silencia lo que sabe! ¡Empezaremos con José del Viento!»

Dicen que Catalina Lisperguer se arrancó el rebozo, avanzó hasta la mesa de los jueces y lo tiró sobre los libros sagrados: «¡atrévanse!», gritó y gritando dio un tirón a su saya negra que se desgarró, dejando escapar un seno al aire. Gemido del lego de los mercedarios: «¡Virgen Purísima, amáparanos!»

Fray Marciano: «¡la excomunión pende sobre vosotras!»

Catalina de los Ríos: «¡respondrán ante el arzobispo de la Ciudad de los Reyes!, ¡abran la puerta! ¡cobardes!»

Presidente: «¡que oigamos al menos palabra de compostura!»

Catalina de los Ríos: «¿compostura? ¡Hemos sido víctimas!»

Fray Marciano: «no queremos mal a vosotras, sólo queremos la paz de todos y que vuestra alma medite.»

Y dicen que el fiscal Cuevas quedó solitario entre sus colegas, mientras los magistrados recordaban que a don Pedro, el mozo, dieron palabra de avemamiento. Levantaron el comparendo y aconsejaron a las mujeres que salieran a practicar el bien y a callar con su conducta. Las lenguas. Catalina de los Ríos dejó la sala apoyando a su madre, y el lego de los mercedarios alcanzó el rebozo en hombros de Catalina Lisperguer, el rebozo cubrió a medias lo que la mujer aún enseñaba. Fray Marciano se persignó toda la cara y entonó un Pater Noster que los magistrados y sus asistentes corearon. ¡Señor de la Justicia, ten piedad de nosotros!

el odio que mi padre dejó en esta casa. Entonces buscaba recuerdos que no me dolieran y Agueda, mi hermana, se me aparecía igual a como la despedí en la playa pero con Jerónimo, mi ahijado, al que la propia virreina sostuvo en mi nombre cuando lo bautizaron.

DE HUA TIENGO AHORA a mi madre. En vísperas de su cumpleaños, José del Viento la trajo cargada en brazos y desfieñida su cara. Había tenido un soponcio cuando desmontaba en la huerta. Y mientras la Tatamai oficiaba asperges para volverla, me arrodillé a mirar su rostro que la vejez trataba con mucho cuidado. Profundo se hunde el surco del entrecejo y en blanco se disuelve el rojo de su pelo.

Sentí que no tenerla sería un precipicio sin fondo, miedos que no me suceden seguido porque yo los atajo. Mi madre abrió su mirada, la pasó por José del Viento y la Tatamai y dijo que la retuvieron allá, donde había ido: «estaba en deuda de una visita.»

Desde esa tarde no le quité los ojos. De sus salidas regresaba cada vez más ausente y cansada, se sentaba a comer, revolvía los dedos en el plato y se los limpiaba en la saya, su vestido que nunca cambió. Cada vez era más niña y hablaba sin la entonación de mando que tenía pegada a las palabras. La Tatamai le quitaba su ropa del cuerpo y ella salía al corredor en camisa y sin que le importara mostrarse.

José la atisaba de una manera que yo no resistía y, para no verlo, me entraba en la cuadra. Mi madre se hacía niña y yo envejecía.

De noche, para huir de los fantasmas me encaminaba al patio y me allegaba al pozo, en el brillo del agua se refrescaba

patria, que la encarñó Sevilla y que la celebraron de hermosa los grandes de España. Lo que no dijo su mensajero fueron las razones que los llevaron de viaje. Virrey se ambiciona Blas de Torres y eso no lo envía a decir con nadie. «¡Vente!» me repitieron tres veces seguidas, tal como Agueda lo mandó para convencerme. Pero en una corte me ahogaría, yo no navego esos mares.

Fue mi tiempo sin fechas, sólo importaba la que venía de la frontera, cuando lo dicho ya era pasado o podía estar sucediéndose de otra manera. Vivía al borde de la guerra. Siguiendo las conversaciones de mis tíos me enteraba del jesuita Luis de Valdivia y de las locuras que le achacaban. El fraile había impuesto en la corte su idea de una línea defensiva, no atacar a los mapuches sino tratar con ellos, así, Segundo podría tener trastos de paz por donde venir a verme. Su nombre estaba exiliado entre mis parientes y la Tatamai me negaba su asistencia: «ese hombre está de lucha con la muerte y es mejor que ella le gane», me dijo, y yo le grité que callara.

Dos gobernadores se sucedieron a la muerte de don Alonso, y la familia me impuso asistir a las ceremonias de recibimiento. En ellas, Enrique Enríquez se presentaba siempre y al aguaité. Ya no me adelantaba agua bendita como otras veces, para no quedarse con ella empozada en la mano, pero me enviaba animalitos y flores de alcorza en unas

bandejitas de plata; flores y animalitos que yo devolvía a las clarisas para ayudarte a sus pobres.

Mi tío Pedro daba sus vueltas por mi casa y disponía los menesteres que a la muerte de mi padre nos cayeron encima. Me di cuenta que con mi madre pasábamos a la caridad que el evangelio pide para las viudas y los huérfanos. Entonces resolví hablar a don Pedro, lo recibí en la cuadra y dije que yo me encargaría de prosperar nuestros bienes. En un comienzo, mi tío pereció aliviarse, pero después vi en su cara otros pensamientos y me negó el derecho. Yo no podía hacerlo, las mujeres no entendíamos de eso; escuché sus razones, no cambié las mías y guardé silencio.

Aprendí de siembras, de quesos, de ganado, de viñas, de curtiembres, de encomendados y de números. Con la Tatamai y José de ayuda, veía llegar las carretas de verduras y de frutas y marcaba los sacos de grano y los barriles de vino, agregando cruces de tinta negra. Las recaderas me acercaron los decires que mi trabajo levantó entre mis vecinos, contrarios a mi condición de hembra y ensuciados por el diablo.

Las noticias de la frontera trajeron la caída de un fuerte, la muerte de su capitán y, en poder de Segundo a Secas, niños y mujeres cautivos. Trajeron también la resolución final que enviaba la Audiencia de la Ciudad de los Reyes sobre nuestro cargo de asesinato en la muerte de don Gonzalo.

Dos inviernos había tardado la sentencia y dos hacía que envié el pudú arrancado a la cuelga de animalitos que me entregó mi hermana. El pudú se adelantó a los oficios que desparcharon nuestros enemigos y me costó sudores introducirlo en las alforjas de correo. Tuve que abrir la caja y verlo pasar de mano en mano entre los dos secretarios del cabildo. «¿Sólo esto?» me preguntaron incrédulos. Entonces

inventé que en la panza de barro yo había puesto para mi hermana un pendiente de oro y amatista «para engañar al robo», dije, y sonriendo entregué a cada uno por su favor y su prisa, una barrita de plata.

«Este Alto Tribunal de la Real Audiencia y vistos de la Sala del Crimen, con sede en tierras que su Majestad Felipe III reina y llama las del Perú, recibidas y estudiadas las pruebas del crimen de envenenamiento que se les imputa a doña Catalina Lisperguer y Flores y a doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, y efectuado en la persona de don Gonzalo de los Ríos y Encio, vecino ilustre, maestre de campo y alcalde por varios períodos, marido y padre de las mencionadas señoras, este Tribunal rechaza por unanimidad de sus miembros en pleno, toda culpa de ellas en el tal delito y las declara inocentes y excusadas de todo cargo, incluso el de los costos que el juicio haya requerido. Que como tal mandamos se sepa, se proceda y se inscriba.»

Así me quedó en la memoria aquella lectura que mi tío don Pedro hizo, después de desenvolver el documento, carraspear y mirarnos de frente mientras el escribano se apretaba los dedos. Mi madre comparecía acicalada por la Tatamai y, mientras don Pedro leía, fui mirando esa profunda línea de su entrecejo que le afilgía el rostro y apartaba su atención para subirla en el tiempo.

Estuvimos en silencio hasta que don Pedro señaló otro pergaminio que el escribano sacaba de su alforja. El testamento de don Gonzalo.

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero que vive y reina por siempre; y de la Virgen Sagrada Santa María y de todos los santos y santas de la corte

celestia", don Gonzalo nombraba albacea a don Pedro Lisperguer y Flores para que entrara en sus bienes y aconsejara de ellos a doña Catalina Lisperguer, su legítima mujer. Mandaba también que su cuerpo fuera amortajado con el hábito de su señor San Agustín y enterrado en su iglesia, y que se cantaran treinta misas en treinta días seguidos a su muerte, y se pagaran a los agustinos mil pesos fuertes de oro, cinco arrobas de aceite y diez toneles de vino. Pedía que se repartieran ovejas, ropa y dinero a sus encomendados y se enviaran misiones y se bautizaran todos, cumplidos los sesenta días después a su último suspiro.

Me enteré de que teníamos tierras y siervos para trabajarlas en lugares apartados hacia el norte y sur del reino y también en el Tucumán y Cuyo; además de solares, minas que explotar y las encomiendas que yo sabía. Todo eso me nombraría dueña de la dote más suculenta que quedaba en el reino luego de matrimonio a Agueda de los Ríos.

Pero lo que yo no esperaba entre los deseos de don Gonzalo fue la herencia que ordenó para Segundo a Secas, su bastardo: «mando que se le den cinco hijuelas de mis haciendas de Longotomay las cinco que él decidía tomar, con los indios aposentados en ellas para su servicio, a mi hijo natural Segundo Antivil, capián del fuerte de Purén en la zona huilliche, y pido que si como Ríos quería llamarse así se le ha de respetar desde el día de mi entierro.»

«Segundo puede desheredarse y sería lo justo», dijo mi tío, «no demorará esa resolución si la presentamos urgente al cabildo.»

No lo había imaginado, la emoción me dejó muda y no entré en mi ánima hasta que escuché a mi madre: «se hará tal como dice el escrito. Y el cabildo nada tiene que meterse en

esto.»

«Segundo está proscrito y con orden de arresto.»

«¡Proscrito en su tierra!», exclamé. Don Pedro se levantó de golpe y sin darme la cara.

«¡Cuidado, meto a velar por ti y cumpliré ese mandato! No te sobrepases o vas a llorarlo.»

La Tatamai vino para llevar a mi madre a la capilla. El Señor de la Agonía estaba con nosotros mientras le reparaban su altar, y ama y servidumbre entraban a ratos para acompañarlo, yo le reñía el cuerpo. —

Esa noche, Diego Sacristán se atrevió a golpear mi ventana. Su caballero quería verme antes de partir con el gobernador en campaña de escarmiento a los mapuches y rescate de cañivas. Todo lo dijo sobre las tapas que le cerré de golpe. Y luego de un rato: «don Enrique vendrá por su puebla a la medianoche.»

«¡Maldito!», vociferó la Tatamai a mis espaldas y el zambaigo echó la carrera. Nos quedamos calladas en la penumbra hasta que se nos alivió el momento. Y supe porella que Juan Pacheco había llegado a casa de doña Agueda Flores.

Esmeré para mi encuentro con ese primo, mis mejores ropas de luto sin permitirles un rasgo de blanco, toda de negro y mis pelos rojos. Nada sabía de él antes de conocerlo. Don Fadrique, mi tío, lo recordó a su muerte y había pasado el tiempo sin que su único hijo viniera a reclamar sus derechos.

Recibí a Juan en el cuarto que antecede a mi recámara, vísperas de intimidad, y no pensé en la cuadra con sus cojines y su estrado para tenerlo de lejos. La noche antes que lo avisaran vino su sombra a buscarla misa y ambas se reunieron

a mis pies en una mancha espesa. Cuando lo hice llamar, ordené a Dídimo Estero que nada más hasta el zaguán lo trajera. Solo por el corredor vino, no se equivocó entre tantas puertas y aguardó que lo aceptara. «¡Entra!» dije.

«¡Catalina!» exclamó y se detuvo a mirarme. Esa noche hablamos todo lo que nos había estado esperando.

Me contó que había conocido a Segundo Antivil en el entierro del general Lisperguer, cuando cumplidos los asperges del fraile sobre el ataúd cubierto por una bandera y una cruz de lata, y disparados los tiros al aire, el héroe de Boroa bajó a descansar en la tierra. Juan se quedó a la espera, Segundo dio franco a su gente y ambos salieron juntos del camposanto. Fue la primera vez que se vieron. Llegarían a conocerse de a poco, tanteando el pasado que tuvieron, la gente que les entornó la vida, lo que ambos esperaban para ser de veras.

Juan siempre se sintió un resucitado, sensación que le creció más las mezquinas veces que lo visitó su padre. Don Fadrique se presentaba en casa de su suegra por negocios con el situado, le obsequiaba unas monedas de oro y desaparecía. Un resucitado del vientre materno que lo soltó de la muerte, nunca pudo hacerse una idea de lo que su madre fue en el tiempo que lo gestaba, cuando ambos vivían juntos dentro del hermoso cuerpo de Gaudencia Belén Pacheco. La muchacha que aceptó pláticas a uno de esos Lisperguer de entrañas libertinas y lo llevó al casorio, porque no pudo descomponerla de doncella.

Desde su infancia, Juan había escuchado cuentos sobre sus tías que lo erizaban de terror y de gusto. Hombres de linaje alto, siervos e incluso esclavos, pasaron por el lecho adulterio de las Lisperguer, y muchos tuvieron de ganancia la

muerte. Un otoño se enteró del fin violento de don Fadrique y, para ser exacto, el mismo día en que él cumplía quince años.

Ocho habían pasado de eso. El no era bastardo pero estaba en el límite. Juan hablaba sin quejarse, pero en carne viva. Mejor bastardo que legítimo a medias, dijo, y elegir su sitio como Segundo a Secas, como los mestizos que regresaban a la mitad natural de su sangre. «Terminar con los embustes y empezar desde otro principio. Que para eso me sirva el dinero.» No lo entendí, pero me gustó oírlo, sentí que el espacio se cerraba en torno nuestro. Acercó la cara y me tocó la mejilla: «tus ojos hacen verdad a lo que describió Segundo.»

«Sabe que viniendo con Dídimo Estero, sorprendieron a un caballero embozado allegándose a mi puerta. El mulato se apresuró y le cortó el paso: «aquí viven mis señoras de los Ríos.»

«Pasaba», dijo el otro, «la calle es para caminarla.» Juan trató de descubrir bajo el chambongo la cara del caballero, pero éste se escurrió de prisa. Dijo a mi primo que aquél era un galán de los chuecos y que me colmaba el odio. Entonces Juan me advirtió que tuviera cuidado, Segundo venía y era preciso evitar su encuentro con Enriquez.

Mi abuela recibió a Juan y quiso enderezar su nombre, pero él manuvo el Pacheco y postergó el Lisperguer. De su mañana con el escribano y doña Agueda, retiró pesos de oro como los de su niñez, pero aumentados y en alforja de cuero. También un puñal de cacha minuciosa y rubíes incrustados, en la hoja de acero, «F.L.F. 1614, de Nuestro Señor.» Le molestaba en las manos, de nada sirvió aquella excelsa a su dueño. El puñal quedó conmigo.

El gobernador Enrique Enriquez partieron a la frontera

con trescientos jinetes, cuadros de infantería y dos cañones de mechas rápidas y nuevo alcance en las batallas. La Concepción los esperaba lamentando sus pesadumbres como era lo acostumbrado. Y los bárbaros crecían sus tropas con desertores del hambre en los fuertes y con mestizos que se criaron junto a los perros y los desperdicios de las calles. Su ayudante contaría después que Enríquez citó a los caciques de paz y les prometió recompensas si entregaban a los que estaban en guerra, nombró a Segundo Antivil y dobló las ofertas.

Juan Pacheco andaba la ciudad durante el día y se aposentaba en casa de mi abuela. Cuando pasaba a la mía, la extrañeza fruncía su cara. A veces me contaba de sus estudios con los mercedarios y de la redondez de la tierra, todos terminaríamos encontrándonos, decía, y no le gustaba. El fue quien me paró el látigo que yo descargaba en Perdón de Socorro por abrir a las recaderas, escucharlas y andar de secretos a mi espalda.

Disputamos y lo mandé a la calle, que no iba a permitir a nadie mandatos ni malas caras en mi casa, le grité cuando salía. Perdón del Socorro se arrastró llamando al Señor de la Agonía y se asiló en la capilla hasta que apareció mi abuela. A la noche encendieron velas de desagravio a Cristo en la tranca de la huerta y enterraron una cruz negra. De mañana encontré a Juan Pacheco derribando a patadas las velas. Nunca más nos enfadamos.

Como pasaba con la redondez de la tierra que decía mi primo, los aconteceres giraban a veces muy rápidos y nos distraían el tiempo para ordenarnos. Y así, ahora que me confeso, entre todo lo que me azotó en ese tiempo, lo que se me viene al recuerdo es la enfermedad de mi madre. Y sé que

lo de Segundo en la noche, sudado y oliendo a cansancio, por primera vez a mi alcance, aconteció antes de que ella muriera.

Juan había dicho que Segundo venía y tuviera cuidado. La calle en que yo vivía tenía ojos para velarme, y siempre aparecía una vela en la tranca como implorando al cielo. Enríquez no tardaría en volver y en pasearme ventana. Hablé de eso con mi primo pero su atención se desviaba hacia ansias distintas. Reducía doblones sus tierras, sus derechos, y cambiarlos por armas y municiones, por negocios de la guerra, era lo que afanaba a Juan en esa época.

A mi cuarto entraba mi primo a sentarse, y frente al brasero hablaba sus pensamientos, una vez se refirió a mi hacer de bruja que corrían. Y no era ofensa sino aprecio, «elegiste lo más valiente y eres.» Yo entendía, pero sin seguirlo con palabras, estábamos lejos del cuerpo y sus deseos, todavía.

Le conté a Juan del testamento de don Gonzalo, de que Segundo podría nombrarse Ríos, y chichónaria fea. Segundo se quedaría a Secas y Antivil, dijo, siempre él mismo. Lo contrario de no ser español, ni mestizo, ni bastardo, y se palpó el pecho con rabia, no ser nada más que un Pacheco extraviado.

La suerte se vino de golpe y llamó a la tranca de la huerta con la mano de Segundo. Lo vi afirmándose apenas, desgarrada su ropa y con manchas de sudor y tierra en la cara. Murmuró de una trampa que le tendió Enríquez y le costó varios muertos. Pero agregó que él no volvería al sur hasta cumplir el encargo de su viaje. No quiso artiesgarme el cuarto, ni la cuadra, tampoco el sótano, Enríquez rasgueaba sus pasos, y caminó hacia la ruka donde vivió su infancia.

Los dos tendríamos después todo el campo y noches hasta las madrugadas. La Tatamai no quería mirarlo: «¡estás en deuda de sangre y tendrás que pagaria!»

Tres días fueron los nuestros. Mi madre ajena al mundo como ya vivía, mandó por Segundo. Cuando entré, ella murmuraba pausado y no se escuchaban respuestas. «Las cinco hijuelas que te corresponden quedan para tu servicio. Y sobre la mesa hay una bolsa con oro que don Gonzalo mando que te entregaran.»

Y luego: «don Gonzalo mandó también que te dieran su espada, en el acero tiene su nombre y que con ese nombre la uses. Dijo que podías llamarle Ríos y nosotras lo respetaremos.»

Mi madre alcanzó la mesa y regresó con la espada: «es tu herencia de verdad, nombre y filo para defenderla. No son buenas las fechas que nos han caído en el reino.»

Segundo se retiró un paso: «guardé la espada, señora, que esa ya cumplió bien sus malos desíos y yo no la quiero. Tomo la tierra que don Gonzalo me manda, aunque no es mandar ni tomar lo que es y ha sido nuestro. Me dicen Segundo a Secas, y acepto el Segundo por lo español que tengo, pero a Secas y Arias vi mi nombre que es tarde para relevo.»

Mi madre habló sin iras: «guardo la espada. Para el destino que te ha elegido, no te hace falta.» Sonrió y le escuché despacio: «nos parieron.»

«Adiós, señora». Segundo tomó la bolsa con el dinero y se volvió para caminar a la puerta. Pasaría sin saludarme. «¡Segundo!» llamé. «No lo demores», dijo mi madre, «está en su tiempo.»

Enrique Enríquez regresó y no hizo alardes de su

campaña. Los animalitos de mazapán y las flores que insistió en enviarme, entraron y salieron, la última vez por la ventana.

Juan Pacheco y Segundo a Secas platicaron encerrados en un lugar que nadie supo. Perdón del Socorro juraba que Segundo conseguía municiones, enrolaba a los quejosoos del reino y el pueblo conocía sus pasos. Lo contaban conversando con los caciques amigos, con revendedores de caballos y una noche, de cuchilladas con dos guardias que quisieron agarrarlo.

Asesino, le agregó mi títo Pedro, y habló de la desgracia que resultó ser el bastardo de Ríos, renegado después de haber merecido respeto.

Del último patio venía una tarde, cuando Perdón del Socorro me agarró de la mano y me llevó al zaguán, entreabrió la puerta y señaló a un hombre parado en la esquina. «Un mirón», dijo.

Segundo credecaba su tiempo en asuntos que yo no sabía y me inquietaban, tuve momentos de miedo y me largué a la calle. El mirón no se apartaba, caminó por la travesía de las baratijas y la gente me abría espacio. Nunca había hecho ese recorrido a pie y sola, muy distinto era a la distancia y la rapidez del caballo. Chiquillos pintados de barro, aborrotaban por las esquinas y los rincones.

El mirón se apuraba para no extraviarme entre la demasia de objetos, me escondí detrás de una carreta y lo esperé. Cuando me vio era tarde, le salí al paso y el terror lo dejó tieso. Le fijé mis ojos juntando los dedos y apuntándolos a su cara. «¿Quién te manda?», pregunté. Los chiquillos lo rodearon gritando «¿quién te manda?» «¿quién te manda?» Y después a mí: «¡embriájalo!» El hombre no titubecó y supe que Enrique Enríquez lo ordenó seguirme.

Mi madre repitió su desmayo cuando desmontaba en casa de Carmelo, el brujo, y José del Viento la regresó a caballo, acunada entre sus brazos. El grito de la Tatamai me sacó de la huerta y corrí a José que la traía, tan pálido como ella. Mi madre llevaba sus ojos hacia otras presencias: «quiero descansar en el patio», dijo, «estar pronta cuando llegue mi padre.» El mestizo la puso sobre pellones que Perdón del Socorro tendió sobre una banqueta, se corrió a sus pies y escondió la cara en las pieles.

«Mi Catalina», llamó mi madre, «pasa algo que no puedo callar hasta que sucede.» Sonrió y se tocó el vientre: «estoy preñada de una niña que se me rie por dentro.» La Tatamai trajo agua de toronjil y le frotó las sienes: «pariré bien y feliz», asintió, secándose las lágrimas con su manga, «por mientras, se cuida y descansa.»

«Mi Catalina», volvió a murmurar mi madre, «esta niña que espero nunca buscará irse como tu hermana, para mejorarse de mí. Y será tan feliz como yo fui al engendrarla. Es lo justo, hija de padres contentos.»

El domingo de Resurrección llegó con una alba gloriosa y el pueblo se echó a la calle alborotando perdones, bailes y cantos. Los frailes no iban abasto repartiendo la comunión entre hachones encendidos y escudos en latín sobre terciopelos rojos. Regresaba del mercado con dos palomas de limpia, cuando Perdón del Socorro me salió al encuentro retorciéndose entre gritos: «¡mi ama se muere!» Recuerdo que las dos palomas se soltaron de mis manos y tontas por su cautiverio, revolotearon con un sonar

de plumas y ventolera. Las vi alejarse sin atreverme a pensar que mi madre se podría estar muriendo. Perdón del Socorro chillaba saltando en torno mío, hasta que ordené «¡basta!» y caminé hacia mis pesadillas y el boquerón negro donde me ahogaba. Entré al zaguán, los sirvientes gemían y las primeras lloronas enlutaban el patio. Dídimo Estero se abrazó a mis rodillas y una de las lloronas lanzó un bramido: «¡difunta! ¡ay! ¡difunta!» Acaricié la cabeza del mulato y lo separé de mis piernas. Anduve el corredor y abrí la puerta del cuarto de mi madre.

«¡Te mataré!», le gritaba don Gonzalo, desgarrando su propia casaca, «¡te mataré!» «La mueric es clienta asidua de su casa», decía el fiscal Cuevas, y ella era la que desgarrraba su ropa para echar un seno al aire. Se doblaron mis piernas y caí en el umbral. Ya sabía de mi madre y de mí, tal como ella gritó esa noche de su venganza en Urquiza, esa venganza con dos filos. Levanté los ojos y la Tatamai usaba en mi madre un paño espeso y blanco, de aroma ácido.

Escuché cajas, clarines y risas corriendo por la calle. En alguna parte se escondía Segundo a Secas y Juan Pacheco le acercaba su incertidumbre y su dinero. Junto a mi cuerpo se detuvieron las botas de José del Viento.

Recibí a la familia en pleno. Mi tío Pedro se encargó del velorio y de la sepultura en San Agustín, y yo me estuve de pie junto al cajón con su ventanuco abierto, más tarde dormí sin apartarme del féretro. No miré nunca a mi madre. La ofa anunciar a sus Catalinas, la que esperaba y reía en su vientre, y las que traería el tiempo. Todo sería posible en el mundo de sus Catalinas. «Un mundo al revés», oyó Perdón del Socorro a una de las señoritas.

José del Viento desapareció de la casa y di orden de no

buscarlo, del viento lo llamó mi madre, que en el viento fuera libre. Mi abuela pasó la noche en mi casa, metida en cavilaciones. Semió sus dedos sobre mi pelo y después la oí susurrar y gemir junto a mi madre. En voz más alta se despidió de ella: «adiós, hija, y que Dios nos perdón.»

Juan Pacheco fue el único que trajo un ramo de flores y lloró de veras. No pude resistirlo, lo abracé y cambiamos besos mojados de lágrimas, por un segundo se suspendió el llanto de las lloronas y se oyó un rumor solapado.

En San Agustín esperaban las cofradías con sus pendones y sus insignias, y el Señor de la Agonía presidió sobre el altar la misa de difuntos. Mi abuela y yo nos pusimos primero, el coro inició el introito, y la extrañeza del latín me hundió en mundos púrpuras y helados que me dormían el cuerpo. Doña Agueda buscó mi mano y desperté al tocarla. A un costado de la nave, los ojos de Enrique Enríquez estaban al acecho. Comparecía en capa de terciopelo y sobresaltaban su pecho distinciones imperiales. Siguiendo a la familia iban hasta la puerta, uniformes, mantillas y luto parejo, por Perdón del Socorro supe que mi tío Pedro había puesto sirvientes para saber quiénes o no asistieron.

La caja que se llevaba a mi madre fue conducida a la cripta con cruz alta y cabildo eclesiástico. Enríquez intentó agregarle a nosotros y yo me volví a impedirlo, cuando don Pedro murió, se me adelantó con un gesto. Quedé tan temblada que Juan Pacheco se acercó y me sostuvo hasta la apertura negra de la cripta con su encantado de madera encima. Cuatro legos de los agustinos iniciaron el descenso que desapareció a mi madre, y fray Cristóbal, disminuido en su vejez, entonó la despedida con bendiciones, asperges y promesas de resurrección y de vida eterna, amén.

Me incliné sobre el hoyo y ya no divisé nada. Me estuve todavía un rato, vacía de pensamientos, hasta que reparé en Juan Pacheco a la espera, los otros se habían ido. Avanzamos juntos y al enfrentar la calle, me deslumbró la luz madura de marzo que destacaba los arcos del día anterior, los papeles de colores y las flores que se marchitaban entre las piedras y el polvo. Oí que don Enrique Enríquez había agregado a la ofrenda de la familia al templo, varias arrobas de aceite y una carga de cera, en memoria de doña Catalina Lisperger.

En la pieza de Agueda me entró a solas para meter en una caja, el animalito que anunciaría la desgracia a mi hermana. Elegí el más grande y lindo de ellos, un caballo negro muy elegante de formas y lo puse en la palma de mi mano. Lo descabecé y me temblaron los dedos. En ese cuarto nadie había cambiado desde la partida de Agueda. El Niño Dios con sus potencias yacía en su fanal, y María visitaba a Isabel entre ángeles gordiflones con cometas y letras doradas. Sobre la cama abultaba el plumón bajo el cual me cobijé a platicar con mi hermana. Todo igual. Y lloré sin imponerme tristes, manándome en lágrimas.

Lo que sucedió después, se ha quedado oscuro en mi memoria. Don Gonzalo me encerraba con llave y mi hermana, para distraerme la pena, golpeaba en la ventana asomándose al diablo. Serepitaron los golpes, abrí, y tendí una mano que otra más fuerte retuvo. «¡Catalina!», exclamó una voz que barrió con mi infancia y con Agueda.

Enrique Enríquez se había despojado de la gravedad que ensombreció durante la ceremonia de duelo. «Vine a compartir su pena, a decirle que yo también sufro, y que he sufrido todo ese tiempo marcado por su adorable presencia.»

«¡Váyase!» Era una pesadilla. El boquerón negro

zumbaba y pesaban mis piernas. Cerré de golpe. «¡Nunca más esto! ¡Nunca más verlo!» Y dejé de sentir hasta que el mundo de la calle susurrió voces, forcejeos y blasfemias.

Me asomé. A dos puñales en contra, dos sombras obedecían, una más fría, la otra más suelta. Conocía la altura rizada y la despojada casaca de soldado. El zambaigo se venía a Segundo por la espalda, di un grito y él se volvió de un salto, una puñalada, y Diego Sacristán se apartó gimiendo.

Enríquez tiró su cuchillo y esgrimió la espada, su acero acortaba distancias. Me sacudió tomada a la reja y me soltó para correr a la alacena; el puñal de Juan Pacheco me aguardaba y se metió exacto entre mis dedos. Cuando entré en la calle, la Tatamai aumentaba a tres las sombras. Su cuerpo avanzó, recogió un chambergo del suelo y se lo encasquete al hombre que tenía más cerca: «¡váyase como le dijeron o yo misma lo mató!» Y luego volteando la cabeza a la esquina: «¡acléádate, zambaigo!»

Fui a Segundo a Secas y en lo oscuro, nos tanteamos a ciegas, yo salí a una orilla muy lejos. Me escuché murmurar: «¡maldita! ¡Quintrala!» La Tatamai desgarró un mantel para vendas y preparó un empastado de bostas y menta contra el dolor y el encono de carne, bueno para detener la sangre. No alcanzamos juntos hasta la madrugada. Difílmo Estero llegó volado con la noticia de que la guardia venía y Segundo se esfumó por la huerta, no quise despedirme. Todavía escuché que la Tatamai le decía: «¡No hay temprano, es tarde!» Y su respuesta: «¡no me arrepiento de nada!»

Dicen que doña Catalina Lisperguer visitó como mortaja el hábito del señor San Agustín y en los cabellos, la cofia de sus novicias. La saya que portó tantos años no se quitó del cuerpo, quedó en la recámara de su hija, de pie y llena con el recuerdo de sus formas. Al sol la tendería la Catalina joven y la saya no daría sombra.

Doña Catalina se marchó del mundo en un enorme cajón de cedro, desde una iglesia enceguecida de velas y hachones, y con frailes cantando misa en cada una de sus capillas. Ella creyó hasta el último que trabajaba su parto. Y dicen que Enríquez anduvo de correderas con sus intimos, y contando lo que Diego Sacristán decía de la Tatamai, peligrosa contra quien molestara a su ama. Su amor por la Catalina mayor, advertía el zambaigo, cargo con muchos de sus delitos: «guárdese de la Tatamai, mi señor, que ahora en la doña joven, ella pondrá ese amor que le quedó huacho.»

La misa fue cantada a toda altura de cuerdas, con mechones que levantaban un humo negro y apagaban el aroma del incienso. Dicen que Enríquez siguió la ceremonia hablando en la oración de sus amigos. Admirando la cintura breve y fuerte de Catalina, y ese rasgo furtivo de su cuello, rasgo que hacía cosquillas en sus intimidades de hombre, ése donde él pondría el primer beso de sus reservas.

Y le contaría a la Ríos que así lo dispuso el mismo día de duelo. Bueno para calentar el amor era mezclarlo a la muerte, así lo afirmaba en la oreja de su vecino, mientras el coro pedía:

« *Absolute Domine, animas omnium
deitum defunctorum!* »

Dicen que cuando la caja de doña Catalina bajó a la cripta a tomar su espacio junto al marido, el humo negro de los mechones estuvo a punto de entorpecer la faena del descenso que trabajaban los legos. De los grupos a la salida uno comentó de Blas de Torres, a cargo de los juicios que se alzaron contra la Catalina difunta y la que quedaba viva.

A don Blas de Torres le influía su mujer, Agueda, murmuraban, influida por mensajes que le venían del sur, y la ponían a horas de los sucesos contados. Las dos hermanas se confiaban velozmente sus secretos, y las fechorías de Catalina quedaban en nada. Ella se felicitaba ante quien quería escucharla, que inocente se habla de salir porque tenía dinero y los odores eran sus entrañables amigos. Si en la Audiencia de la Ciudad de los Reyes le perdonaron su parricidio, le perdonarían también todos sus delitos que en el futuro aguardaban. Nadie de ella estaría a salvo.

Pero la suerte andaba en balanza, y en el Segundo bastardo se le daría una vuelta. En el bastardo Catalina buscaba su propio castigo, la penitencia a eso prohibido o sacrificio que la atraía tanto. Blanco o bárbaro, pechador o mísero, siempre a escondidas, ella hizo con los hombres lo que le pintó su gana.

Que dos de sus amantes se dieran de cuchilladas por

ella, a nadie lo sorprendía, tampoco que hubiera sido el día mismo en que enterró a su madre, cría de bruja, superó a su maestra. Mujer maldecida por el destino, cargaba muertes que iban de señor a siervos y nada la detendría. Se aficionó a Juan Pacheco, su primo, el que traía historias de las que Catalina gustaba, casi fraile, casi hermano, casi encomendero, todo sin colmarse.

Dicen que la amistad de Pacheco con Segundo se afianzó por un tercero, el bastardo de Juan Rodulfo Lisperger, un Lepantau cacique que rechazó el Lisperger y el mayorazgo, para durarse de bárbaro y enemigo. El Lepantau y Juan Pacheco jugaron de niños en el fuerte de Boroa y se quedaron para siempre de amigos. Segundo se les agregó al venirse de ayudante de Juan Rodulfo, mala junta para el reino saldría de eso.

Juan Pacheco colgó su hábito de novicio mercedario, y los libros que aprendió sirvieron para confundir el mundo, cabrón de su prima fue primero y después, dormilón en su cama. A Enrique Enriquez le buscó el odio en plaza abierta, y presumiendo que lo mataría. No era ajeno a crímenes y lo que más gustó de su herencia, fue el puñal de don Fadrique, ostentoso y agudo todavía, al cabo de tantos años.

No eran muchos los que se arriesgarían a un matrimonio con la Ríos, pero su opulenta dote alejaría dudas, alguien se ofrecería de marido o de cómplice, que tendría que ser lo mismo. Manejadora hábil de sus negocios, trataría sería difícil. Ni semejante a varón ni a doncella, sino una especie ajena a sus tiempos, Catalina era.

Y Dios no libró de ella a su siglo. Ni la iglesia, ni sus agustinos, que la Quintalra aprendió a donar siguiendo a su abuela, serían capaces de domar sus ímpetus. Al mismísimo

Señor de la Agonía ya no le prestaba deferencias. Desde que encantó a Alvaro de Cuevas y lo escondió en la tierra, la mujer no reparó en el Señor hasta su tarde sacrificia.

Para restaurar la capilla que abrigaba al Cristo, los agustinos lo entraron en casa de las Catalinas. La joven ofreció su cuadra y abrir puerta a la calle, como lo hizo. Fue en plena enfermedad de su madre y para cubrir de piadosa las malas apariencias. Dicen que algunas noches, Catalina hacía bajar el Cristo al sótano.

Y que una vez, Perdón del Socorro, la mulata, clamó refugio a los pies de la Cruz Santa, pero su amala latigó hasta perder el resuello y con una vela de adoración, le ceroteó las llagas. Dicen que el Cristo movió su cabeza, y El y Catalina cara a cara sin dejarse, bajo una mirilla abierta a la luna. El dolor acentuó los labios del Señor de la Agonía y élla ahondó su rabia: «¡fuera! ¡fuera! ¡fuera! Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara!»

Sus gritos atronaron los patios, la calle y los oídos de la gente, hasta los de aquellos que muy lejos dormían: «¡fuera! ¡fuera! ¡fuera!» Y desde esa noche del sacrilegio, dicen que la Quintrala penó en vida como después penaría de muerta, colgando de un cabello sobre las llamas del infierno.

EL LUTO CRECIÓ LAS PAREDES de mi casa pero no me cerró el cielo, ni me abajó los árboles, ni me quijó las horas en que la luz cambia a penumbra y hablan los duendes. En la naturaleza me entré, viví sus cambios y se suspendió el tiempo. En ese plazo de alivio, un sueño me angustió dos noches y me dejó sudando. Nunca pude retener del sueño sino visiones que se me huan cuando intentaba las palabras, y la Tatamai al último, apago las hierbas y no quiso descortarlo.

Mi retiro concluyó un atardecer en que crujían las voces de la tierra y la Tatamai apareció sin resuello. No pudo acomodar sus palabras y detrás de ella una sombra caminó el corredor y me esperó en la capilla. Por la ropa que vestía las sombras y dejaban ver las tinieblas, conocí que era mapuche. Así empezó esa noche, la más larga en mi recuerdo.

Me allegué al hombre y su voz que dijeron lo oscuro, fue despidiendo mi memoria y limpiándola de susto. Repetí con él pedazos de la historia. Y via Segundo mentando su Pillán, golpeándose el pecho y llamando nuestro nombre «¡Ríos!» «¡Ríos!» todo lo que de pronto, se me aclaró del sueño.

Y recordé cómo lo mataron a traición en la cota que le fingió Enríquez, enviándole palabra de cambiar cautivas por mapuches prisioneros. La machi avisó a Segundo que veía sangrienta su aura y que se manuviera lejos, forrados su vientre y su cuello. Pero Segundo se negó a recibir el miedo

y aceptó aquella invitación de muerte.

Tirado quedó en el barro y fue su mirada abierta la que me despertó sudando. Del campo lo levantaron sus enemigos y por respeto a su mitad blanca y a su bautismo, lo sepultaron con responso y cruz encima. Yo escuché de la sombra lo que estaba en mi memoria. Y en el patio me quedé todavía un rato, mirando cómo los álamos jugaban sus hojas a verde y plata, cada vez más oscuras.

Aparté mis ojos de los álamos, llamé a Perdón del Socorro y la mandé a lo de Enrique Enríquez con el mensaje. Después caminé hasta el fondo de la huerta y, por primera vez, entré en la ruka donde Segundo vivió su infancia. El aire era tan apretado que se me pegó al cuerpo. Hice poner haces de paja y leños sobre el fogón, y yo misma acerqué la llama. La ruka ardío en un momento su atiborro de años, y la gente se agrupó con exclamaciones en la calle. Detrás del fuego salt, y me recibió un espanto igual al que recibí a mi bisabuela.

Cuando regresé a casa, Perdón del Socorro había vuelto feliz con un doblón de plata y con los chismes del criado. Me encaminé a la recámara de mi abuela y la vi pender el huso sin retirarle los ojos, la recámara de mi abuela iluminaba la tristeza del patio. Entré, besé su mano y Juan Pacheco salió de la penumbra. No pude decirle que a la muerte yo la había convocado, y que las dos nos adelantáramos a su duelo con Enríquez. Recuerdo como doña Agueda me dijo «¡cuidado!» y cómo estaban de fríos los labios de mi primo.

Lo demás espesa las páginas del libro donde se copió el proceso que me siguieron. El fiscal de Cuevas insistió en mí a las mujeres de mi familia, y llamó, hechicera y licenciosa

la sangre revuelta de alemán, español y mapuche que me viene. Ahí lo sujetó mi tío don Pedro, que se abalanzó a desrozar el libro de sesiones, pero el escribano lo salvó echándose sobre el libro, boca abajo en el suelo.

No contesté ya al juez ni a sus acólitos y dejé que se ataranaran páginas y páginas para los archivos. Serán muchas más las palabras que se quedarán imaginando.

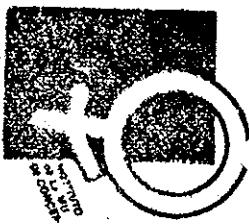
Desechado por la Real Audiencia del Perú, el cargo de asesinato que me imputaban en la persona de Enrique Enríquez de Guzmán, pero caliente el odio del fiscal Cuevas y sus seguidores, mi abuela y yo nos marchamos a La Ligua. Desde la encomienda, doña Agueda manejó lo de mi casorio con don Alonso de Campofrío y Carvajal, y yo asentí con ella.

He vuelto a obedecer las exigencias que manda para el sacramento del matrimonio, nuestra santa iglesia católica, apostólica y romana. Absuelta de mi confesión y acatadas mis exigencias, entraré a la velación de novios. Pero antes quiero dejar constancia que al igual que los Lisperger, los Flores y los Ríos, cumpliré siempre mis compromisos con la iglesia. Capellanías levantadas a mis deudos, fondos a rescatar cautivas, limosnas a los conventos, donaciones al hospital de los pobres, misas para las almas del purgatorio y para la propia alma que tengo, cuando muera. Que no se diga que descuidé mis deberes cristianos.

Esa soy, padre,
hija de Llanka Curiuco
que es hija de Elvira de Talagante
que es hija de Agueda Flores
que es hija de Catalina

que es mi madre,
que soy yo.

Todas hijas de Dios, Catalina, creadoras de linaje.
La confesión.
Me confieso, padre.



Un agravamiento fue meterse con doña Catalina de los Ríos y Lisperger, Quinta reina de la leyenda, esa única mujer que la historia del siglo XVII mienta y que mienta para mal, para que las Catalinas no se repitan. En tal agravamiento participaron amigos con quienes hablé de la doña y quienes me ayudaron a recuperarla a nuestro tiempo, desde un pasado de tres siglos.

Rodrigo Cánovas, Sonia Montecino, Margo Glantz, Jaimé Valdivieso, siguieron a doña Catalina en mi escritura, enderezando a veces sus rumbos cuando ella se me extraviaba entre las honduras del mito. Y Lilianci Brinlup en Washington, D.C. rebuscó en la biblioteca del Congreso, bibliografía del siglo XVII para completar la que yo leí en muchos meses de asistencia a la biblioteca Latinoamericana de Austin, Texas.

Las mujeres son una ausencia en nuestra historia, introducirlas en ella fue una provocación apasionante en mis clases de literatura y de cultura hispanoamericana, mis estudiantes de la Universidad Rice, en Houston, participaron conmigo en la empresa. De Pilar Cortella Rubin, de mis amigos y de mis estudiantes, también es este libro.